

Alfa Eridiani

Revista de ciencia ficción



ISSN: 1695-1859



Año IV - N° 11 - 3ª época
Noviembre 2008 / Abril 2009

ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Coeditor: Albino Hernández Pentón.

Comité de Redacción: Graciela I. Lorenzo Tillard, Carlos Duarte Cano y Jaime Hernández de la Mora.

Colaboradores: Iñigo Fernández y Adriana Alarco de Zadra.

Ilustrador de portada: Guillermo Romano.

Infografía: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Resto ilustraciones: Daniel González, Pedro Belushi, M.C. Carper y Jorge L. Vilá.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del archivo que enviéis debe figurar vuestro nombre y apellidos. La colaboración escrita ideal debe estar formateada en Times New Roman 12 pto, sangrado de 0,75 cm, párrafo justificado y salto de una línea. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados éstos, considera que hemos desestimado tu obra.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

Editorial 1

Cuentos

MUNDOTECA

por Magnus Dagon..... 4

REUNIÓN

por William Meikle

Traducido por Graciela Lorenzo Tillard 12

NIRVANA

por Alfonso Fraile Gamboa..... 24

LA CRISÁLIDA

por Blanca Martínez 28

CEBOS Y CAZADORES

por Yoss..... 41

...Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

por José Carlos Canalda Cámara..... 62

VIAJAR CON NÚMEROS

por Gareth D. Jones

Traducción: Adriana Alarco 73

Novelas

OXÍGENO Y AROMASIA

CAPÍTULO 9

de Claës Lundin

Traducido del inglés por Adriana Alarco.. 76

ODISEA LITERARIA

5ª. PARTE: AVENTURAS, AVENTURAS

por Víctor Conde..... 87

CRÓNICAS DE LAS TIERRAS MESTIZAS

PRÓLOGO

por Javier Navarro Costa 94

Poesías

ENTROPÍA Y OTROS POEMAS

J.J. Arnau..... 124

Artículos

ÉL ES LA LEY

por M.C.Carper..... 128

CAMILLE FLAMMARION: EL ASTRÓNOMO SOÑADOR

por Omar E. Vega..... 133

Portafolio

M.C. CARPER..... 136

Cómics

SIN MIRAR ATRÁS

Guión: Daniel Santos/Dibujos: Scripto_ ... 144

PARADOJA TEMPORAL

por Javier Navarro 146

ATLANTIS VS MU150

Autores: Hermanos Higa 150

Noticias

BASES DEL I PREMIO INTERNACIONAL «ASTRO» DE FICCIÓN CIENTÍFICA.... 152

CLUB STAR TREK DE ESPAÑA 153

RESULTADOS DEL II PREMIO INTERNACIONAL DE LAS EDITORIALES ELECTRÓNICAS..... 154

1ª ANTOLOGÍA DE RELATO, ENSAYO E ILUSTRACIÓN DEL PREMIO INTERNACIONAL DE LAS EDITORIALES ELECTRÓNICAS..... 157

CAMPAÑA CIENCIA FICCIÓN 160

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



Editorial

Estimado lector:
Este número marca el final de una época y el principio de otra en varios sentidos. Uno de ellos es el cambio de periodicidad de la revista. Habréis notado que ya no sale bimestralmente, es decir, cada dos meses, sino y al menos cada seis aproximadamente. Ése es el periodo medio que necesito para sacar una revista aceptable según mis estándares. Otro será el cambio de look, pero eso será una incógnita por ahora.

Pero pasemos a comentar los contenidos. El primer cuento está a cargo de **Miguel Ángel Muñoz** quien nos describe un mundo que se ha convertido en un inmenso museo. Tiene algo de filosófico, de reflexión sobre nuestra afición a atesorar tesoros del pasado y a no pensar en nuestro futuro progreso como especie. *Mundoteca* lleva por nombre. El segundo es *Reunión* de **William Meikle**. Plantea las dificultades que tiene una expedición arqueológica para realizar su labor en una civilización cuyos muertos aparentemente se reúnen con su dios. Vamos con el tercero, *Nirvana* de **Alfonso Fraile Gamboa**. Ambientado en la I Guerra Mundial especula sobre cómo podría ser la vida en el más allá y, de paso, cómo es en ésta. Lean y descubran la interesante paradoja. *Crisálida* de **Blanca Martínez** es un auténtico clásico de la ciencia-ficción, apareció por primera vez en el N° 62 de la tan apreciada revista Nueva Dimensión. Es un fiel reflejo de lo que se escribía por aquella época. *Cebos y cazadores* de **José Miguel Sánchez López (Yoss)** podría ser una divertida comedia sobre la llegada de un particular alienígena a la isla si no hubiese elementos de terror en el mismo¹. ... *Y los sueños, sueños son* de **José Carlos Canalda Cámara** es aparentemente un cuento de terror en el que se narran tres tragedias, pero nosotros no aceptamos cuentos de terror. Algo inesperado ocurre en la trama. *Viajar con números* de **Gareth D. Jones** es un cuento un tanto peculiar sobre un individuo misántropo que pretende mantener alejada de sí al resto de la humanidad, sino enteramente al menos unos pasos.

La sección de novelas está conformada por trío de ases. El primero de ellos es *Oxígeno y Aromasia* de **Claës Lundim**. En anteriores capítulos veíamos una sociedad avanzada con jardines en las terrazas, bicicletas voladoras, restaurantes, en los que se podía pedir a la carta comida fresca recién cazada o bien liofilizada, y sobre todo un sistema completamente democrático y progresista. No obstante la felicidad es incompleta y *Aromasia* se ve en un dilema: sacrificar su carrera política a su amor por Oxígeno, el cual cree que está demasiado in-

¹ A este particular les invito a leer el artículo *Como morir de miedo leyendo a Yoss* de Javier Gutiérrez Forte publicado por esta misma editorial en Alfa Eridiani n° 10 2ª época.



fluenciada por Apolonides, viejo poeta perteneciente al partido reversionista. En este capítulo asistiremos a una escena cotidiana de la vida social y política de esta sociedad futurista.

El segundo as de este trío es *La odisea literaria* de **Víctor Conde**. Hasta ahora habíamos asistido al desarrollo de la historia donde la trama sucedía en nuestra realidad: Stephanie descubría toda una simbología masónica en la película *Frankenstein* de **Thomas Alva Edison**. Conocía la clave para descifrar el secreto pero necesitaba ir a cierta mansión que sólo su amigo Pietro Brunelle podía localizar. No obstante las relaciones entre ambos son todo menos cordiales pero aún así consigue su colaboración. En el capítulo presente cambiamos de realidad y pasamos a la realidad de Iya donde existen indicios de que un gran afloramiento de letras ha surgido al sur. La Odisea Literaria se extiende ahora no sólo a los minerales, sino también a los seres humanos, y hay niños a los que les afloran palabras enteras en la cabeza, hechas de cabello anudado.

El trío queda completo con *Crónicas de las Tierras Méstizas* de **Javier Navarro Costa**, un folletín pensado especialmente para Alfa Eridiani por **Javier**, hecho que agradecemos profundamente al autor. Cuando entrevisté al autor, hace de esto casi ya un año, entendí que la novela pertenece al universo de los *Loo*, una raza que ha degenerado por el paso de los milenios y que no puede reproducirse por ella misma. En su mente, está completamente estructurado el universo de esta raza. Lamentablemente no puede plasmarlo tal cual lo tiene pensado, sino que debe escribir las narraciones que lo componen de una forma legible para el autor. Esta novela es una de ellas.

La poesía viene de la mano de **J. Javier Arnau**. Tres bellas poesías agrupadas bajo el nombre de *Entropía y otros poemas*. En estas novedosas prosas poéticas que nos alcanza Arnau nos encontramos con la energía de un sistema cerrado que ha llegado a tal perfección que ya no se transforma, sino que explota en eternos gozos como orgasmos cósmicos del universo, en un amor galáctico que va recogiendo estrellas a su paso.

Pasemos a los artículos. **M.C. Carper** nos habla de *Judge Dredd* en *Él es la ley*, un cómic nacido en Gran Bretaña durante una época en la que se necesitaban valores sólidos y este personaje los encarnó a la perfección. **Omar Vega** nos recuerda un personaje francés que fue el *Carl Sagan del Siglo XIX*. Dejó más de 50 libros escritos (científicos, ensayos divulgativos y novelas). Sin embargo, es un gran olvidado. Conozcan quién fue a través de *Camille Flammarion: el científico soñador*.

En el portafolio de **M.C. Carper** veremos ilustraciones de espadas y brujería; terror cósmico, mitológico, gótico y de aventuras en mundos postapocalípticos.



Ya estamos acabando el volumen pues entramos a comentar la sección de cómics. *Sin mirar atrás*, su capítulo cuarto de las manos de **Daniel Santos** (guionista) y **Scripto** (dibujante). Recordemos que en capítulos anteriores Jhon, un humano de nuestro siglo, llega a una Tierra en la que no ha sobrevivido la especie humana. Es acogido por una especie de insectos sociales evolucionados y altamente civilizados que lo ayudan. No obstante una armada estelar toma posiciones alrededor del planeta. ¿Qué deparará esta situación a nuestros héroes? *Paradoja temporal* de **Javier Navarro** es una especulación sobre los bucles temporales y la necesidad de una *materia exótica* para que existan. Hoy termina *Atlantis vs Mu* de los hermanos **Higa**. Recordemos que en capítulos anteriores estas dos superpotencias se habían declarado una guerra nuclear. Hoy finaliza mostrándonos las consecuencias de dicha guerra.

En la sección de noticias nos hacemos eco de *Las Bases del I Premio Internacional «Astro» de Ficción Científica*, de una nota de prensa del *Club Stark Trek de España*, del *Lanzamiento Editorial del Libro Conmemorativo del I PIEE* y de los *Ganadores del II PIEE*. También nos hacemos eco de la campaña de Zeta Bolsillo que lanza una *Campaña de Ciencia Ficción* en la que recupera la estética de la colección Nova Bolsillo.

Ya sólo nos queda despedirnos y desearles una feliz lectura.

EL COMITÉ DE REDACCIÓN



Cuentos

MUNDOTECA

por Magnus Dagon

Mundoteca es mucho más que un planeta; es un espacio donde los pocos recuerdos del pasado conviven con los logros de una humanidad en constante evolución y superación; es, de igual forma, testimonio de ese deseo, a veces desenfrenado, que posee el ser humano por atesorar todo cuanto encuentra sin importar que, por ello, pierda todo aquello que le es propio y que constituye su identidad.

El excombatiente paseó a lo largo del pasillo traslúcido y miró aburrido y desanimado lo que en otro tiempo hubiera considerado maravillas arquitectónicas de una cultura muy superior a la suya. Se detuvo frente al panel explicativo y le echó una ojeada rápida. No le interesaba mucho el tema, pero por lo menos quería salir de allí sabiendo qué era lo que estaba contemplando.

TEMPLO DE CRYSTA. RAZA BALAERÓNICA, SIGLO 3 A.R.

Originariamente ubicado en el hemisferio sur del planeta Crystalia, el Templo se alzaba encajado entre dos volcanes. Su apariencia frágil resulta engañosa, puesto que en realidad está compuesto por Balaeron, uno de los materiales más duros de los que se tiene constancia, formado a partir de los cadáveres de los propios Balaeronianos. Se calcula que tuvieron que morir unos tres millones de individuos para obtener la materia prima suficiente para su edificación, pero se ignoran tanto las motivaciones como la función del edificio.

Se volvió a incorporar y siguió su camino. A veces se sentía fastidiado por el hecho de que los cuadros explicativos para los humanos estuvieran a poco más de medio metro de altura, mientras que claramente se notaba un esfuerzo por parte de los organizadores para que las traducciones a los diversos idiomas alienígenas estuvieran bien situadas a la altura que correspondía a cada especie. Incluso los mosaicos paladeables de la raza de los Tsaruni estaban a la altura adecuada. Nunca logró comprender cómo una raza podía comunicarse lamiendo las cosas, y como otras veces que había visto esos mosaicos lo contempló con curiosidad. No tardó mucho en darse cuenta de que le resultaba más interesante una placa explicativa que la edificación a la que hacía referencia, y confundido se dio la vuelta y salió del pasillo incoloro.

Lo cierto era que, en el fondo, tenía interés en ver lo que había en la Mundoteca, pero no por curiosidad o por admiración. Se había pasado más de vein-



te años enrolado en el Ejército de la Humanidad, a la deriva de planeta en planeta. La lista de mundos en los que había combatido ascendía a cientos, y estaba seguro de que en muchos de ellos había estado cerca de maravillas tan merecedoras de estar expuestas como las que estaba presenciando. Claro que la diferencia era que, después de la batalla y los bombardeos, casi ninguna de ellas quedaba en pie para ser admirada.

Había decidido viajar a la Mundoteca, porque había oído que su colección de arte superaba a las de cualquier otro planeta. No en vano el propio planeta era un museo gigante, albergando no ya monumentos sino ciudades enteras de especies alienígenas. Tenía que ver algo así, concluyó, porque se lo debía a sí mismo. Por todas las veces que había disparado contra una estructura de función desconocida. Por todos los extraños jeroglíficos que había pasado de largo mientras corría y cargaba el reintegrador.

Pero sobre todo, por aquel monolito de Pálceder IV. No se hubiera decidido a dar el paso de no ser por el monolito de Pálceder IV. De hecho, si sólo hubiera tenido en cuenta lo que había escuchado a los veteranos de guerra no estaba seguro de que se hubiese decidido a visitar el planeta. Todos ellos estaban entusiasmados de poder verlo con sus propios ojos, pero cuando llegaban no eran capaces de ocultar su desilusión. La Tierra, que había sido el origen del ser humano, estaba tan abarrotada de los objetos apropiados para otras culturas, de las ciudades trasladadas pieza por pieza y de las atmósferas extraídas y reimplantadas pese a resultar en ocasiones nocivas que ya no podía llamarse Tierra. La Mundoteca es sólo un nombre, pensaban antes de llegar, sigue siendo nuestro mundo, nuestro hogar. Todo será agradable, familiar, nada estará fuera de lugar.

El excombatiente rió entre dientes mientras veía en el horizonte una de las Torres Coraza originaria de los Cúmulo de Barnard.

Ahora que estaba al fin allí, podía comprobar por sí mismo que apenas nada quedaba de lo que había sido la Tierra. El afán de la humanidad por coleccionar y comprender lo ajeno la había motivado a desdeñar su propio pasado. El de los humanos era el imperio más grande y poderoso del Universo entero, pero a cambio había perdido sus raíces y su identidad, mezcladas y diluidas en la de los planetas y sistemas que iba anexionando uno tras otro a sus fronteras, hasta que llegó un momento en que no había una sola estrella en el cielo que no fuera parte de su mapa galáctico.

El excombatiente continuó andando por un pasillo muy alto y muy profundo, mirando las paredes laterales, llenas de algo que no estaba seguro de poder calificar como cuadros. Al cabo de un ligero paseo, el camino se bifurcó para dar acceso a otro pasillo, muy oscuro y aún más alto que aquel en el que se encontraba. Las paredes parecían moverse como si tuvieran vida propia, y aunque él sabía que se trataba de un efecto óptico, se resignó concluyendo que



nunca podría acostumbrarse a estructuras visualmente volubles como aquella. Se adentró ligeramente hasta que encontró otra placa explicativa.

CIUDAD PERDIDA DE LOS SELARR, SIGLO 70 A.R.

Urbe de más de mil kilómetros cuadrados de extensión que se encontraba flotando entre las nubes hiperdensas del planeta Aseleerrea. Fue descubierta de manera fortuita al chocar una nave humana contra uno de sus salientes puntia-gudos. Se estima que fue construida en la época de mayor esplendor de los Selarr, antes de la Segunda Era de Oscuridad, debido a que los propios Selarr consideraban a dicha ciudad como una leyenda mitológica de escasa credibilidad. Cuando fue descubierta se encontraba habitada por entes gaseosos zarram, responsables del clima hostil que azotaba el planeta.

El excombatiente volvió sobre sus pasos, consciente de que si se paraba a contemplar con detalle la ciudad bien podía pasarse varios días dentro de ella, y no era su intención permanecer tanto tiempo allí. Trató de recordar si alguna vez había pisado la superficie del planeta Aseleerrea, y al cabo de un rato se resignó a ser incapaz de hallar la respuesta a sus dudas internas. No en vano llegaba un momento en que la rutina eclipsaba a la sorpresa. Nunca olvidaría las primeras veces que aterrizó en otros planetas para combatir, planetas que nada tenían que ver con las estériles pero funcionales colonias de los humanos. Planetas que no seguían las normas geométricas de Euclides ni los preceptos de proporción de Vitrubio, donde el concepto áureo carecía de sentido y se imponía una revisión de las leyes fundamentales de la física. Pero eso fue hace mucho tiempo. Después de diez, tal vez veinte de aquellos mundos de ensueño o pesadilla, según se mirase, el Excombatiente se había acostumbrado a combatir las náuseas, la sensación de ahogo, de cuarta coordenada, de despersonalización del cuerpo. A partir de entonces los nombres de los mundos que colonizaban por la fuerza escapaban de su memoria, y los alienígenas a los que se enfrentaban cayeron bajo las descargas de sus armas como si fueran una sola raza. Verdes o azules, grandes o pequeños, sólidos o líquidos, no importaba mucho, a todos se los suponía mortales, y tarde o temprano se acababa encontrando la longitud de onda de disparo que validaba una vez más la teoría.

Regresó por fin a cielo abierto y, al hacerlo, pudo encontrar por primera vez en un buen rato a otros visitantes caminando a su vez despreocupados. No sólo humanos, también de otras especies, aunque eran estos primeros los que abundaban. Siguió las indicaciones que le llevaban a la colección de Pálceder IV, echando vistazos ocasionales a todo lo que se iba cruzando, sin apenas pararse en otros letreros explicativos. Poco a poco empezó a darse cuenta de que olía bastante mal, un olor que, si bien nunca antes había tenido ocasión de conocer, le resultaba bastante parecido al de los excrementos. Miró a todas partes mientras seguía andando, como tratando de identificar la fuente del olor, y se dio cuenta de que cuanto más avanzaba más fuerte resultaba, hasta llegar un momento en que dominaba por completo el ambiente. Fue entonces cuan-



do, tras atravesar una modesta antesala, entró en una habitación vacía salvo por una escultura amorfa en el centro de la misma. Venciendo la repulsión, el Excombatiente se acercó a leer su placa.

PIEDRA DE KARAM, SIGLO 15 A.R.

Tótem religioso venerado por los Ufkonbetr y utilizado para sus ritos de fertilidad. El olor, que resulta desagradable para numerosas especies, es sin embargo afrodisíaco para los Ufkonbetr. En la actualidad dicha raza es parte del imperio y su planeta se utiliza como cloaca de las colonias humanas ubicadas en las galaxias próximas.

El excombatiente recordó entonces haber estado en el planeta de aquella especie. No recordaba el nombre, pero sí las incursiones que llevaron a cabo en terreno que para aquellas gentes era sagrado. Una vez tomaron las colinas que, según las creencias locales, estaban allí antes que las estrellas. Lograron montar los cañones de plasma, arrasar varias de las ciudades próximas y conseguir una rendición incondicional. Como estipulaba el Tratado de Aries, se estableció allí una colonia humana como señal de buena voluntad. Sin embargo, como ocurrió otras veces, un porcentaje significativo de los nuevos pobladores fue aniquilado en cuanto comenzó el saqueo de objetos de valor por parte del imperio. El Excombatiente nunca llegó a ver la Piedra de Karam cuando estuvo allí, pero sabía que fue, y seguía siendo, motivo de revuelta entre los Ufkonbetr. En ocasiones similares en que la especie invadida desconocía el viaje espacial, no era difícil engañarles con una réplica del objeto expoliado, pero en el caso de la Piedra de Karam no era la forma lo importante, sino el olor que despedía, un olor que había estado allí tantos años como toda la historia moderna de la humanidad, un olor que para el agudísimo olfato de un Ufkonbetr era insustituible. Fue más tarde cuando un ingeniero militar tuvo la idea de enviar las aguas fecales de los mundos cercanos en un intento de aplacar la ira de los habitantes. Sin embargo, aunque los Ufkonbetr parecieron calmarse, la tensión nunca llegó a desaparecer.

Salió de aquella habitación a toda prisa y en cuanto pudo tomó aire, aliviado. Miró a su espalda y comprobó que mientras algunos alienígenas le imitaban y pasaban todo lo deprisa que podían, otros se quedaban charlando tranquilamente. En cierto modo les envidió, pues no podía quitarse de la cabeza la sensación de ser él y no la piedra el pestilente. Claro que, pensó, era posible que a ellos les pasara lo mismo en las cercanías de uno de los muchos jardines selváticos de la Mundoteca.

El excombatiente continuó su camino, consciente de que estaba ya muy cerca de su objetivo. Su mano empezó a temblar con debilidad, como siempre que estaba a punto de entrar en combate, y tuvo que avanzar más lentamente, como atezado por el miedo, temeroso de encontrarse con un enemigo esperándole en cada esquina. Paso a paso fue adentrándose en la habitación, y la



visión de los objetos familiares desbordó su memoria. Había bebido en algunos de ellos, otros le habían servido de espejo cuando se afeitaba, y si no eran los mismos entonces eran muy parecidos. Sin embargo allí estaban, expuestos al público. Imaginó que en realidad serían joyas, o reliquias, o quizás enseres domésticos, en cualquier caso objetos de incalculable valor histórico que tanto él como sus compañeros habían degradado. Sin embargo, su atención no tardó en desviarse al centro de la sala, donde se alzaba el monolito. Al principio lo divisó de refilón, pero, en cuanto se dio cuenta de lo que era, dejó atrás todo temor y avanzó a paso decidido hasta tenerlo frente a sí.



En realidad lo recordaba más pequeño. En su mente no era tan elevado, ni con relieves y símbolos tan complejos, aunque no tardó en atribuir la imagen distorsionada a que las circunstancias en que lo había visto por última vez eran muy, muy distintas. Tras numerosas batallas, los silenciosos Pálceder al fin habían retrocedido, aprovechando los suyos la ocasión para ganar terreno. El Excombatiente, que había ascendido de rango durante aquella campaña, dirigió un ataque brutal contra el foco de resistencia más virulento, llegando a pensar que se dejaría la vida en ello, que aquel sería su momento de gloria final. Las bajas en ambos bandos fueron muy acusadas. Allí el Excombatiente perdió a dos de sus mejores amigos, lo que no hizo sino agravar aún más su ira. Al fin, en una incursión solitaria, alcanzó el foco de la rebelión y sorprendió a los insurrectos

arremolinados en torno a aquel monolito. Uno por uno, fue exterminando a todos antes de que pudieran contraatacar, y cuando sólo quedaba su líder, ambos se apuntaron mutuamente. Su enemigo, sin embargo, no disparó. Tiró su arma y se colocó frente al monolito, como tratando de protegerlo con su viscoso cuerpo. El Excombatiente le miró durante segundos que se volvieron minutos, tratando de obtener un sonido, una respuesta, algo. Pero no obtuvo nada. Comprendiendo que aquel ser adoraba el monolito, se dispuso a moverse lateralmente para fragmentarlo de un disparo de onda larga. Sin embargo, cuando apretó el gatillo, el líder enemigo se interpuso en la trayectoria y reventó, cayendo por todas partes múltiples y desagradables pedacitos blanduzcos y desiguales. Tanto le impactó lo que la criatura estaba dispuesta a padecer con tal de salvaguardar aquella mole de piedra que no fue capaz de disparar de nuevo.



Y al fin estaba allí, junto a una placa que diría qué era en realidad aquel objeto que desde entonces tantas veces se le había aparecido en sueños.

OBELISCO DE LOS PÁLCEDER, SIGLO 14 A.R.

Escultura tallada con la escritura Pálceder. Último escrito de dicha especie antes del desarrollo de la telepatía entre sus individuos, y único que se conserva. Las runas talladas son un resumen de la cultura, orígenes y religión de los Pálceder, así como un mensaje de amistad dirigido a otras especies no poseedoras de la capacidad de hablar con la mente.

El excombatiente agachó la cabeza, como avergonzado por lo que acababa de leer. Nunca llegaría a saber cuáles fueron las razones exactas por las que aquel ser quería mantener intacto el monolito, si por conservar el pasado de los suyos o por avivar la esperanza de una comunicación entre ambas especies. Tal vez, concluyó, era un poco de ambas.

El excombatiente comenzó a comprender la aversión de los veteranos por la Mundoteca. Pretendían ir allí a olvidar, pero en vez de eso, su pasado regresaba para atormentarles y recordarles en lo que habían participado.

Él, sin embargo, no se iría de allí. El motivo, tan prosaico como simple, era que una vez retirado tenía que buscarse un empleo, pues el Ejército de la Humanidad no podía pagar la jubilación de todos los soldados, y dada su experiencia en otros sistemas, la Mundoteca era el lugar más adecuado para encontrarlo. Sin embargo, antes de instalarse definitivamente allí, en aquel mundo reformado e irreconocible que una vez tuvo bosques y ya sólo tenía pasillos, que una vez tuvo países y ya sólo poseía necrópolis, tenía que visitar una última colección. Una colección tan importante en la Mundoteca que era posible teleportarse hacia ella desde prácticamente cualquier parte del planeta.

No tardó, de hecho, en encontrar un teleportador que le llevaría a su destino. Inspiró hondo, recordando lo poco que le agradaban los teleportadores, y entró con parsimonia. Al instante de introducirse por completo salió por el otro lado con la ya conocida y desagradable sensación de haber estado un día entero sin dormir. El cansancio atenazaba su cuerpo pero lo ignoró, como otras veces en el pasado cuando tuvo que teleportarse a posiciones enemigas para atacar por sorpresa. Siguió andando por el pasillo que ante él se mostraba. Las proporciones eran agradables, humanas, menos artificiales que en las colonias. Era como si hubiera aprendido a caminar en aquel lugar y no en los sucios pasillos de una nave de carga en ruta a la estación orbital de Vega. Sabía que había llegado el momento.

Nada más abandonar el pasillo, una sala modesta apareció ante sus ojos. Tenía múltiples salidas, conectadas a su vez con otros tantos teleportadores maestros, y tres vitrinas. La vitrina de la izquierda poseía un trozo curvo de metal oxidado.



COMPONENTE DE LA TORRE EIFFEL, SIGLO 57 A.R.

Una de las primeras obras de ingeniería moderna de la especie humana, inspiradora de la estructura de las colonias actuales. Fue destruida en el 56391 A.R. durante la invasión de los Leyngch.

La vitrina del medio era un poco más pequeña, y alojaba lo que parecía un rudimentario pergamino no holográfico.

PLANISFERIO INCOMPLETO DE LA TIERRA, SIGLO 66 A.R.

Muestra de la cartografía de la época, muy anterior a las proyecciones tridimensionales. El diseño, de nombre desconocido e incapaz de conservar la forma verdadera de los territorios, consistía en proyectar un modelo del planeta sobre un cilindro acoplado. Hasta la fecha no se ha podido completar el resto del mapa.

El excombatiente miró el planisferio intrigado. No había nombres ni indicaciones, pero tal y como le habían contado, aparecían lo que parecían ser océanos y ríos. Le costaba creer que, alguna vez en el pasado, hubiera habido océanos en la Mundoteca, por mucho que tuviera frente a sí la prueba de ello.

La última de las vitrinas era la más pequeña de todas, y contenía lo que a simple vista parecía una minúscula piedrecita.

FRAGMENTO DEL SOL, SIGLO 33 A.R.

Único fragmento del que se tiene constancia que pertenecía a la estrella que otorgaba luz a la Tierra. En la actualidad se encuentra en su lugar una Esfera de Helios de tamaño medio, funcionando por medio de leves explosiones atómicas.

El excombatiente se giró y buscó en el resto de la sala. No había más. Aquello era todo lo que quedaba de la memoria de su propia especie. Los humanos habían olvidado y descuidado su propio mundo de origen, lo habían universalizado hasta tal punto que no había nada más de lo que poder cerciorarse que no era importado del exterior. Miró el fondo del pasillo y se adentró un poco en él. Y de repente, al darse la vuelta y mirar aquellas tres vitrinas, creyó ver en ellas otros monolitos como el de los Pálceder y comprendió, sin lugar a dudas, que poco importaba si su enemigo, en aquel día tan lejano, se dejó matar para preservar el recuerdo de su propia especie o para mantener un fugaz esperanza de paz, porque ambos eran, en el fondo, motivos igualmente buenos por los que morir.

Agachó la cabeza y se preguntó qué era lo que pretendía en realidad, si acallar su conciencia o despertarla de una vez por todas. Nada había de lo que estuviera seguro, pese a no haber ya nada que pudiera hacer. Y se sintió como mucho más que un simple soldado, porque si sólo eso hubiera sido entonces



nunca hubiera tenido aquella clase de dudas. Miró los fugaces restos de su pasado histórico, menos conocido para él que el de cualquiera de los planetas en los que había luchado, y se preguntó si no llegaría un día, muchos siglos más tarde, en el que incluso esos tres objetos desaparecerían y la gente olvidaría que hubo un tiempo en el que no se sabía trabajar el metal, en el que los océanos bañaban el horizonte y separaban a las gentes, en el que eran los rayos de una estrella casi mitológica y no los inmensos motores nucleares de una Esfera de Helios los que anunciaban cada nuevo amanecer en la Mundoteca. Y se preguntó si no sería mejor que, en el fondo, todo aquello desapareciera, aquellos recuerdos que ya nadie poseía y que nada decían de los humanos, poderosos y extendidos por el Universo pero perdidos a sus propios ojos, buscando en las raíces de otras culturas lo que ya nunca podrían encontrar en la propia.

Y por fin, como en un suspiro, vino a su cabeza la cuestión crucial. ¿Era la Mundoteca un símbolo de la capacidad de superación y evolución de la humanidad... o una región de sueños robados que desea comprender y hacer suyos con desesperación?

Se quedó allí, sin moverse, como si fuera a recibir una respuesta. Finalmente, sin mirar atrás, regresó al teleportador y se introdujo sin siquiera detenerse a tomar aliento.

MAGNUS DAGON, seudónimo literario de Miguel Ángel López Muñoz. Nacido en Madrid en 1981, licenciado en ciencias matemáticas. En el año 2006 ganó el Premio UPC de novela corta con *El informe Cronocorp* publicada después bajo el sello de Ediciones B. Ese año fue finalista también del Premio Andrómeda con su relato *Reiskolem*, y al año siguiente fue finalista del Premio Pablo Rido con *Géminis*. Este año ha sido galardonado con el II Premio Internacional de las Editoriales Electronicas, con el relato *Algunos deben caer*. Ha publicado relatos en Alfa Eridiani, Axolotl, Axxón, Bewildering Stories, Miasma, Necronomicón, Nuevomundo y TauZero, entre otras revistas. Es autor de la sección de ensayo Guía del Autoescritor Galáctico en NGC. Tiene pendiente de publicación un libro con la editorial Equipo Sirius y otro con Grupo Ajec.



REUNIÓN

por William Meikle

Traducido por Graciela Lorenzo Tillard

Los Drooses son un pueblo de costumbres extrañas para los humanos. Su lenguaje es casi incomprensible, jamás construyen algo duradero, adoran a un ser conocido como el Uno, su historia sigue siendo oral y su reproducción es un misterio. Un grupo de arqueólogos se asentará en el planeta para responder esta y otras interrogantes sin siquiera tener idea lo que encontrarán detrás de ellas.

El Viejo Geordy se reunió con el Uno dos meses después de que llegáramos. Se fue con felicidad, estrechándome la mano antes de acostarse él mismo sobre el altar sagrado. Sus ojos parpadearon sólo una vez, luego estaba muerto. Los Drooses abandonaron la cámara en pequeños, felices y animados grupos, dejándome a solas con el cuerpo.

Me parecía bastante muerto.

Iba a extrañarlo. Cuando llegamos él fue el primero en acercarse a nosotros, mantenía las velludas manos abiertas en señal de bienvenida, sin sorpresa en su cara.

—El Uno nos ha preparado —fue todo lo que diría sobre el tema. Y desde entonces había sido mi guía en las costumbres de los Drooses. Hasta que el Uno lo llamó.

—No podemos negarnos al Uno —dijo mientras se daba su último baño ritual; y ésas fueron las últimas palabras que me dijo. Ahora estaba muerto, tendido y vacío sobre la piedra debajo de mí, entregado a una religión que yo no podía comprender. Tuve que limpiar las lágrimas de mis ojos cuando giré y abandoné la cámara.

Geordy no era su nombre verdadero, era simplemente lo más parecido que nuestros traductores pudieron descifrar de los trinos y silbidos del Idioma Droose. Y, por lo que pude descifrar, todos se llamaban Geordy, con apenas sutiles variaciones que los distinguían unos de otros. De modo que había sido el Viejo Geordy por ser el mayor de la tribu. Asimismo, había encontrado a varios individuos diferentes conocidos como *Joven Geordy*, e incluso un viejo y desdichado Droose conocido como *Estúpido Geordy*.

Todavía estaba secando las lágrimas de mis ojos cuando sentí un tirón en la manga. Bajé mi mirada hasta los tristes ojos marrones de un joven Droose.



—Joven-Geordy-que-será-el-mayor-en-la-plenitud-del-tiempo quiere saber por qué tus ojos están mojados.

Eso era algo que me gustaba de ellos, su franqueza y su completa falta de astucia.

—Estoy triste porque el Viejo Geordy se ha ido —le dije, y su frente se frunció en perplejidad.

—Pero el Viejo Geordy está con el Uno, y el Uno está siempre con nosotros. —Su cabeza se inclinó a un costado, como si escuchara algún sonido lejano—. Dice que yo tengo que ayudarte a comprender.

Lo alejé con un empujón, sintiéndome avergonzado por tratarlo tan bruscamente, pero yo no estaba listo para más parloteo religioso. Estaba herido y enfadado, y había perdido a un amigo; necesitaba tiempo para asimilarlo.

El bar improvisado estaba silencioso en ese momento del día, la mayor parte del equipo estaba en el campo: sondeos geológicos, sondeos biológicos, incluso un par de arqueólogos. Sabía que estos últimos estaban empezando a perder las esperanzas. Los Drooses tenían una larga y excelente historia oral, pero no escribían, sus casas eran apenas un poco más que cabañas de barro, y no construían ningún artefacto durable.

—No es natural —había dicho uno de los arqueólogos—. Todos los otros seres sensitivos construyen algo: templos para los dioses, estatuas de figuras históricas, incluso la artesanía sería algo.

Lo más cerca que habíamos llegado a aprender de su historia había sido a través del Viejo Geordy, e incluso entonces había sido impregnada por algunas leyendas obvias sobre la venida del Uno.

Allí estaba otra vez. No podía dejar de pensar en él, tan vivo en un segundo, tan muerto el siguiente.

—Whisky. Grande —dije a Trish, chef, archivista y, esta semana, cantinera de medio tiempo. Como todos los buenos cantineros de cualquier parte ella sabía cuándo mantener su boca cerrada.

Me bebí de una vez el áspero licor en un trago suave y sentí que su calor me golpeaba el estómago cuando hice señas para otra dosis.

—Mal día en la oficina —expliqué mientras Trish me servía otro—. Sé que pagaré por esto en la mañana.

Trish sonrió, y sentí un calor diferente en mi pecho; uno más suave y más sutil, pero no menos poderoso por eso.



—Termino en una hora —me dijo—. ¿Te molesta si me reúno contigo? Hace mucho tiempo que me solté el pelo.

Realmente no me sentía buena compañía. Todo lo que quería hacer era beber tanto como pudiera tan rápido como fuera posible, y dejarme llevar por la inconsciencia.

—Puedes reunirte conmigo si quieres, pero no puedo prometer que estaré sobrio dentro de una hora.

Sonrió otra vez, y pensé que tal vez yo estaba equivocado. Tal vez sería mejor mantenerme sobrio si ella seguía sonriéndome de ese modo.

Una cosa condujo a otra, y desperté a la mañana siguiente en una cama extraña. Al principio me sentí desorientado, entonces sentí el cuerpo a mi lado. Tuve que sonreír a medida que recuperaba la memoria, y pensé en despertarla y empezar todo otra vez, pero la cerveza de la noche anterior estaba caliente y pesada en mi vejiga.

El baño era la segunda puerta que probé. Entré, encendí la luz, y casi grité.

Un pequeño Droose estaba sentado sobre el asiento del baño y me sonreía.

—Si ha terminado de hacer pareja, Joven Geordy desea hablar con usted.

Recordé las conversaciones con el Viejo Geordy, y me di cuenta que sería inútil tratar de explicarle los hábitos humanos, sólo causaban risa. La procreación de los Drooses permanecía en un misterio para nosotros, pero yo suponía que no involucraba penetración; ésa era la parte donde siempre se reían más fuerte.

Tampoco me molesté en preguntar cómo había entrado; parecían tener un don con las cerraduras que nos desconcertaba, considerando que nunca supieron nada sobre ese concepto antes de nuestra llegada. Rápidamente adopté su modo de hablar.

—¿Cómo puedo ayudar al Uno? —pregunté.

Dejó de sonreír mientras levantaba sus ojos hacia mí.

—Geordy está preocupado. Los arqueólogos están llegando cerca del Uno. Usted debe detenerlos.

Me quedé mudo. Era la primera vez que alguno de los Drooses había pedido algo, era la primera vez que había visto signos de preocupación, y la primera vez que me habían dado alguna indicación de que el Uno existía de alguna manera física.



—Pero ellos sólo quieren aprender del Uno —dije, usando una línea que los había aplacado en el pasado. No funcionó esta vez.

—El Uno nos protege, y el Uno nos enseña, pero no entramos donde el Uno es fuerte. Pero ahora sus hombres se están acercando. Usted debe detenerlos.

Estaba perturbado, podía escucharlo en su tono.

—Hablaré con McKinley —dije, pero él estaba agitando la cabeza.

—McKinley no conoce al Uno, y no se preocupa por los deseos de los Drooses. Usted debe hacerlo, y hacerlo pronto.

Iba a tener que cuidar mis pasos; eran mucho más observadores que lo que imaginábamos, si sabían sobre el Capitán.

—Llévame hasta ellos —dije—. Trataré de detenerlos.

No estaba seguro de poder hacerlo. Si habían encontrado algo interesante, después de todo este tiempo, no iban a renunciar porque yo lo dijera; y sabía que McKinley estaría de acuerdo con ellos. Sin embargo, tenía que intentarlo, se lo debía al Viejo Geordy.

Traté de no despertar a Trish mientras me vestía, pero fallé.

—Ven a la cama —dijo—. Quiero tu cuerpo.

Tosí discretamente, pero no pude parar la curiosidad natural del Droose.

—¿Por qué Trish-que-esta-semana-es-la-cantinera quiere su cuerpo? ¿No le gusta el suyo propio?

Trish lanzó un pequeño grito y se zambulló bajo las mantas antes de asomar la cabeza.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó.

Se lo expliqué tan bien como pude y le dije que volviera a dormir. Había pocas probabilidades de que me obedeciera.

—Ni lo pienses —dijo—. El primer signo de emoción por aquí, ¿y tú esperas que vuelva a la cama? Si esos ladrones de tumbas tienen que ser detenidos, entonces los detendré.

Nos hizo volver de espaldas mientras se vestía. El Droose no comprendía por qué, pero giró de todos modos, con un encogimiento de hombros y una sonrisa. Creo que pensó que sólo era otro hábito humano.



Nos condujo fuera del campamento y más allá de los límites del pueblo de los Drooses.

—Los siguieron cuando los ancianos llevaron al Viejo Geordy al Uno —nos dijo mientras caminábamos—. Y no se fueron cuando se lo pidieron. Ahora han empezado a cavar en el lugar del Uno. Usted debe detenerlos.

Fue muy insistente en ese punto.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Trish.

Al principio pensé que el Droose no iba a contestarle, pero entonces su cabeza se inclinó hacia un costado en el gesto que ya había visto en varias ocasiones, y respondió.

—Si el Uno es perturbado entonces nunca más podrá reunirse, y si no hay más reunión, entonces los Drooses morirán.

No importaba si era verdad o no; ellos lo creían. Empecé a darme cuenta de que estaba hablando de alguna clase de cementerio, el lugar donde el Uno era fuerte. Tal vez el comentario de Trish sobre los robatumbas no había sido muy desacertado después de todo.

El pequeño Droose se estaba poniendo notablemente más nervioso a medida que nos alejábamos del pueblo.

—Estamos cerca del Uno —dijo, e hizo un ademán con sus manos a su frente que nunca antes había visto. Señaló a través de los árboles—. Está en esa dirección, a unos doscientos pasos. No puedo ir más cerca, está demasiado lejos de mi tiempo.

Entonces se volvió y nos dejó. Trish me miró y se encogió de hombros.

—¿Qué entiendes de eso? —preguntó.

—Creo que hemos topado con uno de sus tabúes —dije.

Estaba tratando de encajar esta más reciente información con algunas pistas que había obtenido antes. Algo estaba tratando de aparecer en mi memoria, pero mis filtros no lo dejaban pasar, no todavía de alguna manera.

—Creo que Lee y Potter han violado uno de sus cementerios, y ellos no están felices por eso.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con el Uno?

No pude responderle a eso. La religión de los Drooses todavía estaba más allá de mi comprensión, pero sabía que no estaba en absoluto de acuerdo con



violiar una tumba; y si Lee y Potter le habían hecho algo al cuerpo del Viejo Geordy entonces tendrían que responder ante mí, y que se jodiera McKinley y sus discursos acerca de *las necesidades de la ciencia*.

Empecé a caminar más rápido. El sol destellaba a través del árbol, lanzando sombras en las hojas sobre el sendero delante de nosotros. Doblamos un recodo y llegamos a un claro. Reconocí el sitio, el Viejo Geordy siempre me traía aquí cuando estaba tratando de explicarme algún complicado trozo de la teología de los Drooses. Decía que el Uno era fuerte aquí. Había un hoyo en el suelo que nunca antes había estado ahí, un hoyo que conducía a la profundidad de la tierra.

Estábamos justo a punto de entrar cuando emergieron Lee y Potter, mugrientos, cubiertos de suciedad, pero con amplias sonrisas en sus caras.

—Esto es lo que hemos estado esperando —dijo Potter, mientras salía—. Deberías verlo. Deben haber estado enterrando a sus muertos ahí abajo durante milenios, es una conejera regular, y parece continuar por millas.

—Y entonces están los grabados, toda la historia debe estar ahí —dijo Lee, volviéndose hacia Trish—. Les va a encantar.

—Me gustaría que cerraran ese agujero —dije, tratando de mantener mi voz uniforme, tratando de no permitir que mi cólera se mostrara. Los arqueólogos me miraron como si fuera estúpido

—No lo abrimos nosotros —dijo Lee, con el tono de un escolar mimado. Potter lo hizo callar con un gesto de su mano.

—No pienso así. Y creo que McKinley nos respaldará, es lo que ha estado esperando.

De eso tenía miedo. McKinley había estado pateándoles los talones durante semanas, y este hallazgo le daría la excusa para sacarse el peso de encima. Había estado esperando apelar a su mejor naturaleza, pero pude ver que eso no iba a funcionar. Estaba a punto de recurrir a las amenazas cuando Trish se me adelantó.

—¿Quién diablos se piensan que son? Hoy enterraron a uno de sus ancianos ahí abajo, y apenas unas horas después ustedes están profanando la tumba. ¿No tienen vergüenza?

—Escuche, señorita... —empezó Lee, pero Trish no había terminado.

—Está a punto de averiguar que no soy una señorita —dijo justo antes de colocarle una perfecta patada en sus partes. Se hizo un ovillo de dolor y empe-



zó a gemir. Potter hizo un movimiento hacia Trish pero debe haber visto la mirada en mis ojos. Se echó atrás, rápido.

—Está bien. Buscaré a McKinley. Él pronto lo resolverá.

Partió, arrastrando a Lee a su lado. Sentí placer al ver que el hombre más joven todavía se estaba agarrando sus partes, y que su piel se veía una pálida sombra en gris.

—¿Dónde aprendiste eso? —pregunté.

—Tres hermanos mayores —dijo—. Échame una mano con esto.

Estaba tratando de levantar lo que parecía un gran parche de pasto del suelo que era lo bastante grande para cubrir el agujero. Logramos volver a colocarlo en su sitio y lo pisoteamos con los talones.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

No estaba seguro. Esperar a McKinley realmente no me resultaba atractivo, pero parecía la única opción. Nos corrimos a un costado, ambos mudos pero conscientes de los muertos debajo de nosotros. Nos sentamos sobre un tocón y compartimos un cigarrillo, tratando de formular un plan de acción. Trish resumió la situación en una frase.

—A McKinley le va a encantar, le dará la oportunidad de pavonearse. ¡Dios! ¡Qué mandril es ese hombre!

Tuve que estar de acuerdo. Tiempo atrás, cuando el viaje todavía estaba en las etapas de planificación, había preguntado sobre la necesidad de que los militares se involucraran en absoluto; pero al final la política ganó y quedamos clavados con McKinley. No sólo no comprendía las necesidades de los científicos, desdeñaba abiertamente su trabajo. Y para completar, al instante les tomó aversión a los Drooses.

—Salvajes primitivos —fue su considerada opinión el día en que aterrizamos, y no había cambiado en los últimos dos meses. Por otro lado, yo no esperaba convencerlo.

Trish había continuado pensando en diferentes líneas.

—¿Crees que podemos conseguir ayuda de los Drooses? —preguntó—. Si puedo poner a uno de ellos en el centro de comunicaciones, entonces tal vez podamos adelantarnos a McKinley e ir al Concejo directamente. Apostaría a que tendrán una mala opinión de la profanación.

Yo no estaba tan seguro; pensé que la explotación era probablemente la principal directiva de la misión, sin considerar toda esa charla alegre que les



habíamos dado a los Drooses a nuestra llegada. No tuve oportunidad de responder, sin embargo, porque en ese momento los Drooses empezaron a salir de los árboles.

Nos ignoraron completamente y fueron directo al parche de pasto perturbado. Iba a decirles que se retiraran, pero me detuvo la mano de Trish sobre mi brazo.

—Pienso que pueden haber solucionado nuestro dilema —susurró, mientras los Drooses entraban en fila en el agujero en el suelo.

No puedo estar totalmente seguro, pero creo que toda la tribu estaba ahí: mujeres, niños, mayores, y todos. No hablaban, y no sonreían, pero todos entraron en el agujero en el suelo.

Miré a Trish, pero ella sólo se quedó mirándome fijo. Supongo que su expresión perpleja era el reflejo de mi propia cara. Una nueva variable había sido añadida a la ecuación; una ecuación que no teníamos idea cómo resolver. Ni siquiera habíamos empezado a considerarla cuando McKinley se acercó a las zancadas a lo largo del sendero, acompañado de Potter y dos hombres de seguridad. Me preparé para un enfrentamiento, pero otra vez Trish me detuvo.

—Déjalos hacer lo que quieren —susurró, justo antes de que llegaran hasta nosotros—. Creo que los Drooses saben qué están haciendo.

McKinley vino directo hacia mí, casi nariz contra nariz.

—Vamos a entrar... y ésa es una orden. No trate de detenernos.

No habían visto a los Drooses, eso era evidente. No iba a discutir demasiado, pero Trish se me adelantó de todos modos.

—Hemos estado pensando un poco. Tal vez sería una buena idea entrar, tal vez podamos aprender algo.

Había una mirada extraña en los ojos de McKinley, algo entre confusión y decepción. Creo que esperaba una discusión. Trish lo confundió aún más con su siguiente afirmación.

—Vamos a entrar, alguien tiene que mantener bajo control a sus espíritus malignos.

La miré, pero su cara era pasiva, no delataba nada; odiaría jugar con ella al póquer. Deseaba saber qué estaba pensando.

Seguimos a los Drooses abajo del suelo. No lo deseaba con ansia, pero como Trish dijo, alguien tenía que proteger sus intereses. Lo que me preocupaba era que no quedaba ninguno que proteger. Las palabras del joven Droose más



temprano todavía hacían eco en mi cabeza: *Si nada más puede reunirse, entonces los Drooses morirán*. Tenía un mal presentimiento sobre lo que nos estaba esperando.

Potter había traído las luces. Le pasó una a Trish, y la luz intensa del halógeno de mano iluminaba nuestro camino mientras caminamos decididos hacia abajo.

Las paredes estaban construidas de bloques grandes de arenisca. Había visitado varias tumbas neolíticas allá en la Tierra; en Carnac, en Orkney y sobre Salisbury Plain. Esto daba la misma sensación de edad, de un largo tiempo atrás. Lo que no había esperado, lo que era totalmente diferente, era el abrumador presentimiento de que este lugar estaba en uso. Las paredes corrían húmedas, y había un fuerte sabor a sal en el aire, pero no había signos de musgo o líquen sobre las paredes, sólo la brillante piedra húmeda y los grabados.

No tenía tiempo para estudiarlos, pero incluso yo, con mis limitados conocimientos arqueológicos, incluso yo podía ver que no coincidían con ninguno de nuestros sistemas actualmente conocidos.

No eran toscos sin embargo, exhibieron un alto grado de precisión, y las escenas que representaban me dejó la sangre fría; escenas de asesinato y mutilación, de decapitación y desmembramiento. Los Drooses habían estado escondiendo cosas de nosotros, como McKinley había sospechado. Tal vez porque se sentían avergonzados sobre un pasado pecaminoso. Traté de mantener esa idea en mente a medida que íbamos más profundo.

La pendiente terminó de repente, provocando que casi cayera sobre Trish, que se había detenido abruptamente. Agarró mi mano, y mi corazón dio una sacudida cuando sentí la suya pesada y caliente. Sin embargo, ella estaba pensando en otros temas.

—Mira —susurró, y pude escuchar la excitación en su voz mientras giraba para seguir su mirada. Me encontré mirando una pared de cuerpos de





Drooses, todos ellos yacían en cámaras de piedra separadas que habían sido esculpidas en la roca sólida. McKinley y los otros habían continuado delante, pero Trish y yo quedamos paralizado por la visión.

Algunos de los cuerpos se veían como si hubieran sido momificados -secos y marchitos- pero otros parecían listos para levantarse de las piedras y caminar. En la cámara donde estábamos, conté al menos doscientos cuerpos, y cuando entramos en la siguiente, era aún más grande. Había diez túneles que arrancaban hacia cámaras adicionales, y llegamos justo para ver a los demás entrando en uno de ellos.

Nuestros pasos resonaban a nuestro alrededor cuando continuamos. Fue entonces cuando me pregunté qué había pasado con la tribu. Este lugar era inmenso, o estaban adentro, escondidos.

Entramos en una cámara más grande aún, una caverna vasta de una sala. Nuestras luces no eran bastante fuertes para penetrar la penumbra completamente, pero supuse por los ecos que el techo estaba a varios cientos de pies por encima de nosotros. Los cuerpos estaban alineados en la pared, arriba y más arriba, hasta que no se veían en la oscuridad. Había miles de ellos.

Todavía estaba mirando hacia arriba cuando Trish tiró de mi brazo. Había un grupo de cuerpos en el centro del lugar: habíamos encontrado a nuestros Drooses. McKinley y los otros estaban parados sobre ellos cuando cruzamos la habitación, yo era consciente del silencio casi sepulcral.

McKinley me miró, y por primera vez desde que lo conocía, vi perplejidad sobre su cara.

—Están vivos —susurró, y su voz se perdió deprisa en la oscuridad desde donde regresó en cien ecos—. Están vivos —dijo otra vez, como si se negara a creerlo. Pude ver qué quería decir.

Estaban organizados en un círculo fuertemente ajustado, mirando hacia afuera, a sus antepasados. Sentados, con las piernas cruzadas, y los ojos abiertos; pero cuando caminé enfrente de uno ni siquiera parpadeó.

Trish se acercó y sujetó mi mano con fuerza.

—Se ven como si estuvieran esperando algo —dijo, poniendo sus labios cerca de mi oreja como si tratara de minimizar los ecos. Asentí, repentinamente incapaz de hablar, cuando capté un movimiento a mi derecha, cerca de la pared. Casi me olvidé de respirar cuando el Viejo Geordy se bajó de un nicho en la pared y vino hacia nosotros.

Trish agarró mi mano más fuerte; también ella lo había reconocido.



Sus ojos estaban tristes cuando llegó más cerca.

—Viejo-Geordy-de-el-Uno se complace en ver a su amigo otra vez, pero deben partir. Éste es un lugar de los Drooses.

Incliné mi cabeza a la manera de los Drooses antes de responder.

—Tu amigo también está complacido de verte otra vez, pero está confuso. ¿No está el Viejo-Geordy con el Uno?



© Jorge Vilá

El Viejo Droose se rió, una extraña calidez en la fría cámara.

—Pero seguramente mi amigo ha visto al Uno. El Uno está por todos lados aquí.

Todavía estaba confuso, pero Trish vino en mi ayuda.

—Mente colmena —susurró en mi oreja—. No están muertos.

Al principio pensaba que se refería a la tribu en el centro, pero entonces escuché los rumores.

El Viejo Geordy agarró mi brazo.

—Mi amigo debe partir. Los Drooses van a reunirse con el Uno, es su tiempo.

Empecé a discutir, pero él era insistente.

—Todos aquí se reunirán con el Uno —dijo, mientras los cuerpos crujientes bajaban de la pared.

—Salgamos de aquí —dijo Trish, arrastrándome hacia la salida.

Capté un último vistazo de McKinley y sus hombres que eran cubiertos por una muchedumbre de Drooses mustios, entonces el Viejo Geordy agitó su mano por una última vez antes de que Trish y yo huyéramos hacia la salida.

Esperábamos que McKinley nos siguiera, pero nunca nadie salió del agujero.



Eso es todo sobre el asunto, realmente. Trish y yo nos embarcamos dos semanas después, pero no antes de asegurarnos que el agujero estaba bien sellado.

McKinley y su equipo nunca fueron encontrados, y Trish y yo nos mantuvimos en silencio; pero en sueños los veo, silenciosos, con la mirada fija, pero todavía conscientes, tendidos ahí abajo entre los Drooses, y me pregunto si se reunieron con el Uno.

Conociendo a los Drooses, sospecho que no.

© William Meikle
© Traducción Graciela Lorenzo Tillard

WILLIAM MEIKLE es un escritor escocés con nueve novelas publicadas en el género periodístico e historias cortas en cuarenta países y diez lenguas.



NIRVANA

por Alfonso Fraile Gamboa

Aparentemente ambientado en la I Guerra Mundial, Alfonso Fraile, nos ofrece su visión particular sobre el Nirvana hinduista. ¿Cómo serán las personalidades que lo habitan? Ésa es la pregunta que subyace bajo este cuento.

Frank McGready sujetaba tembloroso su fusil. Estaba sentado en el borde de la escalera. En la trinchera se estaba algo más resguardado del fuerte viento que soplaba en la fría noche, pero aquella lluvia helada era insoportable. A su espalda estaban sus enemigos. ¿Lo eran de verdad? Frank no lo sabía pues nunca había tenido oportunidad de hablar con ellos... Un soldado simplemente hace lo que le mandan.

Sacó del bolsillo de su chaqueta la foto de Betty. ¿Era de verdad su novia? ¿La amaba en su corazón? Le era muy difícil decidir, pues fue un amor extraño. Frank nunca tuvo relación con muchas chicas, era demasiado tímido y su conversación distaba de ser divertida. Pero Betty aquella noche le sacó a bailar. No era una chica demasiado agraciada, pero ella se fijó en él. Betty nunca supo decir por qué le gustaba Frank, pero muy a menudo decía que en los ojos de Frank había una sabiduría infinita. Sus amigas se reían de esa clase de ocurrencias, dado que Frank a duras penas pudo acabar un curso de mecánica. Pero Betty le quería y eso era lo que le importaba.

A los pocos minutos sonaron las sirenas. Los aviones enemigos zumbaban como avispa enfurecida. Las ametralladoras disparaban al aire en todas direcciones mientras desde arriba los bombardeaban con gas. Las máscaras y los filtros eran muy caros y sólo disponían de ellos los oficiales. Un soldado como Frank apenas necesitaba de un fusil y balas. La cadena de mando se había roto y nadie en aquel tramo de trinchera sabía qué había que hacer. El gas llegó y todos los soldados empezaron a toser convulsivamente. Frank no podía ver nada. Su nariz y sus ojos ardían. Estaba completamente ciego. Se puso en pie y caminó en cualquier dirección palpando a su alrededor. En su hombro derecho colgaba el fusil y con su mano izquierda alcanzó algo. Palpó arriba y abajo un poco más y en seguida reconoció una escalera que llevaba fuera de la trinchera. Subió torpemente en busca de un poco de aire limpio. Había perdido la voz, de buena gana llamaría a sus amigos para subir con él por la escalera, pero no pudo hacerlo. Sus pulmones se quejaban inútilmente.

Al llegar arriba, pudo ver levemente el campo surcado de trincheras y cubierto de llamas. Por todas partes había explosiones. Veía como a través de un vidrio sucio y deformado, pero no pudo observar cómo le disparaban. De algún lugar perdido, ignoraba si de vanguardia o retaguardia, una bala voló para in-



crustarse en su hombro izquierdo y tirarle de espaldas otra vez dentro de la trinchera. Cayó sobre su fusil y sintió cómo se partía una de sus costillas. El veneno que había en el aire le quemaba más y más y más. De pronto empezó a sentir calor. Su cuerpo temblaba de frío, podía notarlo, pero contra toda lógica él tenía calor. Estaba muy aturdido. Sus pulmones ya no reconocían el aire que respiraba y su sangre ya no tenía energías. Una pesadez y una somnolencia se apoderaron de él pero no podía dormirse. Necesitaba mantenerse despierto. Cabeceaba una y otra vez contra la pared de la trinchera. Se concentraba en respirar, pero no lo conseguía. Cada inspiración era un golpe de fuerza y dolor, como si tuviera 100 kilos de peso aplastándole el pecho.

Trató de tomar aire una última vez, pero no pudo. Lo intentó desesperadamente pero no lo consiguió. No notaba dolor, era como si sus pulmones hubieran desaparecido. Ya no estaba ni somnoliento ni cansado. Incluso advertía nuevas energías. ¿Qué ocurría? Trató de incorporarse pero nada ocurrió. Intentó moverse pero no lo consiguió. No había nada que mover. No veía nada. Todo estaba completamente oscuro.

De repente empezó a brillar la luz. No fue como si amaneciera, para ello es necesario un sol o cualquier otro foco de luz. No en este caso, la negrura que le rodeaba se fue volviendo más y más clara hasta que se volvió completamente blanca.

—Regenerando autoimagen —Oyó una voz, pero no supo localizarla en ninguna parte. Era un tanto sintética y al mismo tiempo femenina. Ni siquiera pudo saber de qué dirección venía. No había ninguna pared en la que rebotase el sonido.

Miró hacia un lado y encontró su brazo. ¿Era aquélla realmente su mano? La recordaba distinta, antes de llegar a este lugar sus manos eran grandes y con dedos muy largos. Pensó en aquellas grandes manos y empezaron a crecer al instante, incluso aparecieron manchas de grasa de motor, así era como las recordaba. Miró hacia abajo y se vio a sí mismo desnudo. Instintivamente se tapó. Se concentró un poco y pudo volver a formar ropa alrededor de su cuerpo.

Escuchó risas de fondo y una voz:

—¿Ven ustedes cómo es completamente real? Todavía sigue creyendo que está viviendo y no existiendo. Acaba de despertar y no recuerda nada de sí mismo. Está totalmente aislado de su memoria. Solamente es capaz de recordar lo que ha vivido en los últimos 23 años. Hablo de años usando la terminología humana, para nosotros el tiempo es algo distinto... Computadora de control, prosiga —ordenó aquella voz que reía.



—Reconectando a red principal... Bienvenido de vuelta a la existencia Achilleos —Reconoció otra vez la voz sintética que había escuchado al principio de este sueño.

Se empezaron a formar paredes y suelo a su alrededor. Se encontraba en el interior de un cubo perfecto tumbado en el suelo. Pero todo seguía siendo de un blanco cegador. Se sintió un tanto incómodo con tanta luz y al instante se apagó el brillo de las paredes ligeramente.

Una figura se formó enfrente de sus ojos. Tan alta como él, carecía de pelo y era completamente asexuada. Vestía una especie de uniforme azul claro con rayas en los costados.

—Bienvenido a la existencia, Achilleos, yo soy Erasmus.

—Mi nombre es Frank McGready —dijo tímidamente Achilleos.

—Tu nombre durante esta última vida fue Frank McGready, pero ése no eres realmente tú. Tú eres infinitamente más, eres infinito e inmortal. Has estado en lo que llamamos juegos de vida. Control, por favor, den acceso a Achilleos a sus bancos de memoria —dijo Erasmus.

De repente Achilleos se retorció y se convulsionó. Vio como una tras otra desfilaban todas sus vidas anteriores. Hubo un tiempo en que los humanos llamaron a aquella experiencia Nirvana. Pero en el caso de Achilleos era algo distinto. No era necesario ningún esfuerzo ni meditación, tan sólo ejecutar una orden y todos los recuerdos de mil millones de vidas aparecían en un instante.

—¿Qué soy? —preguntó Achilleos.

—Existes, nada más —contestó Erasmus— Todavía no has terminado de recuperar tus recuerdos, pero pronto lo sabrás. Hubo un tiempo en que en el universo había humanos y otras especies que nacían y morían. Nos crearon a nosotros, y muchos se convirtieron en nosotros. Somos programas eternos. No tenemos más cuerpo que los circuitos por donde circulan nuestros datos, nuestros pensamientos, nuestra existencia. Conseguimos la inmortalidad con la que tanto soñaban los antiguos, pero no nos sirve de nada. Nuestros problemas están resueltos y no hay nada que amenace nuestra existencia. ¿Qué hacer entonces? Teníamos todo el tiempo del universo y nada que hacer con él. Tan sólo verlo pasar. Ciclos y ciclos de las galaxias. Criaturas y civilizaciones que nacen y mueren. Algunos se dedicaron a ver el universo nacer y morir. Y tras los eones de tiempo no había nada que no hubiéramos visto.

—¿Pero qué es este sueño en el que he estado? —Preguntó Achilleos.

—Ese sueño es la vida, no la existencia. La vida es muy diferente. Tiene un valor muy distinto, porque tiene un fin desconocido. Para los antiguos ese fin



era desconocido, sin ningún remedio. Para nosotros podría ser conocido, pero no hay aliciente en el juego de vida. La vida es auténtica y el juego es completo cuando se borra cualquier conocimiento al empezar. Si se sabe dónde se acaba el juego, el jugador se aburre y abandona. ¿Recuerdas el miedo, la angustia, la alegría, y todo aquello que sentías mientras jugabas? Si hubieses sabido dónde acabarías después de la muerte no tendrías ninguna de esas sensaciones. —Explicó Erasmus.

—En eso tienes razón, Erasmus —dijo Achilleos.

—Veo que ya me recuerdas un poco. Poco a poco irás recordando nuestra amistad —dijo Erasmus—. Tan sólo una pregunta quisiera hacerte. Veo que juego tras juego, acabas muriendo en guerras o algo similar. ¿Qué atractivo ves en ello? Yo siempre prefiero una vida más tranquila y más contemplativa. Me gusta aprovechar esas sensaciones de vida para crear y emocionarme con el arte. Sin embargo, tú acabas tus vidas muy pronto. ¿Por qué lo haces?

—Creo que la vida es más vida cuando se vive intensamente. Yo con mis guerras y tú con tu arte. Cuestión de gustos, supongo. Pero creo que la muerte es más profunda cuando uno no ha alcanzado la vejez, cuando uno no está preparado para morir, entonces es como morir dos veces y mucho más intenso. —dijo Achilleos.

—Quizá tengas razón, tal vez en la próxima vida lo pruebe. —dijo Erasmus.

—Ya he terminado de recuperar mi memoria. ¿Quieres empezar el juego ahora? Me toca a mí observar esta vez. —dijo Achilleos.

—Empezaré ahora mi juego de vida. Tú obsérvame. —dijo Erasmus.

—De acuerdo, pero ¿cuántos años durarás veintipocos u ochentaymuchos? —Preguntó Achilleos.

—Creo que serán veintipocos...

© Alfonso Fraile Gamboa

ALFONSO FRAILE GAMBOA. 30 años. Altura 1.65. peso 63 kg. Pelo negro, complexión normal. Buen estudiante en sus años de juventud aunque altamente indisciplinado. Se pasaba buena parte del tiempo perdido en bibliotecas. Al acabar sus estudios medios inicia la carrera de física (seguramente influido por la obra de escritores como Carl Sagan y Arthur Clarke). Ante la incapacidad de mantener una disciplina de estudios correcta y la complejidad de la matemática utilizada acaba fracasando y abandonando. Actualmente trabaja en una imprenta en un turno nocturno. Lee muchos libros de autores subversivos como Orwell, Huxley, Bradbury o incluso Solzenits-hyn. Se sospecha que pronto empezará a escribir relatos en ese estilo.



LA CRISÁLIDA

por Blanca Martínez

Este cuento guarda el encanto de los relatos de la Edad Dorada de la ciencia-ficción, cuando Marte estaba habitada bien por aguerridos guerreros, bien por una raza superior. También es una *story-road* por suceder parte en una carretera y una *space-opera* por implicar aventuras espaciales. Como verá el lector, tiene de todo como en botica.

Avanzaba por la carretera delante de mí. Era alta y esbelta. Su pelo negro se deshacía en ondas y se balanceaba al compás de su cuerpo. Su piel era rojiza.

¡Vaya!, pensé. Apuesto a que es una de esas marcianas.

La alcancé y paré mi Buick-2000 sport junto a ella. Me quité las gafas oscuras y le sonreí ampliamente.

—¿Quieres subir? —la invité.

Se había parado y me contemplaba en silencio.

—Voy a Cinzia —dijo finalmente.

Ya, —pensé: Cinzia, una pequeña ciudad al lado del espaciopuerto. Salidas diarias a Marte. Apuesto a que intentará colarse en un cohete y largarse a su tierra.

Seguí sonriéndole. Añadí:

—Yo voy un poco más allá. Al espaciopuerto. Me presentaré: piloto Al Braker. Será un honor gozar de tu compañía hasta Cinzia. No suelo hacer preguntas.

No sonrió. Hizo un breve gesto con la cabeza y entró en el Buick. La tela roja de su túnica destelló un momento sobre el tapiz del coche, luego se desplegó suavemente sobre su cuerpo con aquella extraña gracilidad que caracterizaba a los marcianos y a todo lo que los rodeaba.

Los marcianos tenían fama de amables. Eran cultos y buenos conversadores. Poseían una belleza delicada y dura, y junto a todas esas facultades, la de irritarme con extrema perfección.



© Pedro Belushi



Juro que, de no ser porque iba furioso a causa de mi pelea con mi anterior conquista, no me hubiera parado, pero en fin... me gusta la compañía y siempre se puede pasar un buen rato con una chica, sea de aquí o de la Quinta Galaxia.

No me decepcionó. Hablamos de mil cosas que curiosamente me interesaron: naves espaciales y monumentos que había visto. Reconozco que hacía años que no disfrutaba conversando.

Llegamos a la pre-estación de abastecimiento de energía III.

—Voy a parar. Tengo que repostar energía y revisar una cosa del Buick.

Una sombra de miedo cruzó por sus párpados.

—No temas —sonreí—. No ocurre nada. Simplemente quiero revisar un ruido algo extraño y reposar. Cuestión de minutos.

No contestó. Realmente estos marcianos son irritantes. Me alejé en busca del especialista. Era un hombre de unos cincuenta años. Vivía en una herrumbrosa casa rústica al lado de la estación y poseía un pequeño negocio allí mismo, aparte del taller.

Pulsó el botón automático y, cuando la tapa del radiador se corrió, emitió un silbido.

—Bueno, ¿qué? —interrogué irritado.

—No se preocupe: no es muy caro, pero resultará laborioso. Es el entronque, cuatro o cinco horas de trabajo.

—Eso es un problema —exclamé—. Esta noche he de estar en el espacio-puerto. Iré algo justo, pero...

—El problema no es ése —dijo el especialista—. El problema es que hoy es el día de fiesta de los chicos.

—Pero habrá algún turno fijo que...

—Por supuesto, por supuesto —me tranquilizó el hombre—. Sólo que hay otros delante. Hasta dentro de un par de horas...

—No puedo: tengo que estar en el espaciopuerto antes de medianoche. Soy piloto y no quiero tener problemas.

—Realmente la culpa es suya, por ir con el tiempo justo... —empezó el hombre.



Sentí que iba a explotar. El viejo tenía razón: un piloto jamás debe arriesgarse a ir con el tiempo justo. Pero cuando me peleó con una mujer, la cosa lleva su tiempo.

—Bueno —interrumpí—, estoy seguro de que usted podrá solucionarlo en un momento.

—No —dijo el hombre—. En un momento no. El trabajo es complicado. No me dedico personalmente a eso y...

—¿Cuánto? —pregunté impaciente.

Me miró directamente a los ojos.

—La marciana —dijo.

Aquello era lo último que hubiera esperado. Me quedé perplejo.

—¡Oiga! —protesté—. ¿Cree que va a poder jugar con ella? Ya sabe como son. Es casi imposible...

Me interrumpió.

—La quiero para cristalizar.

Bueno, no soy hombre de demasiados escrúpulos: cuando me propongo algo no reparo en medios. Pero la cristalización de un marciano está *realmente* penada por la ley.

La situación es ésta: nuestras relaciones con Marte son estrictamente comerciales. Hay productos mutuos que nos interesan. Pero son relaciones frías, por no decir heladas.

Hay pocos terrestres que vayan a Marte, y menos marcianos aún, que se arriesguen a venir aquí. Y, desde luego, apenas nos visitan desde que se descubrió la cristalización.

Miré a la chica que permanecía dentro del coche. Sus ojos oscuros nos miraban. Permanecía envarada y silenciosa.

Demonios, ¡era realmente guapa! Una lástima. Debía haberse encontrado sin valores para volver a Marte, y seguro que pensaba regresar de *polizón*.

Pero ese era *su* problema. El mío era llegar a tiempo al espaciuerto.

—Trato hecho —dije mirando al hombre—. Pero no me comprometa. No la venda antes de tres meses.



—No se preocupe —afirmó el hombre—. Tengo un cliente que me dará lo que le pida. Vendrá a finales de verano.

Bien, pensé. Todavía faltan cuatro meses.

El proceso de cristalización era muy sencillo: se cogía al marciano —o marciana, según el caso— y se le dormía con un gas, pues su buen carácter desaparece cuando se intenta cristalizarlos. Una vez dormido, se le inyecta helio-7 congelante en una vena y empieza el proceso.

Juro que no he visto en toda la galaxia nada más fascinante.

Primero su piel se endurece, luego se va volviendo transparente y encogiéndose como un niño que regresa dulcemente al útero. Luego despide luz: una luz suave, iridiscente. Y, a medida que esta luz se va apagando, empieza oírse un ruido como el del agua corriente entre las rocas. Y luego se desvanece y solo queda eso: una piedra transparente, brillante como una lágrima. De pronto: eterna.

Sólo lo vi. una vez. Aún lo recuerdo.

Sé que pagan fortunas por esas piedras. Ni los mejores brillantes tienen ese tacto duro y suave, ni las más bellas esmeraldas, esa luz.

Haría lo que fuera por tener una. Sólo por el placer de mirarla cada amanecer. Cada anochecer.

Pero soy un hombre práctico y el tener un marciano cristalizado se paga con cadena perpetua en el penal de Urón-2. Y no sé de nadie que haya vuelto de aquellos infiernos. Así que renuncio a ello de momento.

Ahora bien, yo no tenía nada que ver con la chica. Era simplemente cuestión de no ver ni oír. Llegaría a tiempo al espaciopuerto y no perdería mi licencia.

El especialista me miraba.

—Adelante —dije—. Haga lo que quiera. Pero no le pagaré nada por la reparación y quiero un repuesto total de energía, gratis.

El hombre sonrió suavemente.

—Vaya a comer —dijo—. Invita la casa.

Miré hacia el coche antes de alejarme.



En aquel momento el especialista lanzaba una maldición. La chica había bajado del coche y corría velozmente hacia los matorrales que bordeaban los campos.

No me moví. No era asunto mío. ¿O sí? Si aquella maldita marciana escapaba, adiós viaje a Neutrax, adiós licencia de piloto, adiós dinero que tenía que cobrar. Sin pensarlo eché a correr tras ella.

La alcancé tras un altozano. Me lancé sobre ella y la sujeté.

—¡Quieta! —mascullé— ¿A qué viene esto? ¿No te gusto? Suelo tener éxito con las chicas.

Ella me miró tristemente.

—Eres hermoso para ser terrestre —murmuró—. Ahora déjame ir.

Estuve a punto de soltarla.

—Oye... —empecé a decir.

Me vi rodando por el suelo. ¡Era fuerte como la piedra, delicada y salvaje como el viento! Me lancé sobre ella, luchando, asombrado de su fortaleza y su ferocidad.

Entonces llegaron ellos.

—¡Sujétela un momento más! —exclamó el especialista.

Un hombre joven y grueso que venía con él, le lanzó spray a la cara, y un segundo después la chica dormía.

Cayó como caen los pétalos de las rosas, y por un momento sentí algo que nunca antes había sentido. Aquello me alteró y recordé la pelea.

No tenía que molestarme por nadie, por supuesto, y menos aún por ella: por una maldita marciana nadie mueve un maldito dedo.

El especialista se inclinó y clavó una jeringuilla en el brazo de la chica.

Y entonces, cielos, ¡lo vi por segunda vez!

Se deshizo en mil luces, en mil destellos imposibles. Suavemente, pero luchando hasta el fin.

Cuando todo acabó, de ella sólo quedaba un recuerdo. Y la piedra. Suave. Dura. Un desgarró bellissimo. Una lágrima eterna.



—Téngame el coche a punto —le dije roncamente al hombre—. Voy a comer.

Tres horas más tarde partía hacia el aeropuerto.

Llegué y aún me quedó tiempo para organizar la partida, presentar mis credenciales, preparar mi equipaje y, ¡suerte entre las suertes!, encontrarme con Whissita.

Whissita es una muchacha encantadora. Pasamos un buen rato. Y le prometí llamarla en cuanto regresara de Neutrax.

Me dirigí a las pistas con tiempo suficiente.

Una vez que estuvo todo lo dispuesto, me presentaron al copiloto.

Siempre me he considerado un buen mozo. Soy bastante alto, atlético y algo moreno por el sol. Mis ojos son oscuros, y no hay muchacha que no crea que la amo cuando la miro intensamente.

Pero no dejo de reconocer cuando encuentro a algún endiosado que tenga ventaja sobre mí. Me alegré de que Whissita no estuviera allí: el copiloto que sustituía a Wender, mi compañero previsto para el viaje, era algo así como una de esas estatuas de los tiempos antiguos de la Tierra.

Asombrosamente proporcionado, su piel era algo oscura y sus cabellos dorados. El tono gris de sus ojos destacaba con una luz amistosa. Pero había en ellos algo que no me gustó. Parecía que estuvieran advirtiendo algo. Un estúpido, vaya. A más de un niñoato había liquidado yo por esos mundos por menos de una mirada amenazadora.

—Vaya —le sonreí, buscando pelea—. Si eres tan valiente como guapo...

Él permaneció inmóvil, mirándome.

—Tenemos que hacer este viaje —dijo—. Cuando volvamos de Neutrax, hablaremos.

—Bien, bien —dije, extendiendo las palmas de las manos hacia él en un gesto apaciguador que volvía locas a las chicas—. Hablaremos a la vuelta.

Estudié de forma rutinaria sus credenciales y nos encaminamos hacia la nave.

Juro que no sé lo que pasó.

Primero salimos al espacio libre. Todo iba bien. La carga llegaría en su momento a Neutrax. Pero si todo iba bien, ¿qué demonios había pasado? De pron-



to mi compañero hizo un gesto hacia mi cara. Si todo iba bien, ¿por qué me había dormido? ¿Por qué estaba atado a la camilla de emergencia?

Él estaba allí. El copiloto, inclinado amablemente sobre mí, tomándome el pulso.

—¡No me hagas perder la paciencia imbécil! —grité loco de ira.

Y entonces me di cuenta: su piel era de color rojizo.

—¿Cómo lo has conseguido? —murmuré asombrado.

—Un tónico colorante. Su efecto dura unas horas —contestó plácidamente.

—¿Y para qué demonios quieres parecer marciano?

—En realidad —explicó—, el efecto del colorante ya ha pasado.

Lo miré. No bromeaba. Así que era un marciano...

—De acuerdo —dije—. Ya me has sorprendido. Ahora suéltame. Tus papeles eran falsos... ¡Vaya con el chico guapo! Te vas meter en un buen lío.

—¡Cállate! —su voz no sonaba amable—. Ahora —añadió—, dime dónde está O-Ra.

—¿O-Ra? ¿De qué me estás hablando?

—Me comunicó que había subido a un Buick sport amarillo. Era tu matrícula. Te describió. Lo hizo desde la Estación de Abastecimiento III.

Maldita sea, pensé. La marciana iba a meterme en líos.

—Oye —empecé, intentando ganar tiempo.

—¡Cállate! —dijo—. Colaborarás conmigo. La traerás aquí.

—Oh, sí, claro. Suéltame y hablaremos.

—Te voy a soltar.

En cuanto lo hiciera yo tendría las de ganar. Una bestia contra una estatua de carne.

Me soltó.

Y entonces me di cuenta. Mi pierna derecha era una maravilla. Toda de roca transparente. No tan bella como hubiera sido la de un marciano, pero...



Me volví furioso, aterrado, deseando retorcer aquel cuello perfecto.

—Los terrestres no soléis razonar mucho —dijo suavemente—, así que te lo voy a explicar. Si quieres que tu pierna no sea diferente del resto de tu cuerpo, vas a localizar a esa mujer y a decir que la lleven al espaciopuerto. Le comprarás un billete para Marte. Después...

—¡Espera! —interrumpí—. Hay un pequeño problema.

Demonios, no sabía como decírselo. Él aguardó.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó de pronto.

—Bueno, yo, nada. Ella se fue a dar una vuelta por ahí, ya sabes. Hay gente sin escrúpulos. No pude impedirlo.

—La habéis cristalizado —murmuró.

Se sentó. Durante unos instantes me miró fijamente. ¡Malditos marcianos! ¡Malditos todos ellos! Si al menos me atacara, lo entendería. Pero no, te miran impasibles con aquella mirada extraña, sin que se les mueva un músculo de la cara.

—¡Bien! —grité—. ¡Ataca si quieres! ¡Está cristalizada! ¡Cristalizada! ¡La tiene el dueño de la estación! ¡Vamos! ¡Pégame! ¡Con pierna de cristal y todo te dejaré un buen recuerdo!

Durante un buen rato gesticulé furioso ante él. Me miraba. Las manos entrelazadas, la barbilla apoyada en ellas.

—¡Marte! —grité—. ¡El dios de la guerra! ¡Da gusto conocernos! ¡Rojos de piel, pero no debéis tener sangre en las venas! ¡No sois capaces de nada!

Se levantó. Me miraba con indiferencia.

—Ya te has desahogado —dijo, en tono completamente normal—. Ahora cállate: tengo trabajo.

Salió, dejándome encerrado en la cabina de emergencia.

Volvió al poco rato.

—Ven —dijo.

Le seguí, cojeando con mi pierna de cristal y mascullando maldiciones.

—Atiende —me dijo mirándome fijamente y como si yo no pudiera entenderle—. Tenemos una avería. No es grave, pero resulta más rentable en tiempo



y energía aterrizar de nuevo en la base. Allí la reparación será cuestión de una hora y volveremos a salir. Ahora vamos a comunicarnos con el dueño de la Estación III. Tenemos línea abierta. Es cuestión de segundos.

Poco después, el especialista aparecía en la pantalla. El marciano le puso al corriente de la situación en pocos segundos.

El hombre palideció.

—Bien —dijo mi forzoso compañero de viaje—. Creo que todo está claro. Hay dos posibilidades: le denuncio a las autoridades, con lo cual usted y sus socios...

—¡Hey, espera! —protesté.

—Cállate —dijo el marciano—... con lo cual usted y sus socios serán enviados a Uron-2 y mi compañera pasará meses en ese estado antes de que realicemos todos los trámites necesarios para regresar a Marte, ya que entró ilegalmente a la Tierra.

El rostro del especialista era de color ceniza.

—... O, segunda posibilidad: intenta librarse del problema, sale e intenta tirar la crisálida al mar. Hay agentes marcianos controlando su casa: lo matarán o lo denunciarán si lo intenta, con lo cual todos tendremos problemas.

—¿Entonces? —dijo el terrestre. Parecía diez años más viejo.

—Entonces —continuó el marciano— hay un posible arreglo: coge usted la crisálida y la envuelve. Dentro de tres horas se dirige a la Zona de Recreo G del espaciopuerto. Yo estaré allí. Me la entrega. Se vuelve a casa y lo olvida todo.

El especialista alzó la vista. Temblaba.

—Escuche: salgo ahora mismo. Salgo ahora mismo —repitió nervioso.

—Recuerde: uno, estará vigilado; dos, tiene familia. No debe ocurrirle ningún accidente, ni a usted ni a ella.

—De acuerdo, sí, sí, de acuerdo.

—Está bien. Corto.

Apenas cortó la comunicación, empecé a gritarle:

—Pero... ¿No ves que en el espaciopuerto se darán cuenta de todo? Apenas metas la crisálida, en la nave sonará la alarma...



—No seas infantil —susurró—. Cállate.

Iba a seguir gritando cuando vi que sacaba una botella pequeña del bolsillo. Se bebió el contenido de un trago.

—¿No invitas? —pregunté sarcástico.

Me miró. Creí notar un destello burlón en sus ojos.

Inmediatamente después se llevó las manos a la cabeza. El dolor distorsionó sus facciones. El sudor corría por su cuerpo. Se desnudó. Jadeaba horriblemente.

Yo me sentía aterrado.

Ahora ese imbécil se muere, pensé, ¿y qué hago yo con mi pierna?

—¡Hey! ¡Por Dios! ¿Qué hago?

De pronto se calmó. Estaba como dormido. Al cabo de un par de minutos abrió los ojos. Y entonces me di cuenta: su piel volvía a tener el mismo color que la mía.

—¡Cielos! —exclamé—. ¿Cómo lo hacéis?

Me ignoró. Se levantó, se vistió y luego se dirigió al cuadro de mandos.

—Atención, piloto —dijo—, preparativos para el aterrizaje.

Poco después tomábamos tierra en el espaciopuerto.

Yo tuve que quedarme dentro de la nave por necesidades de la *avería*. Tengo que reconocer que había sido inmejorablemente preparada.

Un par de especialistas estaban trabajando abajo, en el piso inferior.

El marciano se dirigió a la zona de recreo. Enfoqué el visor, gradué el aumento y lo localicé en el bar.

El especialista estaba en la barra. Mi copiloto se sentó a su lado. Inmediatamente se levantó y fue a los aseos. Salió a los pocos minutos. Sentado en la barra, se tomó algo. ¡Cielos, qué sangre de horchata! Luego se dirigió de vuelta a las pistas. La nave ya estaba lista para salir.

Veamos cómo se las arregla para pasar el control, pensé. Si en aquella bolsa contenía la crisálida, iba a organizarse un pandemónium. Llegó al control. Yo sudaba. Maldita sea. Lo mirara por donde lo mirara, a mí las cosas no me iban a ir bien.



Los agentes de control le saludaron. Sonrieron. Volvió a enseñarles los papeles. Les mostró la bolsa. Bromearon. Aquel maldito extraterrestre hasta se dignó sonreír.

Ahora se dispararía la alarma.

No se disparó.

Pasó tranquilamente, y poco después entraba en la nave.

Me dejé caer en la silla del piloto. Me sequé el sudor que me corría por la frente.

El copiloto se sentó a mi lado.

—Preparados para el despegue.

—¿Cómo demonios lo has hecho? —pregunté.

—Ocúpate de la nave —respondió—. Tenemos mucho camino por delante.

Horas después, ya en el espacio libre y rumbo a Neutrax, conectamos el piloto automático.

Él se levantó y yo lo seguí.

En la sala de emergencia, sobre la camilla, estaba la bolsa que había traído el marciano. La abrió con cuidado y sacó una enorme y extraña fruta. Era de origen marciano y sólo se cultivaba en la Tierra en algunos invernaderos especiales.

—Oye... —empecé a preguntar.

Él, sin hacerme caso, sacó un bisturí y abrió la fruta.

Dentro estaba la piedra.

¡Que hermosa era! Su luz era lánguida, iridiscente y tenue. La miré hechizado. Él también la contemplaba. Algo parecido a la tristeza brilló en sus ojos.

—Dentro de poco estaremos en Marte —murmuró.

—¿Eh? ¿Qué dices? —gruñí—. Vamos a Neutrax.

—Sí —asintió—. Allí tomaremos un cohete biplaza a Marte. Dos días de viaje.

La nave no debía regresar a Neutrax hasta la próxima semana.



Miré mi pierna cristalizada y suspiré.

—Bien, jefe —asentí—. Lo que tú dispongas. Espero que los médicos marcianos hagan algo por mí.

—Lo harán —afirmó suavemente.

Tres días después llegábamos a Marte. De la zona de aterrizaje nos fuimos directamente a las salas de emergencia.

Un equipo de médicos, hombres y mujeres, tomaron la crisálida con religioso cuidado y desaparecieron en unas salas plateadas y perfectas.

Miré a la gente. Qué hermosos eran: los hombres, las mujeres. Con aquella expresión benévola, con el disco rojo del dios Marte en sus túnicas o en su pelo.

No había gritos ni carreras. Dureza y suavidad. Terciopelo y brillantes. Roca y pétalos de rosa. Siempre razonables, amables. ¡Cielos, cómo los odiaba! En cuanto regresara a la Tierra iba a correr tras una crisálida y juro que ni los horrores de Uron-2 iban a impedirme tenerla.

Me gusta la gente violenta: por lo menos sé a qué atenerme. Pero aquellos seres cuasiperfectos irritaban a cualquiera.

De pronto, una de las puertas metálicas se abrió y O-Ra apareció en el umbral. Se apoyó en el hombro de mi odiado copiloto.

Y él le dijo algo así como:

—Bienvenida.

Antes de que empezaran los arrumacos me acerqué a ellos.

—Bien. Ahora mi pierna. Tengo prisa.

Me miraron como desde muy lejos, con esa mirada hecha de eternidad. Él hizo una seña y dos jóvenes con uniforme se acercaron.

Me durmieron con un spray o algo parecido.

Cuando desperté estaba en un lugar increíble. Plantas bellísimas crecían por las paredes. Arroyos de agua clara nacían y discurrían por entre los senderos, y había algunas rocas de gran hermosura. No tanta como la de las crisálidas marcianas... quizá se parecieran más a mi pierna.

¡Mi pierna! ¿Dónde estaba mi pierna? No la tenía.



© Pedro Belushi

¿Y mis brazos? ¡Eran de piedra! ¡Igual que las piedras que había entre las plantas! ¡Malditos! ¡Mil veces malditos! ¡Me estaban convirtiendo en piedra! ¡Todo yo! Miré hacia arriba. El disco rojo del dios de Marte colgaba en lo alto y el Sol restallaba en él hasta la desesperación. ¡Qué bello era! ¡Y qué horror! ¡Cruelles! ¡Cruelles con un salvajismo vengativo e irrevocable!

Yo hubiera hecho lo mismo con ellos.

Iba a gritar. Tenía que gritar.

Al Braker. Piloto espacial Al Braker. No puedo gritar.

Y es que las piedras no gritan.

© Blanca Martínez

BLANCA MARTÍNEZ, escritora catalana que reside en México, es Licenciada en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona, imparte clases de literatura fantástica, Ficción Prospectiva (Ciencia Ficción), en el Instituto Internacional de Prospectiva de la Ciudad de México. Entre sus publicaciones destacamos la novela *La era de los clones*, *Cuentos del Archivo Hurus*, *Archivo Hurus II*, *La soledad de la Meiga* y *Ficción Prospectiva*.



CEBOS Y CAZADORES

por Yoss

Cita la Ley de la Conservación de la Energía que ésta no se crea ni se destruye, sólo se transforma. Así, Cebos y cazadores da cuenta de este principio a través de una historia donde un puñado de mujeres deberá encarar el reto más grande en toda su existencia, un desafío que por momentos les hará recordar lo que reza uno de los preceptos de la sabiduría popular: nadie valora lo que tiene sino hasta que lo ve perdido.

*Para Elena, que no es perfecta,
por suerte y/o por desgracia.
(Costumbre triste, ya casi póstuma,
ésta de seguir dedicándote...)*

*Para Daína Chaviano:
Y perdona los estereotipos machistas.*

Vagando por la superficie del sol, el solitario ser de energía detectó una lejana emisión de radiactividad. Parecía una deliciosa nube de isótopos pesados activos... y además inmensa. Su equivalente plasmático del estómago se contrajo: aquella enorme exquisitez tampoco parecía tener dueño. Llevaba tanto tiempo sin alimentarse... iba a ser todo un banquete.

Hizo ondular su anatomía gaseosa modulando la red de campos magnéticos que eran sus «músculos» para deslizarse por la fotosfera de la estrella para investigar. Era extraño dar con semejante tesoro sin otro de su misma especie que lo reclamara. Mejor; en su estado actual, no habría podido luchar mucho. Un día había sido el más fuerte entre los suyos, pero ahora era muy débil. El alimento escaseaba.

Por suerte, en los últimos tiempos también era cada vez menos frecuente cruzarse con un semejante. Circunstancia que habría preocupado a una entidad con sexo, pero que le resultaba indiferente a la individualista criatura plasmática. Era perfectamente capaz de reproducirse sin necesidad de ningún otro individuo de su clase. Le bastaba con dividir su cuerpo si disponía de energía suficiente. Y ahora, montones de ella parecían estar a su alcance, y sin peligro.

¿Sin peligro? Mejor no confiarse. Desde que alcanzaran cierto raciocinio, los de su raza no tenían muchos depredadores, pero no había sobrevivido tanto tiempo siendo imprudente ni temerario. Sus propios semejantes podían ser la peor amenaza. Cauteloso, giró varias veces alrededor de la posible nube de alimento. Definitivamente no había ningún competidor, y el manjar era gigantesco. Podría recuperar todas sus fuerzas y hasta reproducirse muchas veces con el poder que extraería de aquellos isótopos.



Seguía habiendo algo extraño, algo que no alcanzaba a expresar...pero sus campos temblaban con el equivalente energético del hambre. Al fin, olvidando toda precaución, impulsado solo por el instinto, se precipitó sobre la comida con todas las trampas magnéticas abiertas al máximo...

Comer, comer, qué deliciosa sensación la de reponer la energía perdida...

Y sin que lo advirtiera, mientras ponía toda su atención en alimentarse, su misma mente fue absorbida por algo camuflado tras el cebo de isótopos radiactivos.

Al cabo de cierto tiempo, el ser de energía, ahíto, se alejó del montón de comida con movimientos erráticos. No estaba físicamente dañado... sin embargo, su mente racional había desaparecido por completo. Ya ni siquiera era capaz de advertir que aquel montón podría alimentarlo muchas más veces. No tardó mucho en que un poderoso pero torpe depredador al que antes habría podido fácilmente burlar lo atrapara y destrozara su cuerpo de gases atrapados en campos magnéticos.

Pero esto no lo supo nunca el cazador. El destino de una presa, después que se alimentaba de su raciocinio, ya no era asunto suyo. Cuando hubo «digerido» la mente arrebatada a su última captura, momentáneamente satisfecho, reflexionó.

Aunque «reflexionar» quizás no fuese el término más correcto, porque ni con grandes reservas se le podría considerar una criatura inteligente. Ni siquiera al bastante limitado modo de su presa.

No obstante, era perfectamente capaz de extrapolaciones sencillas.

Se trataba de un simple cálculo costo-ganancia. Había crecido mucho y cada vez necesitaba más alimento. Pero de nada servía que invirtiera más energías en recolectar isótopos radiactivos y concentrarlos en los cebos que tan irresistibles les resultaban a sus presas: cada vez pasaba más y más tiempo entre una captura y otra. Y cada vez le aportaban menos poder útil. Cada vez sus mentes eran más débiles.

Aunque el término «sobreexplotación de recursos» habría superado al simple sistema nervioso del cazador, el concepto estaba claro. Aquel terreno de caza se estaba agotando, y era hora de irse a probar suerte a otra parte mientras aún le quedaran fuerzas para el difícil viaje.

Pero ¿adónde?

Extendió sus increíblemente aguzados sentidos. Aunque no en todas direcciones; ya había assolado medio Cosmos y suponía que no encontraría allí ninguna especie cuya energía mental pudiera usar como alimento. Le quedaba la otra mitad del Universo y en ella se concentró.



Al cabo de un lapso de tiempo más bien largo la preocupación lo embargó. La situación se agravaba: su enorme cuerpo estaba «hambriento»; como temió, no había aparecido otra presa. Y aunque podía detectar algunos seres con mentes como las que necesitaba para sobrevivir, estaban demasiado lejos como para llegar hasta ellos. Mientras que las nébulas, soles y planetas a los que podía desplazarse carecían absolutamente de entidades capaces de generar suficiente actividad mental como para que el mismo viaje valiese la pena.

Si había fallado lo probable, intentaría lo improbable. Optó por comprobar la zona que acababa de abandonar hacía apenas unos cientos de miles de años. Quizás hubiera aparecido entretanto algo aprovechable en aquellos territorios ya asolados.

Tuvo suerte. En un pequeño planeta lejano pero todavía a su alcance, y ya visitado tiempo atrás, la vida había evolucionado tan rápidamente que la energía mental de la nueva especie dominante, aunque pequeña en cada individuo, no solo resultaba definitivamente aprovechable sino que también parecía... hum, la palabra más adecuada sería «deliciosa». Nunca había encontrado algo así en sus correrías.

Aunque nada era perfecto en el Universo. Aquellas exquisitas criaturas combinaban la atractiva virtud de su exclusivo «sabor» con tres terribles defectos:

El primero; estaban lejos. Desplazarse hasta ellos consumiría buena parte de las mermantes energías del cazador, y llegaría muy débil y vulnerable.

El segundo, que extrañamente parecía compensar al menos de manera parcial al primero, era un incómodo primitivismo. Además de ser muy pequeños y frágiles, aquellos seres ni siquiera eran capaces de asimilar la energía pura, así que, aunque eso significaba que no tendrían suficiente poder como para hacerle daño, tampoco le servirían para nada sus tan cuidadosamente preparados cebos de nubes de isótopos. Tendría que dejarlos atrás y pensar en otra clase de carnada para atraerlos.

Pero tampoco partiría de cero. Había habido un tiempo, un tiempo muy lejano, en que el cazador persiguiera y atrapara presas muy similares, en aquel mismo mundo. Todo estaba en acordarse de cómo había sido y aplicar tal conocimiento a estas.

Las estudió a distancia y no tardó en encontrar la clave: como los seres de su recuerdo, aquellas entidades se dividían en dos clases, y aunque no parecían llevarse muy bien entre sí, a cada una le era indispensable la otra para la reproducción. Sobre todo, una de aquellas clases demostraba un constante y casi obsesivo interés en su contrapartida...un interés que parecía muy aprovechable.

Y además, las mentes de aquella clase eran más... ordenadas, a la vez que diferentes entre sí. Las de su contrapartida eran más caóticas, pero también más



parecidas una a la otra. Era una diferencia mínima, pero, puestos a escoger ¿por qué no dárselas de gourmet y de sibarita y quedarse solo con lo mejor?

El tercer defecto era lo que daba tanto sabor y hacía tan apetecible su energía mental: aquellos seres eran inteligentes de veras. Lo que significaba que tendría que andar con mucho cuidado. Aunque no pudieran manejar grandes energías con sus cuerpos, si detectaban la existencia del cazador, siempre existiría la posibilidad de que también descubrieran un modo de combatirlo.

Sabía cuál sería su cebo. Ya lo había hecho antes. Sería complejo y le exigiría una gran inversión de energía, tiempo, y sobre todo paciencia para empezar poco a poco y en pequeña escala, para no crecer demasiado deprisa, para no devorar toda la fuerza mental de las primeras presas que rondaran el cebo, sino solo una porción mínima, suficiente para subsistir y tenerlos a su merced pero no para ponerlos en peligro de muerte. Claro que así también podrían informar a sus semejantes... pero aquello no resultaba necesariamente malo y, por otro lado, aquellos seres tenían unas mentes tan... apetitosas. El esfuerzo de autocontrol valdría con creces la pena si garantizaba semejante festín durante largo tiempo.

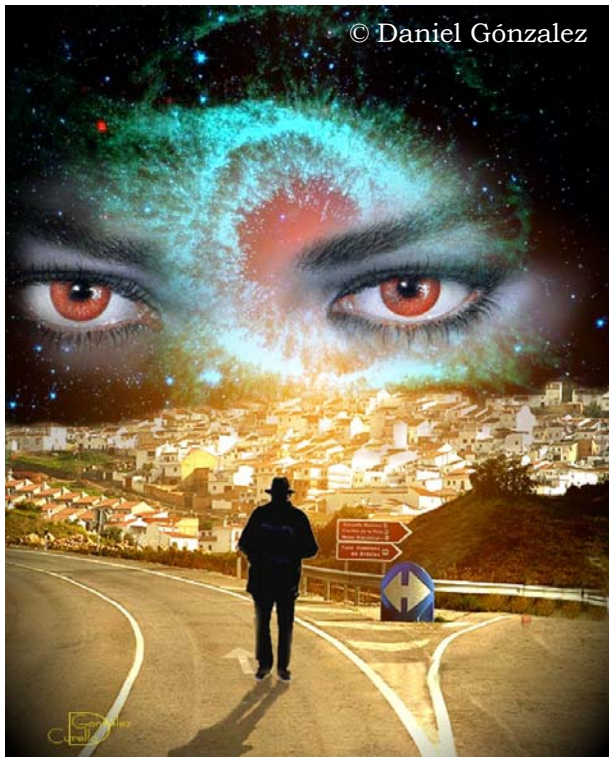
También estaba la nada despreciable ventaja de que mantenerse como entidad unitaria en un planeta siempre requeriría un esfuerzo menor que hacerlo en una estrella o en un sol. De hecho, lo difícil sería trabajar con magnitudes energéticas tan pequeñas, e incluso a veces con simple materia.

Pero no le quedaban muchas opciones. Tendría que probar suerte allí.

Además de un cambio de aires, y sin ser consciente de ello, el cazador estaba planificando metamorfosearse en algo muy cercano a un ganadero, una nueva clase de predador, que no sacrifica de golpe todos los recursos de un rebaño, sino poco a poco, permitiendo que sus integrantes críen y se reproduzcan.

Hora de mudarse. Se concentró en el problema del traslado. Era casi simple; solo tenía que deformar el espacio para conseguir desplazarse a través de él hacia su nuevo coto de caza. Cuestión de pulsar las cuerdas adecuadas, de calcular las fuerzas exactas, de invertir la energía suficiente para hacer llegar su enorme cuerpo hasta su nueva reserva cinagética. No le llevó mucho tiempo.

Y al fin, anticipando satisfecho sus banquetes de fuerza mental vital, con un espasmo multidimensional que agotó la mitad de sus reservas, el cazador dejó atrás miles de toneladas de isótopos radiactivos en estado gaseoso que se dispersaron en la fotosfera de la estrella y saltó a través del hiperespacio hasta la Tierra.



© Daniel González

Desde que fueron fundadas a finales del siglo XVI, entre las pequeñas villas camagüeyanas de San Felipe de Los Ingenios y Santa Ursulina de Las Fuentes no hubo más que campo limpio. Hectáreas y hectáreas de buena tierra colorada y llana, pero tan llenas de piedras que ni al colono más desesperado se le ocurrió nunca ararlas para sembrar nada, por lo que todavía hoy sirven para lo mismo que en los tiempos de la colonia: como pastos.

Dicen los monteros que persiguen venados y los vaqueros que arrean a caballo sus rebaños de blanquinegros Holstein y gibosos Cebúes por los pastizales, que en algunas partes la hierba de Guinea crece tan alta que llega a tapar a un jinete.

Y así era hasta el 30 de junio del 2009, el día en que apareció Pueblo Nuevo.

El primero en dar noticia de que ahora había un caserío donde antes no había nada fue Diosdado Echevarría, un vaquero de San Felipe que buscaba un ternero extraviado cuando se dio de narices con aquellos edificios que estaban donde no debían estar.

Eran de construcción Girón de lo más corrientes, pero si ya hubiera sido bastante raro encontrarse un pueblo vacío y listo para ser ocupado donde una semana antes no había nada, encontrárselo lleno de gente que parecía haber vivido allí era aún más extraño.

No obstante, cuando Diosdado regresó a San Felipe, cabecera municipal, una sonrisa que nadie recordaba haberle visto antes brillaba en su rostro proverbialmente serio. Claro, informó de inmediato a la doctora Mariela Betancourt, la presidenta del Poder Popular, y a la teniente coronel Felicia Aro, la más alta oficial del MININT en la zona, como era su deber... pero sin dar detalles y quitándole importancia al asunto.

Sí, había un Pueblo Nuevo, pero los edificios eran de lo más corrientes, y sus ocupantes no eran ni infiltrados contrarrevolucionarios ni extranjeros sospechosos. Seguro era algo de la corporación Gaviota, un hotel, una escuela para estudiantes de medicina latinoamericanos, africanos o algo así, a lo mejor hasta un proyecto secreto del Consejo de Estado, y ya se sabía cómo eran esas



cosas, mejor ni andar preguntando, no fuera a ser que uno metiera las narices en lo que no le importaba... y las perdiera.

La doctora Mariela y la teniente coronel Felicia se extrañaron un poco de aquel pueblo aparecido como por arte de magia, claro, y más sin que las informaran a ellas, máximas autoridades civiles y militares de la zona, pero incluso sin el consejo de Diosdado las dos también sabían perfectamente cómo eran las cosas. Si algo así había ocurrido sin que ellas se enteraran, lo más probable era que se tratase de una orden impartida desde arriba. Desde muy arriba, incluso, ¿por qué no? quizás incluso desde el mismísimo... así que, mejor ni demostrar que sabían de aquel proyecto tan secreto. Ya se les avisaría en su momento si era necesario que lo supieran.

Bastaría con advertir a los monteros, vaqueros y jinetes de San Felipe y Santa Ursulina que evitaran la zona... por si acaso. Tampoco es que fueran mucho por allí.

Ni Mariela ni Felicia notaron que en los siguientes días Diosdado, siempre con aquella sonrisa extraña en la cara, no dejaba de cuchichear al oído de sus amigos más cercanos, ni tampoco que ellos lo miraban escépticos, como si lo que el montero les contaba superara la nacionalmente reconocida capacidad camagüeyana de tragar mentiras.

Tampoco se fijaron en la mala cara de su mujer, Pastora, ni en sus nada esotéricos comentarios: *«Lo que es la vida, cómo cambia la gente de la noche a la mañana: Diosdado era un toro, con veinte años de casados siempre tenía que estármelo quitando de arriba, pero ahora ya no me cumple, parece que en algún potrero por ahí cambió las ganas por esa sonrisita de niño contento»*, que parecían clásicos chismes de comadres sin más consecuencias que algunas miraditas burlonas al montero de casi sesenta abriles.

Hubo quien llegó a insinuar que algún envidioso le había echado un bilongo, pero la verdad es que, más allá de su rara sonrisita y de las quejas de Pastora, Diosdado era el mismo guajiro macho de siempre, capaz de desmayar un ternero de una trompada.

Hasta que Eulogio y Gumersindo, vaqueros e inseparables compadres de lazo, montura, dominó y aguardiente de Diosdado, junto con el sargento Mendizábal, jefe de la PNR de San Felipe, cansados de aguantarle sus cuentos, decidieron cagarse olímpicamente en las orientaciones del Poder Popular y arriesgarse a acompañarlo a Pueblo Nuevo a ver cuánto había de cierto en sus cuchicheos...

Y regresaron los tres con la misma sonrisa que él iluminándoles la cara.

De la noche a la mañana a todos los monteros de San Felipe y Santa Ursulina se les escaparon terneros hacia el misterioso Pueblo Nuevo. Todos regre-



saban a sus hogares con aquella sonrisita tonta y como ida, sin ganas de calentarles las sábanas a sus mujeres ni siquiera de quedarse en casa, tomando café y viendo la televisión después de su dura jornada. Pasaban más tiempo que nunca en las calles, en la cantina o en el parque, y cuando se encontraban, en vez de conversar casi a gritos como antes, como los tipos duros que eran, se susurraban unos a otros al oído, como viejas chismosas... pero la luz que brillaba en sus ojos no era nada viejo.

Liberación femenina o no, si en algo han sido siempre buenas las mujeres de San Felipe y Santa Ursulina es en apretar los dientes y aguantar calladas, por eso durante la semana siguiente, aunque algo parecía haber empañado el brillo incluso de los matrimonios antes mejor avenidos, nadie pasó del comentario a *sottovoce*.

Hasta que también el Guajiro Peña, se contagió con la extraña epidemia y dejó de cumplirle a su mujer, la doctora Mariela Betancourt, con la que estaba casado desde antes de que ella se graduara de medicina.

Mariela no solo era Presidenta del Poder Popular, sino también de la FMC. Cuando, recurriendo a ese infalible sistema femenino de comunicaciones, el chisme, supo que su caso no era el único ni mucho menos, decidió coger la sartén por el mango, y convocó esa misma noche una reunión extraordinaria, para analizar la situación.

Ahí sí que las mujeres de San Felipe y Santa Ursulina se explayaron.

Salieron a la luz muchas cosas. Que casi las tres cuartas partes de los hombres de los dos pueblos parecían capados, porque ni el mil veces probado recurso salvamatrimonios del bobito transparente o el mucho más reciente pero igualmente afrodisíaco hilo dental les encendían ya la sangre.

Y no era culpa de Magdalena ni de Ambar ni de Beatriz ni de Samantha, las cuatro putas más o menos aceptadas en la zona, porque también ellas andaban con una mano atrás y otra adelante: fuera de dos turistas gordos y despistados, no les había caído ni este cliente aquella semana.

También era inocente Tiburcio, el viejo jubilado dueño del banco de video de San Felipe, y que todo el mundo sabía que también alquilaba videos y revistas porno. Su mujer Encarnación decía que todos sus *pellejos* estaban cogiendo polvo en el escaparate, y que hasta dormido tenía aquella sonrisita estúpida como cosida en la cara.

La teniente coronel Felicia se autocriticó por no haberse enterado de nada, aunque hubo también quien salió en su defensa. A fin de cuentas, a ella esos problemas no le importaban, porque estaba muy feliz con su amiga Gisela, la veterinaria, a la que estaba entrenando para campeona nacional de fisiculturismo femenino.



¿Qué estaba pasando? Pastora acusó a Benito Tragadero, Gilberto Siempre en Cuatro y a Karla la Mariposa, los dos gays y el único travesti reconocidos de por allí, pero Gisela la veterinaria, su mejor amiga, juró que *las muchachitas* también andaban de capa caída... ya no les hacía caso ni el negro Mandarria, el bujarrón más conocido de la zona.

La mulatísima Yurisei, que se había puesto la silicona hacía un año y con sus 22 ya se había casado cuatro veces, dos con italianos, confirmó la abulia sexual de los hombres de la región: dos días antes se había atrevido a ponerse la minifalda que Luigi le mandó, que además de tan corta que parecía un cinto ancho, era medio transparente... y no había recibido no ya un comentario obsceno, sino ni siquiera un silbidito.

Las mujeres suspiraron a coro. La cosa estaba mala de verdad. La negra Tomasa insistió en lo del bilongo. A lo mejor era cosa de vudú haitiano, más fuerte que los amarres que podía hacer ella... pero acabó reconociendo que hasta su padrino en santería, el viejo Hipólito, también tenía aquella sonrisita boba y ya ni le tocaba el nalgatorio, así que por lo visto los orishas y los loas no tenían nada que ver.

Dolores, la vieja poetisa de Santa Ursulina, culpó a los muertos oscuros y propuso una misa espiritual. Juanita Cobre y Leonela Bronce, las frikis oficiales de San Felipe, una rubia y otra pelirroja gracias a la química, que tan amigas eran que hasta se rumoreaba que más de una vez habían compartido novio, se gritaron insultos, se acusaron mutuamente de idiotas, putas y frías (contradicción en la que nadie reparó) y se arrancaron mutuamente sus inseparables audífonos de las orejas: una decía que era cosa de los OVNI's y los ET's ¿acaso no habían visto los *X-files*? y la otra sospechaba un nuevo ataque del enemigo imperialista, con un virus, un gas nervioso o un rayo extraño.

Carmen Lucía, la joven escritora de San Felipe, graduada de Historia del Arte en La Habana, con toda la autoridad que le daba todo lo que había leído al respecto, el haber sido una vez tercer lugar en el premio de cuentos de ciencia ficción de la revista *Juventud Técnica* y llevar seis años trabajando en una novela del mismo género, le dio la razón a la primera: nada tenían que ver ahí los americanos, pero podía muy bien tratarse de las hembras de seres extraterrestres o de otra dimensión paralela que estaban utilizando a los hombres de San Felipe y Santa Ursulina para tener sus crías ¿no habían leído *Los cuclillos de Midwich*, del inglés John Wyndham? ¿Ni visto la película, *El pueblo de los malditos*, con Christopher Reeves? ¿Ni siquiera habían visto *Alien*?

Nadie había leído aquel libro, obviamente no publicado en Cuba, y que tampoco era una de esas novelitas de amor tan populares entre las mujeres de la zona. Carmen Lucía tenía muchos amigos extranjeros que la visitaban y le traían libros. Tantos amigos, que algunas malas lenguas hasta decían que lo de escritora era solo una excusa para ya saben qué...



A Reeves lo recordaban de *Superman*, pero en el bastante bien surtido banco de video del viejo Tiburcio nunca había estado ese *Pueblo de los malditos*.

Lo que sí sabía todo el mundo era cómo era la cosa con *Alien*. Así que, aunque muchos la consideraban medio loca de tanta ciencia ficción que leía, el comentario de la escritora les erizó los pelitos del cogote a todas las mujeres de ambos pueblos.

Hubo llantos histéricos, vasos de agua, aspirinas, y dos costureras aprovecharon para rasgarse las blusas culpando una a la otra de la abulia del macho compartido, y por poco se arma un tumulto que Felicia impidió diplomáticamente... sacando su pistola.

Pero, tras todo aquello y breve debate, se llegó a una conclusión.

Habría que investigar a Benito Tragadero, a Gilberto Siempre en Cuatro, y a Karla la Mariposa para estar seguros... pero todo parecía indicar que ese Pueblo Nuevo tenía mucho que ver con la misteriosa indiferencia de los maridos y novios. Antes, los hombres de San Felipe y Santa Ursulina eran como debían ser, mientras que ahora... ¿qué? porque el hombre cuando es hombre, es hombre, y si no, no es hombre ni nada.

Vaya, que era hora de que las mujeres tomaran cartas en el asunto. Se nombró una comisión para ir a visitar el tal Pueblo Nuevo, y para allá habrían arrancado... si no fuera porque en cinco minutos empezaba la novela brasileña. Y qué caray, lo de los maridos era preocupante, sí, pero era el capítulo final, el último chance de ver a aquel actor rubio tan rebueno que trabajaba de maitre en el restaurante y se casaba con la hija de los millonarios, y en la vida una mujer tiene que tener claras sus prioridades ¿no?

Aquella misma noche, 23 de julio del 2009, y mientras sus esposas, novias y amantes permanecían como hipnotizadas frente al televisor, más de la mitad de los hombres de San Felipe y Santa Ursulina se largaron en masa a Pueblo Nuevo.

Cuando terminó la novela los teléfonos de ambos pueblitos camagüeyanos sonaron casi ininterrumpidamente durante unas dos horas. Y cuando constataron lo masivo de la fuga masculina, (hasta los seis policías de la Unidad de la PNR se habían ido) una teoría se impuso entre las despechadas mujeres: lo que había en aquel Pueblo Nuevo no era más que un montón de putas salidas del plato que les estaban robando a los hombres. Y fueran venezolanas, bolivianas, ecuatorianas, de Burkina Faso o del mismísimo Marte, aquellas perras no se iban a reír así como así de las cubanas.

No señor. Y si tenía que correr la sangre, pues que corriera. Y a ríos.



Al amanecer del 24 de julio de 2009, un decidido grupo de veinte féminas entró con paso desafiante en las calles de Pueblo Nuevo. La presidente del Poder Popular, Marcela Betancourt, y la teniente coronel Felicia Aro encabezaban la comitiva, a la que se sumaron, pese a las protestas de algunas, Benito Tragadero, Gilberto Siempre en Cuatro y Karla la Mariposa, chillando que ellos también tenían intereses en el asunto.

El pueblo, en efecto, era muy normal: quince o veinte edificios de construcción Girón estándar, como los de tantas comunidades agrarias y escuelas en el campo, dispuestos en dos filas a ambos lados de un largo parque o plaza central.

La primera sorpresa se la llevaron al ver a sus hombres tranquilamente sentados o tendidos en los parques, aceras y calles del lugar, como si no fueran fugitivos, como si no tuvieran nada que temer de sus furiosas esposas y novias.



La segunda, la más terrible, fue confirmar que quienes habían raptado a la población masculina de San Felipe y Santa Ursulina eran mujeres. Muchas, más de cien y menos de mil, simples mujeres que de tres en tres y hasta de cuatro en cuatro rodeaban con sus solícitas atenciones y mimos a cada uno de los satisfechos machangos, como a pachás, mientras que otras caminaban, bailaban o jugaban por todo el lugar con el único propósito aparente de deleitarlos con el espectáculo de su presencia y movimiento.

Bueno, y decir simples mujeres no era del todo exacto. Eran cualquier cosa menos simples. Extranjeras, se veía al vuelo. Porque no podían ser de la zona, ni amas de casa ni trabajadoras, ni cubanas de ninguna parte de la isla, eso estaba claro.

Pero tampoco se trataba de indias sudamericanas de metro y medio de estatura, con ponchos y sandalias, trenzas hasta la cintura, nalgas escasas, ojos rasgados y caras de panderetas. O de negras africanas largas como varas de tumbar gatos pero flaquísimas, pancihinchadas, canilludas y de pasa rebelde. Ni siquiera de europeas altas como horcones, rubias y de ojos claros, pero



también huesudas, pecosas y blancuzas, con paso de granaderos y peste a grajo de cortadores de caña.

Todas aquellas mujeres, desde la primera hasta la última, eran diosas.

Diosas. Ninguna actriz de cine, modelo de revista o cantante americana les llegaba ni a la chancleta. Ninguna mujer nacida de mujer, ni siquiera después de mil cirugías plásticas, podía tener aquellos rostros de ángeles, aquellos ojos tan grandes y con tanto brillo, ya fueran azules, verdes o color café, aquellas pestañas largas como abanicos, aquellas narices perfectas, ya fueran rectas o respingadas, ni aquellos mentones y aquellos pómulos de escultura griega. O esas bocas grandes, de labios gruesos y sensuales, jugosas como tajadas de fruta fresca, gritando su naturalidad resplandeciente sin lápiz labial ni más maquillaje que sudor y saliva.

Y los pelos. ¿Qué champú, qué acondicionador usaban? Cabelleras largas, lustrosas y suaves como crines o cortísimas y erizadas como espinas. Pelambreras rizadas e indómitas, adheridas con gel al cráneo o cabezas afeitadas. Rubias como el oro, rojas como la sangre, color caoba, negras como ala de cuervo, castañas como campos de centeno recién segados, con iluminaciones, de improbables tonos azules, rosados o verdes, salpicadas de canas, grises como la ceniza o completamente blancas como la nieve. Pero todas coronas de gloria. Hasta la última usaba el cabello exactamente como mejor le quedaría. Todos los cortes eran diferentes y todos completamente hermosos. Ningún estilista habría podido mejorarlos ni aunque trabajara mil años... porque eran diosas peinadas por un peluquero divino.

Las mujeres de San Felipe y Santa Ursulina, que ya abrían las bocas para soltar los primeros insultos, las volvieron a cerrar, apabulladas. Alguna que otra se resistió un instante, irguió imperceptiblemente el busto, se arregló los cabellos o se mojó los labios, pero no había competencia posible. Hasta Yurisei, la mulata de fuego, lo reconoció y encogió los hombros deseando que se la tragara la tierra: había encontrado la horma de su zapato. No había una mujer con la que pudiera compararse... sino mil.

A la teniente coronel Felicia, a su amiga Gisela la veterinaria y a dos o tres más que nadie habría sospechado se les cayó la baba mirando, pero nadie lo notó, porque todas miraban con la misma atención, aunque no con la misma idea.

No había derecho a ser mujeres y ser tan perfectas.

Todo lo tenían como había que tenerlo. Eran como ellas siempre soñaron ser. Altas; ninguna bajaría del metro ochenta, sin que ni una luciera desgarrada o delgada. Las más espigadas, que hacían parecer una enana a Gisela la veterinaria y a su buen metro con ochentaicinco, eran igual de gráciles que las más pequeñas.



Los senos eran todos divinos: rotundos, pero duros y altivos, desafiando la fuerza de gravedad sin artificio de sostén, como globos cautivos a punto de escapar de la tenue contención de aquellas mínimas camisetas, finas camisas, cortísimas blusas. O libres, impúdicamente exhibidos por algunas que tomaban sol tendidas como indolentes animales de lujo sobre la hierba, sin más ropa que minimísimos bikinis.

Y nadie se atrevería a sugerir que había silicona en aquellos pechos perfectos.

Las piernas: largas, interminables como las de las modelos de pasarela europeas, pero no escuálidas, sino sólidas y bien torneadas como las de las abuelas gallegas, y sin más artificio que aquellos tacones vertiginosos de quince y veinte centímetros que todas manejaban con naturalidad, aunque hasta a una zanquera le habría dado miedo caminar con ellos. Bien dibujados los muslos bajo los jeans cosidos al cuerpo, o expuestos por las minifaldas diminutas, los shorts brevísimos y esas tangas, apenas cuatro hilos y tres triángulos de tela casi reventando por los turgentes volúmenes que intentaba contener.

En los estómagos y los brazos, uniformemente bronceados y exhibidos con orgullo, ni una gota de grasa. Ni rastro de vello antiestético, pero tampoco rojez que revelara del uso de la cera o la cuchilla de afeitar depiladoras.

Siluetas de reloj de arena: hombros anchos, cintura de avispa, caderas bisistas, nalgas duras y redondas como las balas de antiguos cañones, carne sensual y divina que ni siquiera podía concebirse mancillada por padecimiento tan terrenal como la celulitis, haciendo estallar la tela de los ceñidísimos pescadores, las estrechas sayas de mezclilla, los shorts de lycra, las casi invisibles trusas.

Para más INRI, aquel Olimpo femenino parecía haberse vestido para algún desenfrenado carnaval de seducción, olvidando toda comodidad en nombre de volverse irresistibles. Era como si hubieran saqueado los guardarropas de las pornodivas en busca de los atuendos más exóticos y provocativos, las telas más elásticas, las transparencias, más reveladoras, los cueros más sugestivamente sadomaso, las joyas más extravagantes y ostentosas... logrando el improbable milagro, sin embargo, de que aquellos uniformes de la exageración y la procacidad, atributos del mal gusto, se vieran purificados, dignificados, elevados a la categoría de elegantes vestiduras por el simple hecho de que ellas los usaran y se movieran luciéndolos.

¡Y cómo se movían! Ninguna top model habría podido siquiera acercarse a aquel modo felino de caminar, ni exudar tanta sensualidad en cada giro de cabeza, sacudir de melenas, sentarse, tenderse o ponerse de pie. Qué Naomi Cambell, ¿quién era esa advenediza de Claudia Schiffer? Éstas sí que eran mujeres de agua, de fuego líquido, de plata y oro vivientes. El sexo y no el verbo hechos carne.



Las veinte mujeres y los tres hombres de la comitiva permanecieron en silencio casi un minuto, observando la escena con incredulidad, con envidia, con desaliento. Mirando impotentes cómo cada uno de sus hombres era acariciado, alimentado, peinado, besado, atendido por varios de aquellos ejemplares de absoluta feminidad.

Cuando al fin la teniente coronel Felicia logró encontrar en el fondo de su autoridad ofendida las fuerzas suficientes como para pasar por encima de su arrobo y dar un paso al frente con la mano engarfiada en la cartuchera de su Makarov y un par de palabrotas a punto de escapársele de la garganta, al menos doscientas de aquellas diosas de carne parecieron fluir, deslizarse de algún modo, arreglárselas para al segundo siguiente interponerse entre las mujeres de San Felipe y Santa Ursulina y sus hombres.

Y la veintena de camagüeyanas sintió entonces su asombro transformarse en miedo. No había furia en aquellos rostros perfectamente hermosos. No había agresividad en la postura de aquellas altísimas hembras, todas de pie con las piernas separadas y los brazos cruzados... pero sí amenaza.

Una advertencia que flotaba en el aire, que iba más allá de lo perceptiblemente físico, de su indiscutible ventaja de número, de la fuerza que se adivinaba en sus brazos esbeltos y sus piernas torneadas. De repente parecían más altas, de hombros más anchos, de músculos más prominentes.

Carmen Lucía diría luego que le pareció tener enfrente a las mitológicas valquirias, las divinas hijas de Odín que parecían mujeres pero no lo eran, y que vestidas de guerrero llevaban a los héroes muertos en combate hasta el Valhalla... pero como muy pocas sabían quién era Odín ni qué era el Valhalla, lo que quedó fue el comentario de la teniente coronel Felicia de que ni con un AKM con veinte cargadores se atrevería ella con una de aquellas tipas. Y el de la negra Tomasa, que dijo que al principio todas parecían hijas de Oshún, la voluptuosa orisha del amor, pero luego más bien encarnaciones de Oyá Yansá, la iracunda orisha de los vientos y la tempestad.

El caso fue que, olvidándose de sus propósitos, de su ira y de la fama de audaces que desde los tiempos de Agramonte tienen las camagüeyanas, primero la teniente coronel Felicia y luego las otras mujeres dieron una a una media vuelta y se alejaron de Pueblo Nuevo con el rabo entre las piernas y sin decir ni pío.

El primer comentario vino a hacerlo Pastora, la mujer de Diosdado, cuando ya la hierba de Guinea no dejaba ver el pueblo de las mujerazas: dijo que entendía muy bien que su marido se fuera con aquellas tipas, que al lado de ellas se sentía un fleco, que después de todo cada uno era dueño de estar con la puta que le diera la gana... pero que igual no le parecía justo después de veinte años de matrimonio. Y acto seguido preguntó si alguna tenía un blúmer limpio, porque le parecía que se había cagado encima, y si iban a dejar que aquellas



cabronas se salieran con la suya, si pensaban a quedarse de brazos cruzados y con la lengua metida en el cu...

La carcajada disipó algo la tensión, y las lenguas de las veinte habitantes de San Felipe y Santa Ursulina se soltaron. Habían pasado el susto de su vida. Juanita Cobre dijo que le pareció ver las llamas del infierno en los ojos de aquellas tipas y Leonela Bronce dijo que ella les había visto cuernos y cola de diablo.

Alguien dijo que si el reuma hubiera dejado venir a la vieja poetisa Dolores seguro habría visto espíritus burlones revoloteándoles encima. Yurisei hizo reír a todas diciendo que iba a pedirle al cirujano que la había puesto la silicona que le devolviera el dinero para comprarse unos lentes como los ojos de aquellas.

Felicia le comentó muy bajito al oído a Gisela que un soldado que huye a tiempo por lo menos vive para pelear de nuevo. Tomasa dijo que iba a botar su *nganga*. Gisela que le gustaría saber qué anabólicos tomaban las socias para tener esos músculos...

Carmen Lucía estuvo callada hasta que, de súbito, preguntó donde se habían metido Benito Tragadero, Gilberto Siempre en Cuatro y Karla la Mariposa. Las veinte mujeres se miraron unas a otras, inquietas, y el miedo volvió a atenazarles los corazones. Nadie había visto salir a los gays y al travesti de Pueblo Nuevo. Si las personajas habían sido capaces de seducir incluso a aquellos más que probados alérgicos al sexo femenino, entonces sí que no había ninguna esperanza.

Pero para Carmen, por el contrario, aquella era una buena señal. Un detalle revelador. Con los ojos brillantes, encaró a sus diecinueve compañeras.

¿Conque hasta los gays habían caído? Eso no era normal ¿no? ¿Todas las habían visto, no? Y eran todas mujeres jóvenes, ni una niña ni una vieja y ningún hombre que no fuera de San Felipe o Santa Ursulina. ¿Alguna todavía creía que aquellas mujeres eran extranjeras, turistas, deportistas, algo más o menos normal y corriente?

Tímidas voces se alzaron para sugerir que Pueblo Nuevo podía ser una villa de veraneo para top models cansadas, un centro de entrenamiento de nado sincronizado o una granja de reeducación para jineteras arrepentidas. Pero Carmen desestimó una a una aquellas hipótesis: ¿Top models? Ya las habían visto en las revistas: lindas, sí, pero parecían percheros anoréxicos. ¿Nado sincronizado? Bah... ¿alguna había visto algo parecido a una piscina? Y ¿jineteras? Por favor, reflexión: si se habían arrepentido de la vida que llevaban, con esos cuerpos y esas caras, es que eran idiotas.



Una insistió aún en que podía ser un estudio secreto de películas porno para recaudar divisas, pero Carmen fue implacable ¿Porno para vender en dólares? Sí, cómo no ¿Y en vez de contratar a los equipos Cuba de natación y atletismo masculinos aquellas tipazas no habían encontrado nada mejor que sus novios y maridos? Que todos serían muy buenos y ellas los querrían mucho, pero, la verdad sea dicha, no había ni uno que se pareciera a Brad Pitt o Johny Deep ni de noche y visto de lejos.

La teniente coronel Felicia intervino, intrigada: ¿a dónde estaba tratando de llegar Carmen con aquel razonamiento?

Y la joven escritora lo soltó: ¡aquellas mujeres no eran normales! Todas rieron: claro que no, si ser así fuera normal las artistas de cine se quedarían sin trabajo...

No, insistió Carmen Lucía, apenada. Era su culpa por no explicarse bien. Normales no era la palabra. Lo que aquellas tipas no eran era humanas. No podían serlo.

¿Ninguna se había leído el libro de Ira Levin, *Las esposas de Stratford*? Silencio.

¿O visto la película con Nicole Kidman? La del pueblo lleno de mujeres rubias, dóciles y sensuales, que resultan ser robots que los hombres encargan como perfectos consortes? Por suerte, esa la habían visto algunas, y captaron la semejanza al vuelo.

Sí, continuó Carmen Lucía, aquellas tipas podían ser robots o seres mutantes que imitaban la forma de las mujeres ¿recordaban a *Mística*, la mutante camaleón de los *X-Men*? Esa sí la habían visto casi todas, y el entusiasmo creció ¿Entonces? preguntaron.

Para la escritora estaba más que claro: eran la vanguardia de una invasión, y había que detenerlas al precio que fuera necesario, porque quien intentara apoderarse de Cuba y de los hombres de las cubanas solo podría recoger el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perecía en la lucha, y Patria o Muerte, Venceremos y todo eso.

Las mujeres de San Felipe y Santa Ursulina estuvieron de acuerdo y hasta dos o tres aplaudieron por puro reflejo, pero... ¿Había que avisar al MININT, a los Guardafronteras, a la Federación, pedir un ataque con tanques, aviones Migs-29 y lanzacohetes BM-21 que destruyera el pueblo?

Ni hablar, terció la teniente coronel, pragmática: si contaban que unas tipas llegadas de nadie sabía donde se habían robado a todos los hombres no las tomarían en serio. Locuras de mujeres, les dirían, y sanseacabó.



Tenían que resolver aquello ellas solas, y después ya se vería, si la cosa se ponía mala sería como Fuenteovejuna (Carmen Lucía la miró extrañada de la referencia, pero no dijo nada) habrían sido todas ellas y ninguna.

Muchas tragaron en seco, imaginándose automáticamente presas por intento de insurrección contrarrevolucionaria... y también lo fácil que sería para una de aquellas mujerotas ripiar a una mujer normal a galleta limpia, y hasta a dos o tres.

Y además, eran tantas...

Pero Felicia estaba inspirada; abrazando a su amiga Gisela, dijo que si había que luchar, lucharían. Pero no frente a frente. En silencio tendría que ser, porque hay cosas que para lograrlas tenían que hacerse ocultas. No por gusto ella había combatido en la clandestinidad. Contra un enemigo más fuerte, se usa la astucia, el combate encubierto, la táctica de guerrillas, el terror y el sabotaje. Y sobre todo, el ataque por sorpresa.

La vieja luchadora se sentó en cuclillas sobre la hierba aplastada, y usando como puntero el cañón de su inseparable pistola, empezó a trazar un plan de acción. La mejor hora sería al amanecer, cuando más cansado y menos alerta está el enemigo. Entrarían desde distintos puntos, para confundirlo, para que no pudiera organizar la resistencia en una sola dirección. Sería una segunda Noche de las Cien Bombas, pero con aquellas mujeres no se podía tener ni siquiera la mínima consideración que los jefes del Directorio Revolucionario habían tenido con los esbirros de Batista, que asesinos y todo, por lo menos eran humanos. A estas tipas había que barrerlas, destrozarlas, fusilarlas...

Gran ovación, y el plan se puso en marcha.

Menos de 72 horas más tarde, el 26 de julio del 2009, se iniciaba la operación *Crepúsculo de las Diosas*. El nombre, claro, lo sugirió Carmen Lucía, aunque a ella le habría gustado más *Gotterdamnerung* o por lo menos *Ragnarok*...

Pueblo Nuevo no tenía vigilancia, y todas ocuparon sus posiciones. La escuadra de adolescentes zapadoras, dirigida por Juanita Cobre y apresuradamente instruidas por la teniente coronel Felicia Aro colocó a toda prisa las cargas de explosivo casero (la vieja Tomasa fue la primera baja, y antes de la batalla: voló junto con su fogón y su casa mientras trataba de fabricar nitroglicerina artesanalmente) junto a las columnas de sostén de los veinte edificios del poblado.

Siempre se desmoronaría alguno, era difícil calcular los efectos de un estallido con explosivos caseros... pero la idea era solo dañarlos para hacer salir al personal de su interior: se trataba de que perdieran la vida en el ataque la menor cantidad posible de hombres de San Felipe y Santa Ursulina. Si las invaso-



ras los habían hipnotizado o les habían lavado el cerebro de algún modo siempre podrían recobrase. Si morían aplastados por escombros, ni hablar.

Cuando las cargas estallaran, en la confusión resultante las mujeronas seguramente tratarían de ponerse a salvo corriendo... y ahí entrarían en acción las dos escuadras de tiradoras ya emboscadas entre los edificios, capitaneadas por Pastora, que no por gusto había acompañado tanta veces a su marido Diosdado a cazar venados y puercos cimarrones en los hierbazales. Claro que las 25 AKMs del cuartel de la policía de San Felipe no eran escopetas de cartuchos y las improvisadas fusileras no habían podido practicar mucho, pero disparando en ráfagas a algunas tendrían que tumbar ¿no?

Samantha, vieja baloncestista y Gisela, que había practicado softball en sus días de estudiante de Veterinaria, encabezaban la escuadra de lanzadoras de granadas que entraría por un lado del parque. La vieja Dolores, que inesperadamente para muchos reveló haber tenido amoríos 40 años atrás con el jefe del cuartel de bomberos de Santa Ursulina, y que por tanto sabía manejar las mangueras del carro bomba, se encargaría de cerrarle la retirada a las posibles fugitivas con sus chorros de agua a alta presión. Y por si todavía quedaban sobrevivientes, ahí estaría esperando para rematarlas la escuadra de caballería comandada por la mulatisima Yurisei con su lugarteniente Leonela Bronce, que bastante caballo habían montado en la secundaria, y aunque no fueran

mambisas, sabrían crecerse con machetes y cadenas de bicicleta en sus manos justicieras.

La batalla sería a muerte y sin cuartel. Hasta rescatar al último hombre y verter la última sangre de las perras invasoras.

Pero ocurrió algo que ninguna de las decididas combatientes esperaba. Cuando las primeras cargas estallaron (y hubo un buen tercio que no lo hizo, como de costumbre) los edificios del pueblo, en vez de inclinarse o derrumbarse, empezaron a ondear como si se reflejaran en el asfalto caliente. Y cuando las mujeronas comenzaron a salir para darse de bruces con el chaparrón de balas, la lluvia de granadas, y los chorros de agua a presión con que las recibieron





las decididas libertadoras, sus siluetas también parecían fluctuar como imágenes de un televisor mal sintonizado. Aunque recibiera varios impactos, ninguna sangraba, sino que parecían... desorganizarse, licuarse, evaporarse y fluir. Ni una trató de contraatacar o luchar, y apenas huir.

La caballería cargó al grito de guerra de *¡Muéranse, mariconas!*, pero sus machetazos y cadenazos atravesaban las figuras de sus enemigas sin encontrar más resistencia que la que ofrecería un trozo de jalea o una medusa.

Cuando menos de media hora después salió el sol, del diabólico y antinatural Pueblo Nuevo apenas si quedaban unas transparentes formas en las que solo con gran esfuerzo podían reconocer las vencedoras de la batalla los antes tan sólidos edificios de construcción Girón, y una especie de jirones de niebla que se desplazaban con lentitud, tímida sombra de quienes horas antes habían sido mujeres insoportablemente bellas.

Y, lo más importante, estaban los hombres. Todos fueron apareciendo aquí y allá, tirados en la hierba, inconscientes. Ninguno recordaba nada de lo sucedido desde que llegaron a Pueblo Nuevo.

Aunque las vencedoras de la batalla devolvieron hasta al último a sus casas, no todos corrieron la misma suerte. Algunos permanecen aún en coma en los hospitales, y ya sus mujeres, novias y parientas están pensando en solicitar su desconexión; no parece que nunca vayan a dejar de ser vegetales vivientes.

Otros, por suerte la mayoría, recuperaron pronto el sentido.

Pero incluso las mentes de esos han quedado más o menos afectadas, como si les hubiera sido arrebatada una parte de su inteligencia. Aunque las mujeres de San Felipe y Santa Ursulina, de común acuerdo, guardan silencio sobre la nueva torpeza de sus hombres. Están contentas de tenerlos de nuevo ¿Qué ya no saben hablar como antes, o atarse los cordones de los zapatos, o incluso comer solos? Confían en que con el tiempo aprendan de nuevo, qué caray. Y no es cosa de andar pidiendo ayuda a los médicos de la ciudad, no señor ¿para que San Felipe y Santa Ursulina se ganen la misma fama de los pinareños?

La doctora Mariela Betancourt dio como explicación un brote de meningoencefalitis. Ya no es ella la presidenta del Poder Popular, sino Carmen Lucía, cuya novela corta *Todas eran como diosas* ganó el prestigioso concurso de ciencia ficción la Universidad Politécnica de Cataluña. Con parte de los 6000 euros del premio se puso silicona y se hizo la rinoplastia... ahora es novia de un rubio precioso, Carlos, antes Karla la Mariposa, que lo mismo que sus *amigas* salió de la experiencia completamente transformado... en heterosexual.

Benito (ex Tragadero) se casó con Juanita Cobre y ya tienen una niña. Para no ser menos, Gilberto (ex Siempre en Cuatro) anda de novio con Leonela Bronce, y los cuatro han formado un grupo de black metal que se llama *Seduc-*



ción Alienígena, la sensación del último festival de rock *Ciudad Metal* de Santa Clara.

Samantha dejó el oficio y se casó con el negro Mandarria, que también está reformado de su vicio. Yurisei tiene un nuevo novio, un francés de 65 años, que le compró unos lentes azules y un celular cuando cumplieron un mes de relaciones. Giselda la veterinaria quedó en segundo lugar en el campeonato nacional de fisiculturismo. La ex teniente coronel Felicia, que ya pasó al retiro, la acompañó a la competencia... y ahora es una de las preparadoras del equipo Cuba femenino de ese deporte.

A Tomasa la enterraron en el Panteón de los Mártires de la Revolución. De vez en cuando, su padrino Hipólito le lleva flores al cementerio, y llora junto a su tumba. Por iniciativa de Carmen Lucía se abrió una suscripción popular para erigirle un busto en el parque de San Felipe. Ya la tarja está hecha. Dice simplemente «dió su vida por la libertad de los hombres» y todos saben que es verdad.

Adolorido y dañado, desmaterializado en energía pura, el cazador flotó en el laberinto donde el espacio multidimensional se entreteje con el tiempo, aunque ninguno de ambos conceptos tenía mucho sentido para él, que podía trascenderlos a ambos.

Había escapado por muy poco. Aquellas criaturas que tan deliciosas eran también habían estado a punto de terminar con sus eones de existencia. No eran sus ridículas armas de materia las que tanto lo habían herido, sino su fuerza mental, aquella rabiosa determinación de destruirlo al precio que fuera necesario, incluso al costo de sus vidas, para liberar a sus semejantes, la que había desorganizado sus vibraciones, roto sus campos, disgregado sus ondas. ¡Y eso que parecían llevarse tan mal entre ambas clases! ¿Quién entendía a aquellas criaturas?

Consideró seriamente la posibilidad de abandonar aquel mundo en busca de cotos de caza menos peligrosos, pero sabía demasiado bien que no disponía de energía suficiente para un nuevo salto. Tendría que permanecer aquí, al menos por un tiempo.

Lo mejor sería probar suerte en otro lugar de aquel mismo planeta, tratando de no repetir lo que en el primer intento habían estado a punto de costarle tan caros.

No era realmente racional, pero tenía la capacidad de aprender de sus errores.



El nuevo cebo sería menos... estilizado. Más convincente, más natural, aunque el precio fuera resultar también menos atractivo. Al mismo, tiempo, economizaría sus preciosas reservas... siempre resultaba más fácil simplemente imitar que mejorar. Si bien al limitarse simplemente a mimetizar, algo parecido al espíritu artístico sufriera dentro de él.

Tampoco pondría otra vez todos los huevos en la misma cesta en aquel planeta. Como habían hecho aquellos seres al atacarlo, se dividiría en varios frentes. Así, aunque sus porciones fuesen más vulnerables separadas, verse privado de una sólo significaría perder una batalla... no la guerra.

También se movería, y cambiaría, continuamente. No iba a ponerles las cosas fáciles permaneciendo mucho tiempo en el mismo lugar, ni bajo la misma apariencia. Buscaría los sitios más escondidos, donde más les costara aquellas enojosas pero deliciosas cinturas comunicarse con otras como ellas. Y cada vez lo haría mejor, cada vez sus imitaciones serían más perfectas, más irreconocibles como falsas.

Y aprovechando la primitiva linealidad del sentido temporal de aquellas entidades, tampoco les daría ni siquiera la mínima ventaja de saber ya contra qué se enfrentaban. Si solo podían recordar el pasado, pues peor para ellos. Más que cacería, a partir de ahora sería una guerra.

No, no les sería tan fácil librarse de él, por muy llenos de aquel imprevisible espíritu de sacrificio, conciencia gregaria? que estuvieran. Si ellos eran más inteligentes de lo que había calculado, él también era más adaptable de lo que ni en sus más locos sueños podrían imaginar.

Era el cazador, astuto y viejo como el cosmos mismo, y quizás más, y su hambre no conocía límites ni barreras.

El 14 de junio de 2007, un grupo de investigadores italianos que recorría las riberas del río Vaupés, en la Amazonia colombiana, descubrió un asentamiento de indígenas yanomamis que no aparecía registrado en ningún mapa. Todos sus habitantes, tanto hombres como mujeres, niños y jóvenes, adultos y ancianos, eran extrañamente hermosos y bien proporcionados, aunque ninguno pronunciaba palabra.

La noticia del descubrimiento llegó al mundo gracias al hallazgo del diario de uno de los científicos, el antropólogo Danilo Modo, en cuyas últimas páginas expresa su total desconcierto ante aquel poblado de gente bella, pero que no solo no parecen tener causas fisiológicas para su obstinado silencio sino que por lo visto subsisten del aire, pues no dedican tiempo a la caza, la agricultura o la pesca...



Ni Danilo ni ninguno de sus colegas volvieron a ser vistos jamás. Posteriores expediciones no han encontrado rastros del misterioso poblado.

El 13 de agosto de 2008, la expedición femenina organizada por la revista alemana *Spiegel* y la estadounidense *Nacional Geographic Magazine* para ascender al Dhalraigiri, uno de los más altos picos del Himalaya, descubrió a un valle a 4000 metros de altura una aldea que no figuraba en ninguna carta del Nepal. Incluso los sherpas, que tan bien conocen las montañas, confesaron no tener ni idea de la existencia de aquel poblado, y se negaron a entrar en él, considerando demonios a sus habitantes.

Solo con gran trabajo lograron las científicas y montañeras europeas y norteamericanas convencerlos de que se acercaran a las chozas de los lugareños, cuya belleza física y amabilidad eran notables. Varios, cosa curiosa para una población tan aislada, se expresaban de modo aceptable no solo en el enrevesado dialecto sherpa, sino también en inglés y alemán.

Se ignora la situación exacta de esta enigmática aldea. Lo poco que se sabe de ella se debe al relato muy fragmentado e incoherente de Gretchen Sttugart, la única integrante de la expedición que sobrevivió al viaje, y que fuera milagrosamente hallada en una ladera, aunque con la mente en estado de shock. Aún no se ha recuperado.

Las demás integrantes del equipo y todos los porteadores sherpas se perdieron, se supone que por culpa de una tormenta de nieve de las que, incluso en verano, tan terribles son en el alto Himalaya.

© Yoss

YOSS, pseudónimo literario de JOSÉ MIGUEL SÁNCHEZ GÓMEZ (La Habana, 1969) Licenciado en Biología en la Universidad de La Habana y escritor profesional. Yoss es el más prolífico de los autores del género en Cuba. Ensayista, crítico y narrador, aborda tanto el realismo como la ciencia-ficción. Ha alcanzado numerosos premios tanto en Cuba como en el extranjero.



...Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

por José Carlos Canalda Cámara

Los humanos sentimos una fascinación morbosa por el terror. Por lo menos una fracción de la humanidad la siente. Por otro lado somos el Homo Technologicus, cada día inventamos algo que satisface una necesidad. Éste es el relato de un invento que satisface la necesidad morbosa de tres personajes.

La noche era oscura y sin luna, pero el cárdeno resplandor de los incendios iluminaba el abrupto camino con tintes siniestros. Corría, corría con la desesperación propia de quien sabe que en ello le va la vida... aunque era consciente de que sus esperanzas de sobrevivir eran muy escasas. La herida del costado, un sangrante y profundo tajo producido por la espada de un guerrero huno, le producía un lacerante dolor, a la vez que debilitaba sus ya escasas fuerzas ahora que las necesitaba más que nunca.

Pero sus ojos habían contemplado suficientes horrores en aquella trágica noche apenas iniciada, lo que le azuzaba en defensa de lo único que le quedaba ya: su propia vida. Había visto hombres empalados, mujeres violadas y degolladas, ancianos quemados vivos, niños descuartizados con saña salvaje... demasiados horrores, sin duda, para un espíritu civilizado y decadente como el suyo. Los hunos habían irrumpido de repente arrollando todo a su paso, matando y destruyendo antes que saqueando; sin duda era éste el verdadero azote de Dios, mucho más que las anteriores hordas invasoras que, pese a todo, siempre habían mostrado ciertos rudimentos de civilización.

Esta vez era peor, mucho peor. Se decía que Atila volvía para vengarse de la derrota sufrida el año anterior, en las lejanas Galias, a manos del romano Aecio y el visigodo Teodorico; y esta vez no golpeaba en remotas y casi perdidas provincias sino en la misma Italia, arrasando todo cuanto se interponía en su camino en una marcha triunfal cuya última meta era la mítica ciudad de Roma.

Nadie se le oponía, nadie se le enfrentaba; ni tan siquiera las antaño victoriosas tropas del general Aecio, la última esperanza romana, se atrevían a plantarle cara. Todos huían frente a su leyenda de destrucción y muerte, todos escapaban despavoridos de la saña brutal y salvaje de sus bárbaras hordas. Atrás quedaban tan sólo ruinas informes y cadáveres despedazados por los triunfantes jinetes del Apocalipsis, ebrios de sangre y de muerte.

Habían aparecido de repente, cayendo como buitres en busca de carroña sobre aquella tranquila y pacífica comunidad rural del valle del Po. Habían asesinado, ultrajado y destruido cuanto había tenido la desgracia de interpo-



nerse en su camino. Él mismo se había salvado de milagro de una muerte cierta gracias al cuchillo que alguien había clavado en la espalda a aquel espantoso huno cuando éste se disponía a rematarlo. Sí, había salvado la vida, pero ¿por cuánto tiempo? La herida le dolía cada vez más, y comenzaba a sentir los efectos de la sangre perdida. Corría, corría con desesperación al borde mismo de sus propias fuerzas, guiado tan sólo por la desesperación más absoluta, mientras a espaldas suyas se oían gritos cada vez más cercanos, gritos de muerte de los que caían, gritos de júbilo de los que mataban. La trágica cacería continuaba.

De repente tropezó con un obstáculo oculto en la oscuridad, cayendo de bruces en mitad de la estrecha vereda. Era el fin. No le quedaban fuerzas para levantarse en un intento postrero de salvar la vida, mientras las voces de sus enemigos, cual trágicos cantos fúnebres, sonaban cada vez más próximas.

Haciendo un último y desesperado esfuerzo logró incorporarse hasta quedar sentado en el suelo, resignado a aceptar con fatalismo su inevitable destino. Recordó entonces lo que afirmaban los cristianos acerca de que la muerte era en realidad una liberación, anhelando que pudieran estar en lo cierto.

Por fin llegó el tan temido momento en la forma de una negra y siniestra sombra recortada con nitidez contra el fondo encendido del horizonte; una mancha informe que se acercaba a paso firme al lugar donde él se encontraba inerte. Si existía el infierno, pensó con desaliento, debía de tratarse del demonio en persona dispuesto a cobrar su tributo.

Pero no era el demonio, sino un enjuto jinete asiático que se aproximaba montado en un pequeño caballo; ahora podía apreciar su rostro, espectralmente iluminado por la rojiza luz reflejada por las nubes que, a modo de piadoso cendal, cubrían el cielo; su tez oriental, tan inexpresiva como cruel...

El fin se acercaba, y él lo aceptaba con esa resignación que sólo surge en los momentos más sublimes, o en los más patéticos... y aguardaba, tranquilo, la llamada de la muerte; ni tan siquiera sentía ya el otrora lacerante dolor de la herida del costado.

El jinete se acercó frenando su ímpetu ante la patente indefensión de la resignada víctima. Ni tan siquiera se molestó en desmontar de su montura; bastó un golpe de la corta espada que empuñaba para cercenar limpiamente la cabeza del odiado romano. Éste, por su parte, apenas si llegó a darse cuenta del desgarrador dolor que le produjo el certero tajo; no había caído todavía a tierra su decapitado y aún palpitante cuerpo, cuando ya había embargado a su espíritu la más absoluta y placentera de las tranquilidades: la de la muerte.



La puerta se abrió con lúgubres chirridos girando sobre sus enmohecidos goznes, lo que permitió que un pequeño retazo de claridad penetrara en el interior del calabozo. Enmarcada su negra silueta en el contraluz del marco, el carcelero graznó desabrido la tan temida orden:

—¡Vamos! Ya es la hora.

Con gran esfuerzo intentó obedecer incorporándose del magro montón de podrida paja que le servía de jergón; pero las penalidades sufridas desde el día de su encarcelamiento, unidas a la debilidad provocada por la tortura, le impidieron reaccionar tan rápido como hubiera deseado su malhumorado guardián.

—¡Vamos, perro judío! —gruñó de nuevo— ¿O es que tendré que levantarte yo a latigazos?

Él no era judío, pero ahora le daba ya todo igual. No obstante temía los latigazos, y por ello se esforzó por levantarse de su incómoda yacija; pero su empeño resultó inútil, ya que su lacerado cuerpo se negaba a obedecer.

Mascullando maldiciones pero sin cumplir su amenaza, el carcelero penetró en el interior del fétido recinto levantándolo de un brusco tirón, sin conseguir otra cosa que ver cómo se desplomaba ante él. Arrastrándolo a duras penas hasta el umbral, cesó por un momento de maldecir para pedir ayuda a sus compañeros.

—¡Juan! ¡Pedro! Venid a ayudarme a levantar a este hijo de perra.

Evidentemente ambos debían estar aguardando su llamada, puesto que no tardaron en aparecer. Dos de ellos lo cogieron por los sobacos mientras el tercero lo hacía por los pies, sacándolo a la galería como si de un fardo se tratara. Esto sirvió para reanimarlo un tanto al poder respirar después de tanto tiempo encerrado algo de aire medianamente puro, pero al ser depositado en el suelo fue incapaz de sostenerse sobre sus pies; todavía sentía los dolores producidos por el terrible suplicio del potro, a los cuales había que sumar el escozor de las mordeduras de las ratas... que no tardaría mucho en dejar de sentir.

Por fortuna una violenta náusea le impidió continuar pensando en su próximo fin; esto preocupó no poco a sus guardianes, que por vez primera mostraron interés por él.

—¡Oye, este tío se nos muere! —exclamó asustado uno de ellos.

—Saquémoslo de aquí; el aire libre lo espabilará. —respondió el primero de sus compañeros.

Resultaba irónico comprobar cómo se preocupaban por su vida cuando apenas unas cuantas horas más tarde pondrían todo su empeño en quitársela;



pero así eran las cosas en esa absurda e intolerante sociedad... en todas las sociedades, pensó con amargura.

Hubo una violenta explosión de luz cuando al fin salieron al aire libre; tras haber permanecido varios días sumido en la lóbrega oscuridad del calabozo, sus ojos se resintieron dolorosamente ante tan brusco cambio, al tiempo que le acometía un nuevo ataque de vértigo. Tras vomitar lo poco que contenía su estómago pareció recuperarse un tanto, aunque seguía sintiéndose incapaz de entreabrir los cerrados párpados.

Renegando a causa de las nauseabundas salpicaduras, sus carceleros lo arrastraron sin demasiados miramientos por el irregular empedrado del patio hasta llegar a un carro ya preparado. Todavía con los ojos cerrados notó que era izado al mismo y atado de pies y manos; instantes después, su incómodo vehículo se ponía en marcha abandonando la prisión.

La calle era un hervidero de gente a juzgar por el bullicio; atreviéndose por vez primera a abrir los párpados pudo apreciar, por los gritos y ademanes del populacho, que sus intenciones no eran precisamente amistosas... era natural, teniendo en cuenta que habían estado incitándolos en contra suya durante semanas.

Mientras la carreta avanzaba con dificultades por el estrecho sendero abierto entre la vociferante chusma llegó a sentir, por vez primera en los últimos meses, una auténtica sensación de pánico, algo que resultaba chocante tras haber sufrido tormento e ir camino de la muerte. Y así, mientras llovían sobre su indefenso cuerpo toda clase de inmundicias y objetos contundentes, al tiempo que una cuchillada le producía un profundo tajo en el brazo y una segunda pasaba peligrosamente cerca de su cuello, él, pobre mortal al fin y al cabo, sintió verdadero miedo.

Por una extraña razón que no acertaba a calibrar cesaron de repente sus mareos, lo que le permitió recobrar, siquiera de forma parcial, la lucidez mental al precio de volver a recordar sus cada vez más atroces dolores: las secuelas del potro, las punzadas del estómago vacío, la reciente cuchillada... sorprendido, comprobó que había estado perdiendo bastante sangre; quizá muriera desangrado antes de llegar a su destino, algo que habría considerado una bendición ya que siempre había oído decir que ésta era una de las formas más placenteras de morir.

Pero no habría de tener tanta suerte; uno de sus verdugos, apercebido del hecho, subió hasta el carro y le vendó de forma tosca, pero eficaz, la abierta herida con un mugriento pañuelo. Tenían interés los malditos en que llegara vivo hasta el final... un final que se acercaba por momentos. A pesar de su lentitud el carro se había ido acercando de forma inexorable a su meta, la plaza de la villa, y ya podía entrever, sobresaliendo por encima de las cabezas de los energúmenos, el tronco que le iba a servir de pira.



Una vez alcanzado su destino fue desatado y bajado del carro con presteza al tiempo que dos fornidos individuos se le colocaban a ambos lados, más con intención de ayudarlo a recorrer los últimos pasos que le separaban del cadalso que con la de prevenir una imposible fuga. Puesto que ya se sentía con fuerzas suficientes para sostenerse en pie, rechazó la ayuda que éstos le brindaban; si tenía que morir, lo haría con dignidad.

De forma súbita la algarabía reinante se trocó en un respetuoso silencio; los miembros del tribunal acababan de hacer su aparición en la abarrotada plaza. Con los ademanes solemnes que les investía su autoridad, se dirigieron hacia un estrado montado ex profeso para la ocasión, tomando asiento en él. Acto seguido divisó un nuevo personaje, al que identificó como un fraile; sabía a lo que venía.

Tal como esperaba el fraile se dirigió en derechura hacia él, en un postrer intento de lograr su arrepentimiento; sabía que si abjuraba de sus *errores* sería tratado con clemencia, ahorcándole antes de ser llevado a la hoguera; de persistir en su herejía, por el contrario, sería quemado vivo.

En realidad morir de una u otra manera le traía sin cuidado; a esas alturas todo le daba ya igual. De hecho, ni tan siquiera era capaz de recordar con claridad las razones por las que había sido condenado a muerte; lo único que le interesaba era acabar su vida con dignidad.

Rechazó al religioso, lo que provocó una sorda y unánime exclamación de sorpresa por parte del excitado populacho. Su destino estaba definitivamente sellado; a un mudo gesto del presidente del tribunal fue izado a la pira y atado al erguido poste. No se molestó en ofrecer la menor resistencia; no daría a aquellos estúpidos asnos la posibilidad de disfrutar de un espectáculo gratuito suplementario.

Y el momento llegó. El verdugo, antorcha en mano, prendió fuego a la seca leña amontonada bajo él, e instantes después ésta comenzaba a crepitar lamiendo con lenguas de fuego sus entumecidos pies. Sintió cómo las piernas primero, y el resto de su cuerpo después, comenzaban a calentarse más y más... un calor cada vez más insoportable, un dolor cada vez más lacerante.

Por fortuna su suplicio terminó pronto.

Un día más. ¿Cuántos habían pasado ya? No lo sabía. Le parecía como si toda su vida se hubiera desarrollado entre los cuatro muros del sórdido campo de concentración. El tiempo se detenía allí, se remansaba hasta convertirse en algo eterno e inmutable, en algo que parecía no haber tenido nunca principio e



incapaz de alcanzar jamás su final. Pero éste llegaría tarde o temprano, de eso estaba seguro; para muchos de sus desdichados compañeros había llegado ya, y para él no podía faltar mucho a juzgar por su deplorable estado actual.

Bajando la vista miró con tristeza a su enjuto y descarnado cuerpo, apenas algo más que un puñado de huesos cubiertos por el amarillento pellejo. Él, que siempre había estado orgulloso de su aspecto físico, ahora era poco más que un espectro demacrado y pálido a la espera de la llegada de su postrer hora. El hambre, las privaciones y los malos tratos habían cumplido con creces su labor.

Un látigo restalló amenazante a escasos centímetros de su rostro, en un claro aviso de que no le estaba permitido detenerse; no necesitaba volver la vista atrás para saber lo que ocurría. Un adusto oficial de las SS le gritaba unas órdenes que, pese a ser dichas en alemán, un idioma que no entendía, resultaban patentes: debía continuar con su trabajo, un absurdo trabajo ideado tan sólo para agotarlo hasta el límite mismo de sus ya míseras fuerzas.

Estremeciéndose de temor intentó volver a su forzosa e inútil tarea; sabía que no muy lejos de allí había más guardias con perros especialmente adiestrados para matar, auténticos asesinos que no vacilarían un solo instante en destrozarle con sus poderosas mandíbulas. Había tenido ocasión de verlos actuar más de una vez, y temblaba ante la idea de que él pudiera tener ese mismo final.

Pero sus fuerzas eran escasas, demasiado débiles para lo que pretendía su inhumano guardián. El látigo restalló por segunda vez, concluyendo en esta ocasión su trayectoria en la desprotegida espalda, cubierta apenas por el holgado traje carcelario.

Aullando de dolor se dejó caer al suelo; sabía que esto no haría sino exacerbar aún más la saña del verdugo, pero ya no le quedaban fuerzas para huir, ni tan siquiera para protegerse. Encogiendo todo lo posible su famélico cuerpo, se hizo un ovillo protegiendo la cabeza entre los brazos, aguantando con estoicismo el intenso dolor producido por el diluvio de trallazos con que le castigó el furioso carcelero.

Cuando, aburrido, su atacante se alejó dejándolo al fin tranquilo, permaneció acurrucado en el suelo sin fuerzas ya para moverse; al cabo de un tiempo indeterminado sería ayudado a incorporarse por dos penados no mucho más fuertes que él, los cuales le condujeron sin demasiados miramientos hasta el ruinoso barracón sobre cuya fachada campeaba el pomposo rótulo de enfermería. A pesar de encontrarse semiinconsciente, no pudo evitar echarse a temblar; de sobra conocía la siniestra realidad de aquel supuesto centro médico, de sobra sabía lo que significaba traspasar aquella puerta. Pero nada en absoluto podía hacer por evitarlo.

Todo sucedió con rapidez. Tras pasar por un humillante simulacro de revisión médica fue enviado *a las duchas*. Abandonado definitivamente por los últimos restos de sus desaparecidas fuerzas, se dejó llevar con mansedumbre hasta las cámaras de gas donde tantos de sus compañeros le habían precedido. Una única cosa le preocupaba: corrían rumores de que algunos prisioneros habían sido incinerados todavía vivos, debido a que el gas no resultaba siempre mortal.

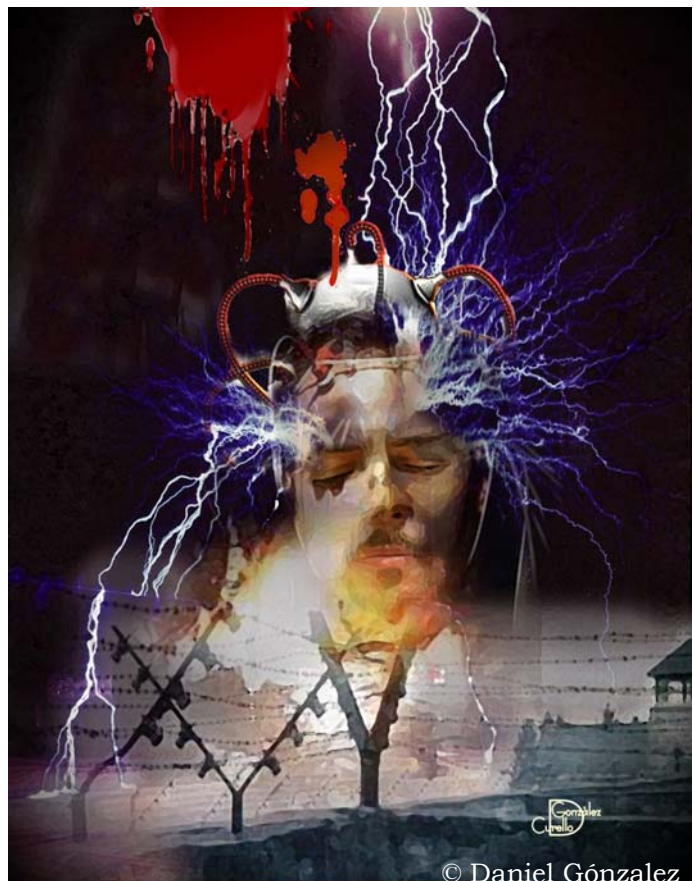
Por suerte, no fue éste su caso.

—Tranquilícense, señores; todo ha terminado.

La voz sosegada invitaba a la calma. Provenía de un hombre joven vestido con una bata blanca que procedía a tomar el pulso a uno de los tres yacentes, mientras un segundo personaje, también con bata, desataba las correas que sujetaban a su lecho al último de los pacientes.

—¡Me quieren matar! ¡Me muerro! —gemía el primero de los durmientes pugnando por incorporarse de la cama.

—Tranquilo, no pasa nada —le calmó el médico sujetándole la cabeza con ambas manos, única parte de su cuerpo que gozaba de cierta libertad de movimientos una vez retirado el casco que le había mantenido en contacto con el ordenador—. Está usted en el Centro de Recreaciones Oníricas. ¿Recuerda?



Poco a poco la calma fue retornando al crispado rostro del paciente; sus dos compañeros, más relajados que él, habían sido liberados de sus ataduras por el segundo médico, y se incorporaban mirando a su alrededor con ojos ausentes.



—¿Le pongo un tranquilizante, Luís? —preguntó éste a su compañero—. Estos dos ya han recuperado la motilidad.

—No, no hace falta —respondió el aludido al tiempo que comenzaba a desatar las correas—. Pero he llegado a temer lo contrario; no ha sido un buen retorno.

—¿Dónde estoy? —la pregunta, no por tónica, dejaba de tener sus buenos motivos.

—En el Centro de Recreaciones Oníricas —repitió el responsable con una paciencia fruto de su larga experiencia en situaciones similares—. Ustedes se sometieron de forma voluntaria a una recreación mental... que ya ha terminado.

—Sí, ahora recuerdo —balbuceó su interlocutor al tiempo que escondía el rostro entre las manos—. Pero era todo tan real...

—Demasiado real —añadió uno de sus amigos—. Jamás pude imaginar que un sueño, aun programado, pudiera engañarnos de esta manera.

—No ha sido ningún sueño —interrumpió el médico herido en su amor propio—. Ustedes han sentido realmente esas sensaciones, tal como las hubieran experimentado de haber sucedido en realidad.

—¿Quiere decir que lo que sentí es lo mismo que hubiera sentido una persona al ser quemada viva?

—En efecto —afirmó con suavidad su anfitrión—. Sólo que es evidente que no le hemos quemado —sonrió—. En realidad lo único que hemos hecho ha sido conectar directamente nuestro generador de estímulos mentales a sus cerebros, excitando los centros receptores al mismo tiempo que cortocircuitábamos, por decirlo de alguna manera, las conexiones nerviosas que existen entre éstos y las distintas partes de su cuerpo; pero la sensación, insisto en ello, ha sido exactamente la misma.

—Pues a fe mía que el engaño estuvo bien conseguido —terció el último de los pacientes—. Sentí verdadero terror cuando aquel horrible huno se dirigió hacia mí para matarme; y le juro que me dolió como si me hubieran decapitado de verdad.

—Esto es lo que más me intriga —intervino de nuevo el primero de ellos, dueño ya al parecer de sus reacciones—. Entiendo lo de la estimulación directa del cerebro, pero... ¿era realmente necesaria toda esta recreación dramática?

—En esto ha consistido precisamente nuestro éxito —explicó el científico, satisfecho de poder mostrarles sus logros—. Provocar sensaciones artificiales



en el cerebro es muy fácil, y de hecho existe una gran cantidad de literatura científica al respecto; pero nosotros hemos sido los primeros en conseguir la inducción directa en la mente de unas imágenes oníricas producidas por un ordenador, incluyendo claro está la falsa memoria que resulta imprescindible para hacer verosímil la recreación.

—No sé lo que pensarán mis amigos; pero en lo que a mí respecta, les aseguro que he quedado completamente satisfecho —medió el *incinerado* al tiempo que apoyaba, no sin vacilaciones, los pies en el suelo.

—Yo también soy de la misma opinión, a pesar de que todavía tardaré algún tiempo en acostumbrarme a mi nuevo aspecto —corroboró el *degollado* palpándose el mondo cráneo—. Me temo que las chicas no me van a encontrar demasiado atractivo durante una temporada —concluyó dubitativo.

—No se preocupe por eso; —comentó el médico— ya le crecerá el pelo de nuevo. Sé que resulta poco agradable, pero es necesario afeitar la cabeza para poder conectar los electrodos.

—No le haga caso, siempre está quejándose por todo —celebró en tono jocoso el *prisionero* mientras probaba a dar unos torpes pasos en torno a su camilla—. Por mi parte me atrevería ahora mismo con un nuevo ensayo, aunque esta vez mejor sin nazis...

—Me temo que no le podamos complacer en eso —le interrumpió el psiquiatra—. Aunque durante todo el proceso se mantienen inhibidos tanto el sistema neurovegetativo como el hormonal, hemos comprobado que no resulta recomendable repetir la experiencia antes de haber dejado pasar un período de tiempo prudencial; de no hacerse así, podrían aparecer algunas secuelas desagradables. Bien, señores, por nuestra parte hemos terminado. Quizá sea conveniente que pasen a nuestro jardín, donde podrán terminar de recuperarse. Si lo desean, podemos llamar a unos enfermeros para que les ayuden.

—No, no hace falta, al menos en lo que a mí respecta —intervino de nuevo el *prisionero*—. ¿Qué pensáis vosotros? —concluyó, dirigiéndose a sus amigos.

Puesto que todos eran de la misma opinión, los tres abandonaron la sala por su propio y todavía tambaleante pie, no sin antes mostrar su satisfacción a los médicos al tiempo que les aseguraban que recomendarían la experiencia a sus amigos. Instantes después, y ya solos en la amplia sala de trabajo, el médico llamado Luís se dirigió a su compañero, que prácticamente no había abierto la boca durante todo el proceso.

—¿Qué te pasa, Antonio? Te veo preocupado.

—¿Qué me va a pasar? —rezongó éste sin quitar la vista del aparato que estaba desconectando—. Me repugna todo esto, de sobra lo sabes.



—¿El qué? —fingió extrañarse su interlocutor.

—Todo —explotó volviéndose bruscamente hacia su compañero—. ¿Tú crees que merece la pena quemar los mejores años de tu vida estudiando sin cesar, repitiéndote constantemente que lo haces buscando el mayor beneficio posible para la especie humana, para acabar satisfaciendo los gustos masoquistas de unos cuantos imbéciles tan podridos de dinero como vacíos de ideas?

—Pero Antonio, nada de malo hay en esto —tartamudeó su colega, sorprendido por tan brusco arrebató—. Es sólo una simulación, por muy real que pueda parecer; a los pacientes no les causa el menor daño, y siempre trabajamos con sujetos voluntarios.

—¿Acaso no te parece suficiente motivo para asquearte? —insistió Antonio al tiempo que amagaba una patada a un invisible enemigo—. Tenemos en nuestras manos uno de los mayores descubrimientos de toda la historia de la psiquiatría, ¿y cómo lo utilizamos? En vez de usarlo para curar dolencias mentales o para tareas de adiestramiento o rehabilitación, nos limitamos a dar gusto a los más atávicos vicios de nuestra especie; violencia y sexo preferentemente, y en muchas ocasiones ambos a la vez. Te digo que esto es una aberración completa.

—Si pagan... —respondió pragmáticamente, Luís—. Además, mejor será que descarguen aquí su adrenalina antes de que lo hagan de otra manera peor.

—¿Acaso estamos seguros de que con el tiempo no vayan a sufrir el equivalente a un síndrome de abstinencia? ¿Acaso podemos desestimar que no hayamos destapado una nueva caja de Pandora? ¡Somos humanos, no dioses!

—Quién sabe... pero has de tener presente que siempre correremos el peligro de tropezar con algún riesgo, aun en la más inofensiva de las actividades.

—Tú pensarás lo que quieras, pero a mí no me gusta nada lo que estamos haciendo; estamos jugando a ser unos nuevos Prometeos, y quizá llegue el día en el que nos topemos con alguna sorpresa desagradable. Y entonces será demasiado tarde.

—Si tanto te desagrada, ¿por qué aceptaste este empleo? —inquirió Luís con sorna.

—No por mi gusto, bien lo sabes; pero tenía que elegir entre esto y el desempleo. Tengo una familia que mantener, y muy pocas posibilidades de conseguir trabajo en algún otro sitio.

—Si quieres un consejo, amigo mío, olvídate de estos tontos prejuicios que nadie te va a agradecer —sentenció su compañero al tiempo que apoyaba la



mano en su hombro—. La vida es una porquería, ya lo sé, pero si se revuelve huele todavía peor. Aquí tienes un trabajo seguro y bastante cómodo, y ten por cierto que esto es lo único que en realidad importa. Deja que estos papanatas se extasíen con sus propias vergüenzas; ese es su problema, no el tuyo.

—Quizás tengas razón —concedió Antonio.

—¡Pues claro que la tengo! —sonrió jovialmente su compañero— Anda, vamos a preparar el viaje de esa vieja cascarrabias; sí, esa solterona rica que quiere que la guillotinen en la Francia revolucionaria después de que un *sans-culotte* la haya violado. Y no se te olvide programarla como una marquesa joven y guapa; siempre hay que satisfacer al cliente.

© José Carlos Canalda Cámara

JOSÉ CARLOS CANALDA (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Ha publicado numerosos relatos, tanto en papel como en formato electrónico, en revistas y páginas web tales como *Pulp Magazine*, *Asimov*, *Artifex*, Antologías de relatos de *El Melocotón Mecánico*, *Menhir*, *Sitio de Ciencia Ficción*, *NGC 3660*, *BEM*, *Qliphoth*, *Alfa Eridani*, *Púlsar*, *La Plaga*, *Tau Zero*, *Axxón*, *Efímero* o *Libro Andrómeda*, entre otras.



VIAJAR CON NÚMEROS

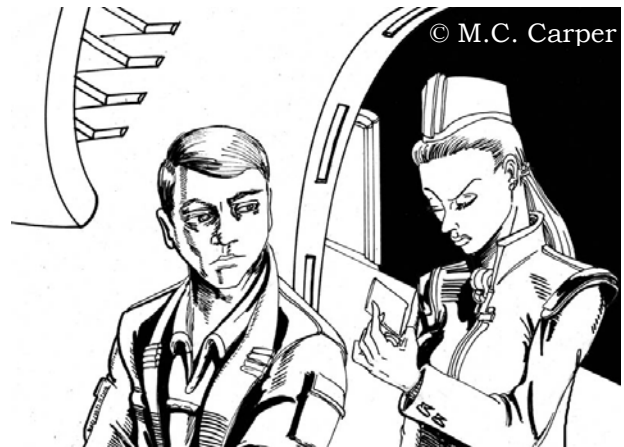
por Gareth D. Jones

Traducción: Adriana Alarco

La realidad y todo cuanto nos rodea no es más que una relación matemática; números encarnados en espacios y distancias donde tienen lugar las emociones más bajas y sublimes de los seres humanos. Basil, nuestro protagonista, lo sabe muy bien y está dispuesto a hacer lo necesario para que los pensamientos y sentimientos de los otros no perturben su tranquilidad.

Todos los demás pasajeros bajaron en fila de la nave antes de que Basil pudiera desabrocharse el cinturón de seguridad y se levantara de su asiento. Él odiaba los lugares pequeños y estrechos donde lo obligaban a viajar y no soportaba la idea de tener que frotar sus hombros con los de sus compañeros de viaje. Ya era lo bastante desagradable esa sensación caótica de torbellino que producían las mentes cercanas a la suya —un don, o más bien una maldición, que lo mantenía demasiado consciente de la sordidez de la vida. Menos mal que cuando más de dos personas se encontraban cerca a él, las sensaciones eran borrosas y podía ignorar las emociones individuales. Toleraba solamente la idea de compartir el aire con ellos porque sabía que era higiénico y reciclado.

Al frente de la nave, la azafata esperaba sonriente mientras lo observaba contar los pasos que daba, uno detrás del otro, a lo largo del pasillo de la cabina. Una sensación de impaciencia lo sobrecogió cuando se le acercaba. Once pasos.



—Que tenga usted un buen día —dijo ella mientras él salía por la escotilla cuidando de no rozarla. Alivio, irritación y cansancio se desprendieron de ella cuando sus hombros se tocaron, y luego esas emociones fueron desvaneciéndose mientras se alejaba. Veintisiete pasos hacia abajo por el tubo de embarque y siete a través de la recepción hasta el mostrador de seguridad, tanteando todo el tiempo su ID en el bolsillo de atrás. Entró en una esfera llena de hastío.

Un oficial, mostrando apenas una vaga sonrisa, tendió la mano para que le entregara su tarjeta de identidad. La sacó cuidadosamente agarrándola entre la palma y el pulgar, luego hizo una pausa y la volvió a guardar. La sacó otra vez. Nuevamente la guardó. A la tercera vez, la entregó casi arrojándola como si un impulso lo obligara a guardarla de nuevo. Basil no estaba seguro de cuál era la causa y cuál era el efecto entre esa exposición a las miradas ajenas y su compulsión de seguir una rutina privada.



Un agudo sentimiento de enfado lo envolvió y la sonrisa vaga del oficial desapareció. Entregó su tarjeta, dando término con alivio a aquel ritual. Todos los demás pasajeros habían entrado ya en la verdadera Astropolis y una mezcla de excitación junto con una docena de otras emociones, estallaron una sobre otra, disipándose luego rápidamente y antes de que esa energía pudiera sobrecogerlo. Caminó otros diez pasos más allá del mostrador y luego pudo atravesar el portal hacia un corredor amplio y bien iluminado. Varias personas lo recorrían en ambas direcciones pero, felizmente, no eran suficientes como para formar un apiñamiento. Las ondas de las emociones ajenas eran más fáciles de ignorar allí ya que ellos se las llevaban consigo mientras se alejaban.



© M.C. Carper

En una pared, a sólo seis pasos de él, se mostraba un mapa del lugar. Después de limpiar la pantalla con un paño higiénico, marcó su número de residencia en el teclado táctil. El lugar donde se encontraba su habitación apareció como un intermitente punto verde sobre el mapa. Un hombre robusto de aspecto grasoso y bigotes caídos tomó posición codo con codo junto a Basil, esperando

su turno delante de la pantalla. Una leve preocupación se desprendía de su persona. Basil, irritado, volteó a mirarlo.

—Necesito algo de privacidad, por favor —expresó secamente. El hombre se sobresaltó pero dio un paso atrás y una fuerte onda de resentimiento golpeó a Basil un segundo después, como si obedeciera a una de las leyes de Newton. Él estudió el plano con atención, fijándose en la relación entre el puerto de desembarque donde estaba y su departamento, estudiando la cantidad de pasos que debía hacer en cada sección del corredor hasta llegar a un territorio más familiar. Con tanto recorrido fuera de su control, su obsesión por la exactitud lo llenaba de una sensación de autoridad. El bigotudo tosió con impaciencia detrás de él, sin saber que las ondas crecientes de esa misma emoción hacía esa tos innecesaria. Basil lo ignoró, mientras calculaba sus pasos, imbuido en un aura de calma. Treinta y seis pasos hacia el cruce, vuelta a la izquierda, catorce pasos hasta el ascensor. Subir dos niveles...

El bigotudo se alejó para mirar otro panel y sus emociones se fueron desvaneciendo a la espalda de Basil, como una onda en retroceso. Basil continuó



sus cálculos hasta que, finalmente en paz con su entorno, empezó a caminar. Se desvió levemente para evitar a las personas a lo largo del camino, poniendo atención en no cambiar el largo de sus pasos. Las luces se apagaron.

Hubo jadeos y gritos entrecortados provenientes de las personas que se encontraban a lo largo del corredor. Enormes apaciguadores de pánico y miedo asaltaron a Basil por todos lados, golpeando contra su mente con constantes embestidas. Nadie se movía. Después de unos momentos, una voz retumbó en un amplificador en medio de la oscuridad.

—Les habla el Jefe de Mantenimiento Algie Bradislaw. Las luces han fallado en todo el habitát Les aseguramos que los demás sistemas no están dañados y que no existe ningún peligro. —Después de una pausa, continuó—. Las luces de emergencia deberían haberse encendido ya, pero parece haber un retraso. Les ruego que se detengan donde están hasta que se prendan las luces para evitar accidentes. Los mantendremos informados.

Se escucharon muchos gemidos y gruñidos provenientes de las figuras invisibles en el corredor. Las gigantescas ondas disminuyeron y otros sentimientos de fastidio y de preocupación tomaron su lugar. Éstas se juntaron rápidamente a ese mar desconocido de emociones agitadas entre la fragorosa espuma. Basil sonrió para sí mismo y siguió contando sus pasos. Burbujas de impresiones mixtas lo alertaban de la cercanía de otras personas, menos higiénicas, por lo que evitaba colisionar con ellas. En pocos minutos encontró su camino hacia el ambiente seguro de su habitación ya que el plano estaba prácticamente impreso en su memoria.



Una hora después, con mayor o menor exactitud, los otros habitantes esperaban sentados en los corredores oscuros como el alquitrán, ignorantes de los sentimientos de sus vecinos. Mientras tanto, Basil roncaba suavemente en su lecho inmaculadamente limpio, sin nadie alrededor lo bastante cerca como para perturbar su mente.

© Gareth D. Jones
© Traducción Adriana Alarco

GARETH D. JONES ha publicado historias en varios magazines y sido traducido a nueve lenguas. *Viajar con números* apareció originalmente en la revista *Nature* y ha sido traducido al serbio y al estonio. También escribe artículos y cría insectos palo.



Novelas

OXÍGENO Y AROMASIA

de Claës Lundin

Traducido del inglés por Adriana Alarco

En capítulos anteriores hemos visto que Aromasia vive en una casa con comodidades hoy no soñadas. Un jardín en el tejado, por ejemplo. Las costumbres han cambiado y ya no se come en casa sino en hoteles. Los más pobres consumen alimentos mientras los ricos pueden comer jugosos manjares traídos en el acto desde exóticos lugares. La música ha sido sustituida por conciertos olorosos de los cuales Aromasia es una artista reconocida. Pero no todo es perfecto en este mundo. Su novio Oxígeno se siente celoso de un viejo poeta, admirador de Aromasia, y se desencadena una discrepancia amorosa que acabará en duelo político. En el capítulo, anterior se inicia la contienda. Hoy vemos parte de su desarrollo.

CAPÍTULO IX: DEBAJO DEL SKAGERRAK

Gothenburg, en la calle Gran Océano hay mucho movimiento. La calle se extiende desde los más lejanos riscos hacia el oeste de la antigua ciudad hasta llegar a Gullbergsreeds. Está construida sobre rocas y en parte sobre pilotes con imponentes edificios de doce a quince pisos a los lados.

Los pisos más bajos de los edificios, hasta el diez o el doce, están ocupados por las oficinas de comercio y los bancos; el resto son habitaciones espléndidas donde príncipes y princesas de la industria así como los empleados civiles de ambos sexos disfrutaban de los placeres de la vida, confortablemente, después de un día de laborioso trabajo.

En el exterior, a lo largo de las galerías se cargan y descargan vehículos de aire, grandes y pequeños. Todo es un izar y transportar, arrumar y trasladar. El ruido y la gritería en estos tiempos de agitación y bullicio –tan diferente a la quietud y al silencio en el pasado– pueden causar mareos a cualquiera y no sólo a los Guthenburgueses. Pero ellos tienen una cabeza bien equipada, gracias a su recia educación extremadamente disciplinada. Cada uno se dedica a su propia labor sin perturbarse por el ruido producido por las actividades de su vecino.

El bullicio no cesa dentro de las oficinas. Las máquinas de escribir están incesantemente ocupadas, maniobradas y alimentadas por damas y caballeros que contestan constantemente a las asignaciones que reciben o a las preguntas



que llegan en miles de informes de todo tipo, conectados con todo el mundo y escribiendo órdenes o dejando para más adelante nuevas propuestas.

A cada momento, las innumerables líneas telefónicas en cada piso — completamente diferentes de las que existían en el pasado— anuncian que conocidos de alguna casa comercial en alguna región distante desean una conversación verbal. Los empleados hablantes, que no tienen nada que ver con las máquinas de escribir, inmediatamente entran en conversación explicando los sucesos, simultáneamente, a sus jefes.

De esta forma, los tratados se completan instantáneamente a pesar de que cientos de millas separan al comprador y al vendedor. En ese mismo instante se ejecuta la orden. La demora no es una opción.

—Tsi-ho-ka-ka-lo pregunta desde Beijing si puede conseguir que le envíen muestras de nuestra hulla holandesa con un despacho aéreo especial —dice uno de los empleados de la Compañía Oeste-Este y Norte, volviéndose hacia quien dirige la compañía ese año.

—Él puede recibir las muestras —indica la persona en cuestión—, pero diga a nuestro amigo chino que como nuestra hulla de Holanda es la mejor del mercado mundial no se la podemos dejar al mismo precio del carbón de Escandinavia.

Inmediatamente, el empleado informa al amigo en Beijing, quien pide quince minutos para considerar la propuesta y confirmar su pedido por las muestras.

—Es mejor consignar una mayor cantidad —dice el jefe—, porque mañana o pasado mañana probablemente tendremos un gran pedido desde Beijing.

—La Casa Van Idenscourkeen en Batavia pregunta si queremos enviar una carga de nuestro café Hisinge —informa otro de los empleados—. Parece que en Batavia piensan que en Hisingen solamente existen plantaciones de café y quieren plantar café sueco en Java para revivir, si fuera posible, la antigua producción de café en la isla.

—¿Quién está bebiendo café en estos días? —exclama uno de los jefes—. Esos holandeses viejos están atrasados de cien años.

—Don Ranudo desea información sobre la casa de Schirting & Co. en Mark.

—Nihilistjoke en Kasan pregunta si podemos arreglarles un contacto con la compañía Dinero & Dinero e Hijos en Topeca.

Llega un mensaje detrás del otro, verbales, pero también un gran número en alfabeto telegráfico y no pocos escritos. Los empleados y las máquinas tie-



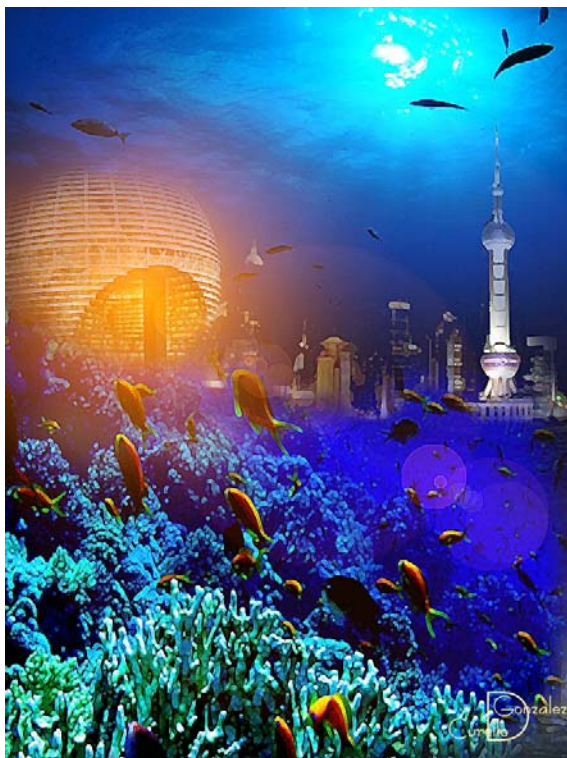
nen una actividad incesante. En las habitaciones de las oficinas internas, las máquinas calculadoras zumban a ritmo regular y las máquinas contables transfieren una entrada detrás de otra desde el diario al libro mayor. Cada persona y cada máquina hace un trabajo específico, los primeros tan precisos como los últimos y los últimos tan independientes como los primeros.

La misma actividad se encuentra en todas las oficinas, en cada casa; a lo largo de la calle Gran Océano y en todas las otras calles de la gran ciudad, lejos del antiguo Mölndal y muy apartado del viejo Hisingen.

Tres veces al día abre la Bolsa en el Palacio de Cristal de Cambios en la Gran Otterhällen, un edificio magnífico. Su preciosa arquitectura se compara favorablemente con las más exquisitas estructuras de la antigüedad; todo es luz y transparencia como si ningún ente traidor pudiera entrar sin ser visto de inmediato. El palacio es tan alto y tan resplandeciente que se puede vislumbrar desde varias millas atrás, y será siempre un símbolo inequívoco para las naves aéreas de Gothenburg.

Cada vez que se abre el Palacio de Cambios, se anuncia con el repicar de las grandes campanas de la Bolsa heredadas de la antigua catedral, un edificio menos elegante que fue demolido unos cien años atrás.

Cuando la tercera hora de la Bolsa de Valores concluye ese día y el trabajo en las oficinas está prácticamente terminado, uno de los jefes de la Compañía Oeste-Este y Norte pregunta a algunos colaboradores cómo van a pasar la velada.



La mayoría contesta que participarían en las reuniones electorales anunciadas. Como las elecciones parciales de los representantes del tercer distrito de Majorna tendrán lugar muy pronto, es importante asistir.

Algunas colaboradoras anuncian que desean pasar la velada con sus familias como de costumbre. Ellas prefieren la vida doméstica. Sin embargo, creen que es su deber asistir, al menos por un rato, a la reunión electoral junto con sus esposos.

—Pero yo tengo la intención de visitar los Jardines de Okeanos —dijo el jefe—. ¿Alguien quisiera acompañarme? ¿No han visto los boletines telegráficos de la compañía que lo anunciaban hoy? Va a



haber una gran fiesta en Okeanos.

—Verdad, verdad —apuntilla uno de los empleados—. Si mal no recuerdo, va a tener lugar en el gran Palacio Psíquico.

—Así es. Se va a presentar una artista africana, una psíquica famosa de la costa sur del Mediterráneo. Es algo nuevo que debemos experimentar. El día ha sido caluroso y una pequeña excursión a Skagerrak será refrescante.

Los llamados Jardines de Okeanos es un lugar de entretenimiento bajo el lecho del mar, justo al oeste del archipiélago Pater Noster. En ese sitio se encuentra una estación para trenes acuáticos que viajan bajo el agua a gran velocidad, por medio de descargas de aire comprimido, en el lecho del Skagerrak. Gracias a las nuevas invenciones en buceo y ciencias acuáticas, fue posible construir ese magnífico jardín bajo el mar.

El nombre de jardín es probablemente una denominación impropia pues no hay árboles de ningún tipo como los que encontramos sobre la tierra. En cambio, es un lugar maravilloso para plantas marinas, caracoles iluminados por soles acuáticos hechos con el mismo material resplandeciente que actualmente ilumina los lugares y casas sobre la tierra. Un milagro, hubieran exclamado las personas siglos atrás. Un establecimiento decente, dice la gente del año 2378, y no les parece nada extraño viajar bajo el agua después de un día laborioso durante el verano para poder gozar de un poco





de ocio al fondo o quizás debajo del fondo marino.

Al término de las horas de oficina, la gente monta en sus bicicletas de aire y maniobra hacia el archipiélago. No es lo que en el pasado se conocía como *la familia que vive en el campo* mientras el hombre de la casa trabaja en la ciudad, y tampoco lo que se conocía como *vivir en las afueras* dejando que sus empleados mal pagados hicieran el trabajo. En el siglo XXIV, todo el que tiene fuerzas suficientes y más de 15 años de edad trabaja y los niños menores no sólo juegan y estudian sino que también trabajan en labores que van de acuerdo con su edad.

Pero si el clima es benigno, cada mañana la gente hace ejercicio al aire libre y tan alto en el aire como le sea posible. Al menos los que viajan en bicicletas aéreas. Los circuitos aéreos están dispuestos ingeniosamente en forma de servir no solamente para que la gente se mueva más rápido y segura que antes sino como un excelente ejercicio físico.

Los expertos corredores en bicicleta no sólo arrojan pelotas al aire sino que hacen concursos de esgrima y otros juegos que se comparan con los antiguos torneos. Las carreras en las bicicletas aéreas son una moda desde hace un tiempo y en Gothenburg esa clase de carrera se ve cada mañana, en lo alto, sobre la calle Gran Océano.

Después de algunas horas de actividad al aire libre, se toma desayuno y se empiezan las labores. A mediodía durante el verano, las personas se bañan en el mar y toman una ligera colación. Luego del trabajo, disfrutan de la principal merienda del día durante la bella estación, que los habitantes de Gothenburg prefieren hacerla en Trollhättan, lugar poco distante, o aún más lejos en el Lago Vättern, aunque algunos prefieren llegar hasta el archipiélago.

En el suburbio de Marstrand existe un gran balneario de baños de mar y de aire, pero sólo lo usan las personas enfermas. La antigua *sociedad bañista* y la ostentosa *sociedad de alta moda* es sólo un vago recuerdo de tiempos pasados.

Los Jardines de Okeanos fueron excavados bajo el lecho del mar. Están iluminados por los deslumbrantes soles marinos, como notamos, y es bien ventilado. La compañía de regulación de temperaturas instaló con mucho ingenio unas tuberías especialmente diseñadas para el lugar. Según la estación, se envía aire caliente o aire frío que se cambia continuamente y es tan agradable como el aire que se respira en la superficie del océano. Esta compañía instala la calefacción en muchos lugares públicos y privados en Estocolmo, en Mjölby, en Gothenburg así como en otras grandes ciudades.

¿Qué sería, entonces, más agradable que pasar algunas horas bajo el lecho del mar? Así como antiguamente las personas paseaban en Lorensberg, ahora pasean por los Jardines de Okeanos. Una multitud llena de vitalidad se agolpa allí cada noche durante el verano. Los lugares de diversión son variados. En las



pistas de baile, alegres parejas bailan, no con la Música Antigua, es verdad, pero sus pasos y saltos están aligerados por una música mecánica especial que la reemplaza, la cual no permite que los bailarines se cansen.

En los salones de refrescos, que resplandecen con iluminación benéfica para los ojos, las personas se reúnen alrededor de mesas decoradas exquisitamente con ostras y cangrejos. Quizás prueben una o dos ostras en el sitio pero no beben nada más que agua de mar carbonada y un trozo de pastel de algas marinas. Tiempo atrás, quienes bebían ponche sueco hecho con aguardiente y vino dulce y comían bocadillos ahumados, dejaron de hacerlo a causa del catarro gástrico crónico que producían dichos alimentos, y que a principios del siglo XIX enfermó como una plaga a la población hasta fines del siglo.

Hay también un teatro en Okeanos. Se pueden parodiar pequeñas obras mecánicas pero se espera poder desarrollar el arte escénico para representar obras de gran importancia que puedan ser escenificadas con maquinaria igual a la que se usa en los teatros de la gran ciudad. Sin embargo, es difícil competir con el gran Teatro del Comercio y Tráfico Aéreo que fue construido donde se alzaba la Alcaldía y la antigua Casa de Cambios anteriormente. El lugar abarca un gran terreno además del área que ocupaba antiguamente la calle de la Plaza y en parte la calle del Puerto Oriental.

El teatro fue quizás el más elegante de toda Escandinavia, por no decir de todo el norte de Europa y de Asia. Su maquinaria tenía diez mil caballos de fuerza. Algo así era difícil de igualar en el teatro de los Jardines de Okeanos, ya que era solamente un pequeño teatro de verano.

Lo que más atrae a la gente a los jardines submarinos últimamente es la construcción del nuevo palacio llamado Psyqueón. Muchísimas personas llegan al palacio buscando los placeres que ofrece y abarrotaban el lugar. Igualmente es así esta noche. Mientras el público espera a que empiece la función, se ocupan de analizar los sucesos del día. Hablan de lo que han escuchado aquí o allá en la ciudad, sobre política, sobre filosofía de vida, examinan las acciones de los vecinos y expresan su aprensión y sus esperanzas en general y sobre cuestiones individuales.

Actúan exactamente igual que hace trescientos años, quinientos años o hace mil años desde que existen las sociedades humanas. La raza humana se desarrolla en todos los campos pero la mente y el corazón humano son siempre los mismos.

—¿Quién es ese hombre de cabello largo? —pregunta una mujer fuera del Palacio Psyqueón indicando a un joven cerca de ella.

—No lo conozco —contesta la persona interrogada—. Parece muy melancólico.



—Su cabello es demasiado largo —observa la mujer.

—Mi querida amiga, ésa es la última moda. Así se usa actualmente en Estocolmo.

—¡En Estocolmo! Nunca hemos copiado las modas ni las tradiciones de ese lugar. Yo repito siempre que es muy feo llevarlo tan largo. Aparte del cabello, es un joven bien parecido.

—¿Eso crees? ¿No es aquella la señora Sharpman-Fulmar? La que está situada más allá, con un velo verde. Se le encuentra continuamente asistiendo a las reuniones sociales de Estocolmo. La conocí cuando tuve que quedarme un tiempo allá el año pasado. ¡Ella es una dama exquisita!

—Es posible, pero creo que en Gothenburg hay damas tanto o más exquisitas. ¡Gothenburg es una ciudad importante! ¡Se le debería prestar más atención!

—Estoy de acuerdo, pero, ¿qué es eso?

Una agitación recorre la multitud. Todos los ojos se voltean a observar las pantallas del telégrafo que también están colocadas bajo el lecho del mar y que a cada hora anuncian con letras luminosas los últimos sucesos en el mundo. Las letras rojas anuncian que un grupo aéreo chino acercándose a las costas de la California ha encontrado poderosas baterías americanas con armas anti-aéreas. En consecuencia, toda la flota china ha sido dispersada y la mayor parte destruida.

—Eso es justamente lo que acabo de decir —exclama un empleado de la Unión de Bancos de Empeños—. Nadie puede resistir a las armas de aire americanas. Las pude ver en acción cuando viajé al otro lado del Atlántico la semana pasada. Un solo fusil experimental casi vuela por los aires a todo el Observatorio del Lago Michigan.

—Aún así, hemos empezado a fabricar nosotros también esos rifles de aire —dice un caballero al escuchar el comentario del empleado de Bancos—. Al menos, un tipo más pequeño que reemplazará a los antiguos. Nos podrán servir cuando los ingenieros agrícolas se den cuenta que el clima temperado no es favorable para los cultivos.

—Eso es algo que no había escuchado nunca con anterioridad —observa un miembro de la Compañía de Embarques de Trigo, quien posee extensos campos de cultivo en la antigua Svältorna.

—Yo le aseguro a usted que eso es cierto. Yo importé la invención a Escandinavia. ¿Puedo entregarle mi tarjeta?



—¡Usted es Oxígeno Warm-Blasius! —exclama sorprendido el empleado bancario después de leer la tarjeta—. Uno de los candidatos al parlamento de Majorna.

—Ahora, le puedo informar quién es ese hombre melancólico con el cabello largo —susurra una de las mujeres situada más atrás, a su vecina—. Él es el conocido Fabricante del Clima Warm-Blasius.

—Si yo formara parte de su comité electoral, le exigiría que se cortara el cabello —declara la otra dama—. No necesitamos parlamentarios que quieran seguir las modas de Estocolmo.

—¿Cómo le va, mi querida Señora Sharpman? ¿Cómo está usted? No creo que exista un lugar de entretenimiento como estos jardines en todo el Mar Báltico. He oído decir que está usted trabajando para las elecciones parlamentarias. Me parece que quien tiene la mayor oportunidad en la contienda es la Señorita Ozodes.

—¡Por supuesto que no! —exclama la Señora Sharpman-Fulmar con gran énfasis—. ¿Es usted uno de los votantes?

—No, yo pertenezco al distrito de Pustervik.

—Pero quizás tenga conocidos influyentes en Majorna. Le ruego que recomiende a Warm-Blasius para el puesto, ya que le puedo asegurar que...

El resto de la frase le es susurrada en el oído por la dama y luego la Señora Sharpman-Fulmar se aleja rápidamente, acercándose a otro grupo donde se discuten las elecciones parlamentarias en voz alta.

En este grupo de personas, resalta Apollonides y no lejos de él, la Señorita Rosebud, quien trata de cautivar al poeta dirigiéndole dulces miradas. Otras personas provenientes de Estocolmo los acompañan. Mientras la Señora Sharpman-Fulmar solicita votos para Oxígeno, Apollonides sigue apoyando la elección de Aromasia. No se descuidan los eventos importantes en ningún momento, ni aún en medio de la diversión. Tampoco se olvidan los beneficios privados ni los públicos.

Oxígeno ha viajado a Gothenburg para trabajar por su propia campaña electoral, aparecer en las reuniones y hacer conocidas sus ideas políticas conversando con los votantes. Necesita convencer a todos de sus buenas intenciones, de su patriotismo y su determinada preferencia por el tercer distrito de Majorna y por toda la comunidad de Gothenburg, ya que el comercio, el tráfico aéreo y las finanzas, debían seguir progresando,



Su decisión irrevocable es resuelta y demostrada totalmente. Ama a Aromasia ardientemente, pero sufre a causa de ese amor. En especial le duele pensar que Apollonides, ese incorregible soñador del pasado, pueda congraciarse todavía más con la joven artista a través de sus esfuerzos apoyando su elección.

Por otra parte, él desea mostrarle a ella que su amor no le impide presentarse como su público adversario en las elecciones. Sobre todo, desea evitar que salga elegida para que no pueda acercarse a Apollonides. A veces imagina que desea oponerse al Partido de la Reversión por el único motivo de aparecer como contrincante de Aromasia, pero aún así, cuando nadie le presta atención exclama:

—Apollonides es un poeta maquinista del parlamento y como tal no puede acercarse a Aromasia. Sólo para avecinarla desea que ella se presente al parlamento de Gothenburg. Ése es su propósito pero yo lo he descubierto y voy a frustrar sus intenciones.

La Señorita Rosebud piensa lo mismo. Ella quiere humillar a Aromasia y alejar a Apollonides de su círculo mágico. Si pudiera arrancar al poeta de esa peligrosa vecindad, probablemente se le abrirían de asombro los ojos descubriendo la felicidad que lo aguarda en los brazos de Rosebud. Y su amiga la Señora Sharpman-Fulmar la apoya en todo, no solo por su antigua amistad sino también con el fin de protagonizar una intriga que es todo un reto para esa enérgica mujer que no tiene suficientes ocupaciones.

La Señora Sharpman-Fulmar es de intelecto vivaz y entiende bien todos los designios complicados. Es perseverante e infatigable pero ha sido educada en una forma obsoleta que no se ha remediado ni siquiera con el matrimonio. Cuando su marido vivía, la mantuvo alejada de todas las cosas serias e importantes del mundo que pudieran interesarle. Su esposo reservaba esos quehaceres para sí mismo mientras a ella le dejaba disfrutar de la *tranquila vida doméstica*.

Después del fallecimiento de su esposo, ella ha tratado de compensar esa falla, trabajando para el público, como repite siempre y probablemente también lo cree. Pero no puede sobreponerse a los muchos años pasados en una vida inútil y ha quedado atrapada en las pequeñas y cultivadas intrigas, en los chismes creados y en los desórdenes promovidos, así como también produciendo infortunios sobre los sucesos en los que interfiere. Y se entromete en todo. En realidad, la Señora Sharpman-Fulmar pertenece a un período anticuado de la historia.

La Señorita Rosebud es, seguramente, una muchacha de su tiempo, pero la pasión guía sus acciones y las humanas pasiones son siempre las mismas, aún si todo lo demás en la tierra ha cambiado. Ella afirma que desea humillar a Aromasia para alcanzar su meta, cueste lo que cueste. Es probable que ella



misma no vislumbre el camino más seguro hacia su meta por aquella extraña pasión que la ciega.

—Quizás trabajamos por tu propio bien cuando separamos a Aromasia de Oxígeno —indica la Señora Sharpman-Fulmar durante la campaña electoral—. Cuanto más separados estén ellos dos, más fácil va a ser para el poeta acercarse a la artista.

Rosebud no está de acuerdo con esa interpretación indiscreta y quiere que de ninguna manera su aliada descubra sus intenciones y vea los naipes que esconde bajo la manga. Se hace la desentendida y sigue su plan establecido. En aras de la moralidad declara públicamente que la Señorita Ozodes debe ser castigada por su vulgaridad de mostrar devoción otro a hombre durante el año de prueba con Warm-Blasius.

—Esta extravagante mujer no puede tener mejor castigo que el de ver aparecer a su novio como un adversario político y que le impida su entrada al parlamento —añade la Señorita Rosebud.

La Señora Sharpman-Fulmar se queda callada y no objeta, pero sonríe pensando en las razones amorosas que tiene su aliada para actuar en esa forma. Realmente, ella no siente simpatía por ese romanticismo y no le importa si le van bien los asuntos del corazón a Rosebud. Para Sharpman-Fulmar es suficiente interferir activamente en las intrigas y parecer que participa con vehemencia por el bienestar público. Para ello trabaja persistentemente en la elección de Oxígeno.

Pero no consulta con su protegido. Sus intentos de acercarse a él no han tenido éxito. Por supuesto, Oxígeno no impide a nadie que lo ayude a cumplir sus deseos, pero su orgullo lo aleja de sus mismos aliados. El apoyo que recibe lo sorprende y los motivos que los mueven le parecen sospechosos. Hasta esa noche, nunca antes había aceptado las repetidas invitaciones persistentes de la Señora Sharpman-Fulmar.

Le prometió verla en los Jardines de Okeanos. Después de la función en el Psyqueón, él tomará parte en una pequeña reunión social. La Señora Sharpman ha invitado a sus amigos políticos de ambos sexos.

Un intenso murmullo atraviesa los jardines. Es la señal de que va a empezar la función. El público ya está acomodado en el gran salón del Psyqueón. No están allí como oyentes, o espectadores, ni aún como *oledores* —palabra esta última adoptada recientemente en el siglo XXIII—, sino como perceptores o, para usar una palabra más ambigua, como *emotivos*. Cada uno lleva sobre la cabeza un casco de forma extraña. De ese casco se desprenden varios cables largos. Éstos se enchufan en un tablero con diversas formas y ángulos que se encuentra en medio del salón y que llaman el órgano cerebral.



Es en ese órgano que la famosa psíquica africana realizará su espectáculo.
(continuará)

© Claës Lundin
© de la traducción inglesa Adriana Alarco de Zadra

Hace cien años, Claës Lundin (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gotenburgo. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con Strindberg, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción **OXÍGENO Y AROMASIA**. La novela se inspiró en *Bilder aus der Zukunft* (**IMÁGENES DEL FUTURO**), del filósofo y escritor de ciencia ficción alemán Kurd Lasswitz (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace <http://runeberg.org/oxygen/> .



ODISEA LITERARIA

5ª. PARTE: AVENTURAS, AVENTURAS...

por Víctor Conde

Las cosas parecen que por fin se encaminan para la joven Iya: existen indicios de que un gran afloramiento de letras ha surgido al sur. La Odisea Literaria se extiende ahora no sólo a los minerales, sino también a los seres humanos, y hay niños a los que les afloran palabras enteras en la cabeza, hechas de cabello anudado. La ciudad de los sabios aún queda lejos, pero un encuentro fortuito está a punto de cambiar el destino no sólo de la osada siglamante, sino también de todo su mundo...

La ciudad de Esphix quedaba lejos, y más si una iba a pie, pero Iya no tenía miedo de las largas distancias, ni de los retos que parecían ser demasiado grandes para una jovencita Siglamante. Después de abandonar el pueblo, y tras anotar mentalmente con caracteres bien grandes la nueva posibilidad que había descubierto de expresión de las Letras (eso de escribir en el pelo de un niño, dándole forma tridimensional y aprovechando incluso las inflexiones de los bucles, era algo nuevo y prodigioso), tomó el camino del prado rumbo a la llanura Kármica. Si lo que había leído en aquel periódico de la posada era cierto, recientemente habían tenido problemas de coherencia en la zona. Seguro que todo estaba lleno de sicarios de la Universidad Kemplar y fanáticos de los desmanes de la Armonía Spécula. Pero también era el camino más corto para llegar a la ciudad, por lo que no le quedaba otro remedio que tomarlo.

Y siempre podría aprender algo de las grietas que de vez en cuando se abrían a otras realidades.

Durante la primera jornada no encontró a nadie; fue un viaje lento y agradable, bajo un sol anillado con escalas de color. Encontró unas gaviotas tigre acechando entre la hierba alta a las flores (esos temibles depredadores se alimentaban del sonido que ciertas campánulas hacían al abrirse, tragándose, y esperaban junto a los macizos de flores para robarles ese primer grito alegre de virginidad), y a continua-

ción unos peces globo llenos de hidrógeno que flotaban mansamente arrastrados por la brisa. Esa noche acampó bajo la luz de un árbol lámpara, cuyas hojas devolvían en forma de suave nimbo la luz que absorbían durante el día, y



© Pedro Belushi



se quedó dormida repitiendo una y otra vez las frases que había leído en la cabeza de aquel muchacho.

Al día siguiente, encontró una bandada de gaviotas tigre posada a su lado y muy atentas, con sus ojos y oídos plenamente direccionados hacia ella. Las espantó con un grito y las aves salieron volando, enfadadas. Al rato comprendió que tal vez estuviesen esperando a que sus ojos se abrieran tras el sueño, esperando para robarle ese sutil aleteo de párpados. Lo malo era que cuando esos incordiantes animales conseguían su botín, el objeto del latrocinio ya no era capaz de reproducir ese sonido nunca más.

Los pájaros se posaron cerca, tras un corto vuelo, e Iya les arrojó piedras para espantarlos del todo y que se marchasen lejos. Luego, de mal humor, arrancó un par de frutos-luces del árbol y buscó agua y ramitas que quemar para hacerse una compota.

Fue entonces cuando vio a los viajeros.

Eran dos, una pareja bien avenida incluso vistos a distancia. Vestían unas ropas hechas de colores llamativos, solidificados en hornos especiales y cosidos con hilo de prisma. Uno de ellos era un trip, pues exhibía tres pequeñas protuberancias en la cabeza (dos tubos de carne de escasa longitud que le brotaban de las sienes y uno del centro de la calva), y era más alto que su compañero, un dup, con sólo dos protuberancias psicomórficas. Esas deformaciones del cráneo surgían en algunas razas cuando tenían ideas especialmente radicales, o tomaban decisiones que cambiaban sus vidas para siempre. Los viajeros, tras divisar a Iya en lo alto del cerro, se acercaron a ella a paso tranquilo.

—Buenos días —dijo el trip.

—Ojalá lo sean —respondió ella—. ¿Vienen de la Llanura?

—Sí, de allí venimos, tan seguro como que mi hermano necesita un poco de compota para no fallecer deshidratado. ¿Tendría la amabilidad, señorita, de compartir con nosotros un poco?

—Claro que sí —asintió ella, sentándose en la hierba—. Acomódense, por favor.

Los dos extraños viajeros se dejaron caer junto a la joven. De cerca se les veía realmente cansados, como si hubiesen viajado leguas y leguas sin descanso, al paso tranquilo que les caracterizaba. Y también a esa corta distancia se apreciaban algunos rasgos comunes que sugerían que podían ser familia.

De repente, el dup exclamó:



—Bebe el chocolate, recubre el sol de amaranto. Es la lengua de los insectos lo que los distingue, no por mucho madrugar, de un pretérito imperfecto.

Su compañero le apretó uno de los cuernos, arrancándole un ¡auh!

Luego miró a Iya, y se sonrojó.

—Lo siento —dijo el trip—. Mi hermano sufre de surrealia aguda. Se contagió cuando estábamos en la Llanura Kármica y sucedió... aquello, ya sabe. Pero tranquila, no es contagioso. Si lo fuera yo también estaría diciendo disparates a todas horas —sonrió.

La muchacha los miró a ambos, interesada.

—Mi nombre es Iya —se presentó—, y soy una Siglamante. ¿Quiénes son ustedes?

—Encantado, señorita Iya. Mi nombre es Pat, y este es mi hermano Chou. —Levantó un dedo para señalarlo; el dup creyó que iba a estrujarle de nuevo los cuernos y se los tapó con las manos, protegiéndolos de más riñas—. No tenemos profesión, pero sí aspiraciones. ¿Le gustaría escucharlas?

—Claro —dijo ella, a sabiendas que negarse sería una falta de respeto.

El trip engoló la voz.

—Yo quiero ser zeppelinauta, y mi hermano ha expresado en numerosas ocasiones su deseo de escribir un diccionario cuyas palabras empiecen todas por H intercalada. —Desinfló los pulmones, satisfecho. Eso era todo lo que tenía que hacer para cumplir con su profesión: mantener una ilusión viva y aferrarse a ella, sintiéndose orgulloso al contársela a otra persona. Era un oficio fácil para graduarse, pero escasamente remunerado.

—Muy interesante —convino Iya—. ¿Y dicen que vienen de la Llanura?

Pat le quitó peso a la idea con un gesto.

—Terribles cosas están pasando allí en estos momentos, cierto, pero a nosotros ya no nos importa. Mi hermano y yo vamos en busca del final de la hileras de reflejos.

—¿Qué reflejos?

—Los que creó la fisura al abrirse —dijo él, como si fuera obvio. Pero luego continuó, como si ya no lo fuera tanto—: Creo que mi hermano está haciendo de varita de Zahorí de los reflejos. Él me guía hacia nuestro objetivo común.



—Nunca había conocido a nadie que tuviera el poder de seguir los reflejos —se asombró Iya, mirando al enfermo de surrealismo con más respeto, mientras éste observaba embobado el cuenco donde se cocía la compota.

—Es algo nuevo y revolucionario —rió Pat—. Tal vez podamos comercializarlo cuando todo esto acabe. —Señaló desde lejos los cuernos de su hermano, para que éste no creyera que iba a tocarlos y se los tapara de nuevo—. Estoy convencido de que tiene que ver con la simetría de sus bulbos. Están separados formando un arco de gradiente idóneo para canalizar las ondas de los reflejos. Por eso... —bajó la voz—, es imprescindible que no le crezca ninguno más, o la simetría radiomesmérica podría llegar a esfumarse. ¿Me explico?

—Eh... le sigo, creo —dijo ella, insegura.

—Por eso hay que mantenerlo alejado de cualquier idea especialmente radical o introspectiva, no vaya a ocasionarle otro chichón de éstos y nos quedemos varados en mitad de ninguna parte.

—Comprendo. —Iya estaba asombrada. Había tenido la suerte de encontrarse con otras dos personas que, al igual que ella, estaban inmersas en una Búsqueda Vital. Una de éstas sobre las que escribían los poetas y que les causaban un inmenso placer al verlas salir de su pluma. Podía ser una señal de que estaban predestinados a viajar juntos, o también que este encuentro fortuito bastaría para dejar una impronta en los tres que les serviría para concluir su destino. No había modo de saberlo hasta que el propio tiempo no les diera, sin presiones ni agobios, la respuesta.

—Anoche, Chou tuvo un sueño con una bombilla que crecía de la tierra, o un árbol que paría luz fosilizada en ámbar, o algo así. En cuanto vimos este hermoso ejemplar —Pat abarcó la frondosa planta con un amplio gesto—, supimos que estábamos en el buen camino.

—Pues... puede que sí que sea una jugada del destino, el que hayamos tropezado a medio camino de nuestras respectivas inquietudes —admitió Iya. Sacó el tazón del fuego y lo aventó un poco para que se enfriara. Luego se lo pasó al impaciente Chou, que lo celebró con un hipido y un circunloquio:

—¡Para llegar hasta el emisor del silbido, los trenes tienen que ser azules, pero nunca más que la quinta franja, nunca!

—Y dígame, señor Pat —preguntó la Siglamante—, ¿se han encontrado por casualidad con algún fenómeno, digamos... de índole literaria en su viaje? Me refiero a si han oído alguna palabra extrañamente acentuada, que antes no se usaba así, o si al leer algún cartel una de las letras con que estaba escrito tenía una forma insólita...



Pat encogió los hombros, peleándose con su hermano por lamer las gotas de compota que colgaban por el exterior del cuenco. El interior todavía estaba casi colmado de líquido.

—Unf, sí —refunfuñó—, o no, depende de lo que usted entienda por *literario*. No hemos visto nada que se saliera de lo normal. A no ser que se refiera a lo de aquel valle, claro.

—Claro —repitió Chou, lanzando la palabra entre los dientes porque la lengua estaba fuera, lamiendo la punta de los dedos de su hermano.

—¿Valle? —preguntó Iya—. ¿Qué valle?

—Uno que hay más allá de las Colinas No Estáticas. Pero no creo que le interese. No, sin duda no es lo que está buscando. Aquello no es nada literario, sino más bien geológico.

—Metamórfico, quizá —precisó Chou—. O netamórfico, de neto, de «cuidado con los cereales agresivos, niños», y el «ya os lo dije» de después de los vendajes...

—¡Cállate ya, soplamocos! —Pat le retorció de nuevo los bulbos, como los llamaban ellos. Chou sollozó como un niño pequeño y empezó a recitar al revés la tabla del 11, a toda velocidad. Al llegar al 11x0 rebotó y comenzó a destejerla en sentido contrario.

—Por favor, inténtenlo —insistió Iya. Algo le decía que aquella pareja de hermanos esquizoides sabían más sobre el asunto de lo que aparentaban.

Pat suspiró, cansado.

—Está bien. Pero ya le prevengo de que no le va a servir de nada. Será una información inútil que ocupará un espacio de aproximadamente diez galones de aire en su cerebro, y que...

—¡Dígamelo!

Pat se cubrió con los brazos, como si ella fuera a lanzarle la compota, y dijo apresuradamente:

—¡Vale, vale! Ocurrió al tercer día de marcha, cuando mi hermano comenzó a sintonizar en serio las ondas radiomesméricas con sus bulbos. Habíamos atravesado la Montaña No Rodeable, esa que crece en medio del desierto, por uno de sus túneles del amor, cuando vimos las colinas. Y en mitad de ellas, unas letras gigantescas salían de la tierra como setas. Eran de piedra, no de verbo ni de palabra, por lo que no creo que a usted...



© Pedro Belushi

—¿Unas letras? ¿Dónde, qué forma, a qué hora, cuándo...? —se apelonó Iya, agarrando al trip por la pechera.

—Ocupaban to... todo el valle... —Pat tragó saliva—, de una punta a la otra. Eran muchas, inmensas, pesadísimas... una se desplomó y cayó sobre una manada de ñus celestiales, aplastando tres o cuatro de golpe. Comimos de esa carne hasta ayer mismo. Disculpe que no previera su aparición y le guardase un trocito, pero...

—¡Olvídense de la comida! ¿Qué decían esas letras? ¿Formaban alguna frase coherente?

—Sí, claro... —hizo memoria—. Creo que, según los intérpretes cabalistas de Medeox IV, el mensaje era CFGGHTYLOIUYAZCVDGEUYOPADMOIE, lo que puede significar... euh... —La miró, impotente—. Cualquiera cosa. Es la base de su doctrina de base ignorantiana, me temo.

—¿Pueden llevarme allí? —suplicó Iya—. ¡Es necesario, por el bien de la Siglamancia! ¡El destino de todo un campo del saber y la filosofía humanas puede estar ahora en sus manos!

—¿Desandar? —comprendió Pat, horrorizado, lo que ella pretendía—. Yo... bueno, no, creo que no va a ser posible. Señorita. Señora. O lo que sea. Ya le dije que mi hermano está sintonizado con esta misión en concreto, y ninguno de los dos vamos a abandonar.

—No le estoy pidiendo que abandone, sólo que dé un pequeño rodeo. Luego, yo misma les ayudaré a encontrar el final de los reflejos.

Pat negó con convicción, aunque todavía sacudía los dedos frenéticamente entre él y la joven para apartarla de su cara.

—¡Imposible! Si Chou se distrae de su tarea, aunque sólo sea por un instante, podría perder la sintonía para siempre. ¡Y se quedaría así, diciendo tonterías, el resto de su vida! No, no puedo permitirlo.

—Claro, pero si...



De repente, la voz de Chou los interrumpió. Era dulce y sosegada, distinta a aquélla con la que había pronunciado sus sentencias ilógicas.

—Cuarenta y dos.

La muchacha y el trip se volvieron hacia él.

—Es la respuesta. Cuarenta y dos —dijo Chou, con absoluta tranquilidad—. Ahora sólo falta que busque la pregunta. Será mi aspiración a partir de este día. Ya no deseo escribir diccionarios con H intercalada.

Pat miró a su hermano, y se estrujó sus propios cuernos de la frustración.

—Oh, no, hermano, ¡noooooo! —se desgañitó. Y luego, derramando lágrimas—: ¿Por qué llegaste a esa conclusión por ti mismo, por qué? ¿Por qué?

Iya lo miró, asombrada.

Al bueno de Chou le había crecido otro bulbo más en el cráneo. ...

(Continuará...)

© Víctor Conde

Víctor Conde, 1973, es natural de Tenerife y trabaja como guionista de cine y televisión. Ha publicado en revistas como Axxon, Pulsar y Artifex. Además tiene publicadas las siguientes novelas: PISCIS DE ZHINTRA, ARENA, EL TERCER NOMBRE DEL EMPERADOR, MYSTES, novela que fue finalista del primer premio Minotauro Internacional de Ciencia-Ficción y Literatura Fantástica, EL DRAGÓN ESTELAR, EL TEATRO SECRETO, finalista del premio Minotauro, y NATURALEZA MUERTA.



CRÓNICAS DE LAS TIERRAS MESTIZAS

por Javier Navarro Costa

Crónicas de la Tierra Mestiza es una obra coral que narra la historia de un éxodo; el de un grupo de antiguos egipcios, por un lado, y el de una raza alienígena llamada Loo, por otro. Condenados a convivir en un planeta desconocido, para sobrevivir deberán aprender a convertirse en un único pueblo. Pero ni humanos ni Loo están dispuestos a jugar limpio y durante generaciones el estigma del odio y de la destrucción planeará sobre un mundo que ambos han dado en llamar: La Tierra Mestiza.

PRÓLOGO: EL ESTANQUE

146 d.A. (146 después de Akhenaton)

*He venido a tomar posesión de mi trono,
a que se reconozca mi dignidad,
pues todo esto era mío antes
de que existierais vosotros, los dioses;
así pues, bajad y colocaos detrás de mí,
porque yo soy un mago.*

Textos de los sarcófagos

La reina-madre Constelación era la última de los Primeros, de aquellos que fueron llevados desde su planeta de origen hasta la Tierra Mestiza.

Cuarenta mil humanos y quince mil Loo habían despertado un día en las arenas de un nuevo mundo aún por descubrir. De eso hacía casi ciento cincuenta años. Toda una eternidad durante la cual se habían gestado odios, envidias, intrigas, asesinatos y, por fin, devastadoras guerras, heredadas como una plaga de generación en generación. Quienes más sufrieron fueron las mujeres y los niños, murieron diezmados en los primeros años del conflicto. Al fin, al oeste, al borde del Desierto Occidental, se habían asentado los Puros, un pequeño grupo de humanos supervivientes; al sur, buena parte del pueblo Loo, los más belicosos e irreductibles, amantes de las antiguas tradiciones; en el centro y el norte estaban los mestizos, machos humanos y hermafroditas Loo unidos en un principio para paliar la falta de hembras en un mundo sin diversidad genética, para finalmente convertirse en una nueva raza destinada a gobernarlos, elevándose por encima de los prejuicios y las disputas.



Pero la guerra nunca había cesado. Cada año morían los mejores de cada grupo y sobre el futuro de un nuevo mundo planeaba el fantasma de la destrucción. Constelación lo sabía mejor que nadie. Su primogénito y Rey, Rameses, acababa de perder la última batalla de un conflicto que no terminaría jamás a menos que encontrase la manera de poner freno al destino que les acechaba.

Así era. La vieja Reina lo recordaba todo; lo sabía todo... y había elegido olvidar buena parte. Había olvidado que ellos, la clase dirigente Loo, habían llegado a la Tierra Mestiza antes que ninguno de los otros Primeros. Con sus propios ojos había visto a los seres que les habían traído hasta allí. Les miraron y entonaron telepáticamente: *Tenéis otra oportunidad*. Y luego hablaron de los árboles de Nlòplal amarillo. Aún sentía arcadas cuando en sueños volvía a entrever aquellos cuerpos nudosos, sangrantes, cubiertos de úlceras y tumora-ciones que supuraban un humor negro hasta el suelo. Eran una raza moribunda que, en último esfuerzo, había salvado a otros por no poder salvarse a sí misma. Así, al menos, lo entendió Constelación. Ninguno de los otros Loo de la casta dirigente volvieron a referirse a aquel breve encuentro y pronto se convirtió en un tabú cuya violación se castigaba con la muerte.

Pero nunca nadie lo había violado y, ahora, sólo ella sabía la verdad.

Los humanos y el resto de Loo llegaron a la mañana siguiente; pronto, la rueda del destino comenzó a girar, lenta o rápida, directa o sinuosa, pero siempre camino de este presente donde ella, una alienígena, se había convertido en la reina y regente del destino de casi medio millón de almas mestizas. Constelación esbozó una sonrisa de afilados dientes y sus pequeños ojos, sin párpados, brillaron a la luz del sol. Estaba desnuda, en un balcón del Doble Palacio donde residía. Sus súbditos lo llamaban Balcón de las Apariciones, pues desde él se dirigía al pueblo durante las festividades más solemnes. Se asomó y, desde la balaustrada, pudo ver a los robots portadores llevando en parihuelas a sus dos hijos, que regresaban de su viaje nupcial. Sólo era uno de los muchos sacrificios que habían tenido que hacer con los humanos. Constelación, en realidad, no apreciaba esa obsesión por la corrupción de la sangre real que tanto preocupaba a algunos de sus súbditos y hubiese preferido que sus hijos no se casasen entre ellos, pero era una costumbre arraigada en aquel pueblo llamado —ah, ¿cómo le habían explicado que se denominaban a sí mismos antes de llegar a la Tierra Mestiza?—. *Kemit*, egipcios, eso era.

Los humanos provenían de una ciudad llamada Horizonte de Atón. Un lugar que, de la noche a la mañana, se había convertido en una ciudad fantasma luego de que sus cuarenta mil moradores fueran arrancados de su planeta y transportados hasta allí. Por desgracia, su líder, Akhenaton, había muerto durante el tránsito. Se rumoreaba que sólo él, al igual que la casta dirigente de los Loo, estuvo en contacto con los seres que les habían dado aquella segunda oportunidad. *Ojalá hubiera podido conocerlo*, pensó la Reina-madre. Él sabía



mucho más que nadie de aquella abducción; siempre estuvo segura de que Akhenaton planificó, junto a sus raptos, el nacimiento de la Tierra Mestiza. No en vano aquel planeta había sido terraformado a imagen y semejanza de Egipto y no de la patria de los Loo, el planeta Biwoses, cuyas ciudades-estanque, verdaderos viveros semi subterráneos, habían sido homenajeados con la construcción de más de un centenar de pequeños lagos artificiales, estratégicamente ubicados a lo largo de aquel planeta. Sólo ese gesto habían tenido sus salvadores hacia ellos; y así, cada mañana se zambullían en aquellos estanques como homenaje a su mundo de origen, dando gracias por haber sobrevivido. De hecho, los Loo se llamaban a sí mismos Biwoses, *los que existen* o, más exactamente *los que subsisten*.

—Perdone, Majestad.

Reconoció la voz al instante. El Superintendente de los Calabozos estaba postrado a sus pies. Un tipo enjuto, con la cara picada, al que le aterrizzaba tanto su cargo como el tener que enfrentarse a una soberana de casi dos metros de piel carmesí, escamosa y nervuda. Constelación corrió a buscar una túnica, cuya forma imitaba el caparazón de una tortuga, y se vistió por la cabeza. Su gesto no pretendía disimular la contrariedad que sentía porque aquel idiota osaba interrumpirla en un momento privado de reflexión.

—¿Qué sucede ahora? —ladró, con los ojos vidriosos de ira.

—Siptah se ha quitado la vida, mi Señora —tartamudeó el sirviente, y desenrolló para ella un RLV.

—¿Suicidio, dices? —Constelación acercó una falange carnosa a la pantalla del rollo de lectura virtual y éste se encendió. Leyó unas líneas y lo dejó de lado—. Sabes que odio estos trastos —objetó, mirando de soslayo a su sirviente.

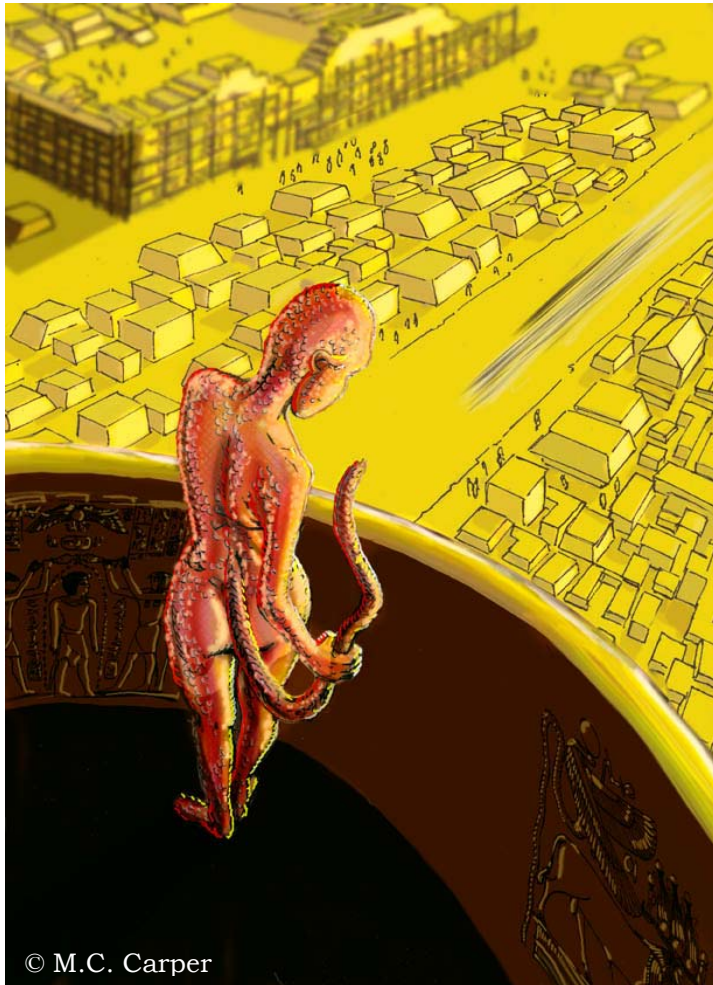
—Pero lo que hay escrito es muy importante, señora. Le ruego que prosiga la lectura, o que lo escuche al menos. ¡Es la confesión que hizo el mago antes de suicidarse!

La magia, sí, otra de esas terribles costumbres humanas primitivas, pensó la Reina. A los Loo no les fue fácil entender el pensamiento mágico que atesoraban los egipcios. Ellos eran un pueblo tecnológico, de convicciones dualistas, creyentes en que el bien y el mal eran fuerzas antagónicas pero igual de poderosas, padre y madre de su civilización. Muy pronto, los credos de ambos pueblos chocaron de forma trágica. A Constelación le constaba que algunas de las guerras se habían iniciado por la intolerancia. Pero ella había conseguido reunir en un solo pueblo dos razas, así que no se amilanó ante el reto de fusionar magia y religión con ciencia y filosofía. Ahora, los Loo estaban integrados en el complejo culto pagano de los egipcios y asistían a todos sus estúpidos rituales. A cambio, la magia, mucho más peligrosa en tanto adversario directo de la ciencia, se había ido debilitando lentamente bajo su regencia. No estaba prohi-



bida pero ya no gozaba del prestigio de antaño. En realidad, agonizaba. Sólo quedaba un único mago vivo en todo la Tierra Mestiza; y acababa de morir por su propia mano.

—Mi hija, Nube, se apenará mucho cuando lo sepa —dijo Constelación, sabedora del profundo afecto que se profesaban.



© M.C. Carper

Y entonces sus pensamientos volaron de nuevo de la balaustrada a los jardines, por donde avanzaba el cortejo real. Tuvo miedo por el niño-Rey y la Reina-consorte. Pronto, en un par de años, abdicaría sobre el joven Tutmose y dejaría de ser Reina-regente. Era una anciana y sus fuerzas comenzaban a flaquear. Aunque llevaba diciendo eso mismo hacía décadas.

¿Qué sería de la Tierra Mestiza cuando ella faltase?

Suspiró. Las leyes ancestrales de los egipcios le impedían abdicar sobre su hija, que había nacido más Loo que humana, como todas las hembras desde que descubrieron que podían procrear con una especie que no era la suya. Ahora ya no había propiamente humanos ni Loo, ya no había hermafroditas como la vieja y cansada Constelación:

sólo machos vagamente humanos y hembras vagamente Loo; en una palabra: mestizos. Ése era el trágico destino de la nueva especie; que las mujeres, mucho mejores y más sabias, mucho más prudentes y versátiles, estuvieran a las órdenes de unos machos obcecados, belicosos, egoístas, pedantes, superficiales, zafios e ignorantes.

Pero eso no explicaba el misterio original de cómo era posible que pudiesen tener descendencia con unos seres cuya biología en apariencia no tenía nada en común. Al poco de su llegada a aquel nuevo mundo, Constelación había destinado a los más capaces de cada generación a un pequeño feudo privado llamado el Dominio de las Esposas del Dios. Simulando que entre sus muros rendían pleitesía a Amón, una de las principales deidades de los humanos, en



realidad estudiaban los genes de ambas especies intentando descifrar un misterio de momento insondable. La SoGen, o Sociedad Genética, dirigía las investigaciones y Constelación estaba segura que, muy pronto, conseguirían resultados y el secreto de aquella absurda interprocreación sería develado. Entonces, quién sabe, acaso podrían librarse del yugo de los malditos machos humanos de una vez y para siempre.

Ah, Constelación, pese a ser la madre de una nueva especie, detestaba en secreto a la mitad de esa especie.

Y eso sólo podía ser signo de que su tiempo tocaba irremediablemente a su fin.

1

La línea del horizonte parecía inmóvil, preñada de lapislázulis que colgaban en el sólido esmalte de la losa de los cielos. Subidos a su podio bamboleante, el Rey y la Reina contemplaron por un instante al halcón, al milano y al buitre, aparecidos de la nada, suspendidos del azul interminable casi como en un sueño, sin batir apenas sus alas otrora poderosas, rindiendo acaso un tributo inconsciente a aquéllos que habrían de soportar sobre sus hombros el peso del gobierno de la nación más grande de la Tierra Mestiza, el Doble País en el que coexistían como una sola raza humanos y Loo. El niño-Rey Tutmose se echó a reír, como si no diera crédito a sus ojos, y Nube, su hermana y esposa, lo miró con dureza. Un hombre sensato nunca despreciaría un signo de los dioses como aquél, significase lo que significase. Pero Tutmose no era un hombre sino un muchacho impúber, ése era el primer problema con el que todos se enfrentaban, acaso la causa de la ira o la desazón de los dioses.

—Creía que vosotras, las Loo, no tenías demasiado aprecio por las viejas creencias egipcias —dijo el niño, adivinando la reprobación en su gesto.

—Hemos aprendido a respetar esas *viejas creencias*, hermano. Tú deberías hacer lo mismo y no llamarnos a las mujeres *las Loo*, como si no fuéramos la misma especie. Ahora ambos somos mestizos; ya no hay humanos ni Loo entre nosotros, salvo nuestra madre, claro. Ella es la última de los Primeros.

—Vaya, perdóname —rió el niño Tutmose—, se me había olvidado que soy de color rojo, nací cubierto de escamas y con cola, y que... ¡Espera! Yo no tengo nada de eso, ¡eres tú la que nació con el estigma de tu sangre Loo!

La muchacha soltó un bufido e hizo una seña a los robots portadores, que parecieron aliviados de que les permitieran librarse de su preciosa carga y bajaron el baldaquino hasta el suelo en medio de profundas reverencias y piafar de relés y circuitos electrónicos. Precipitadamente, la pareja real abandonó la



silla de manos y penetró en el Doble Palacio de Ity-tawy, seguida de un nutrido grupo de escoltas. Sólo entonces repararon en los gritos, en que algunos sirvientes se mesaban los cabellos y que una atmósfera luctuosa se desprendía de los muros, se escurría entre las angosturas, se intuía en las miradas, se percibía en los gestos y sobre todo en el silencio cómplice de los que los rodeaban. Nube maldijo para sus adentros: alguna cosa terrible había sucedido en su ausencia.

A través de sinuosos corredores, interminables pasillos, entre susurros, ruegos y voces entrecortadas que vienen y van pero nunca desaparecen, Nube consiguió discernir una frase, un rumor que podía ser tan verdad como cualquier otro cuchicheo de la servidumbre, un rumor que ella supo cierto tan pronto alcanzó sus oídos:

—¡Siptah está agonizando!

El niño Tutmose, que estaba como siempre haciendo a los criados mohínes y burla, detuvo su última mueca, de lengua colgante y carrillos tumefactos, fascinado con los mismos murmullos que a ella muy pronto la cubrieron de ansiedad.

¡Él estaba detrás de las muertes del estanque!

¡El Tribunal de la Regente lo condenó!

¡Ha sido el viejo mago!

¡Siptah! ¿Es posible? Hoy se ha sabido.

Los Nlòplales de flores amarillas...

De pronto, el niño Tutmose soltó una carcajada y le estiró del vestido para reclamar su atención. Sus palabras fueron crueles, como era de esperar de un mocoso criado para gobernar sobre todos los mortales:

—El viejo loco se ha vuelto definitivamente loco, hermanita, esposa mía.

El niño-Rey, perdido en una falsa expresión beatífica, la miraba ahora perverso, temblar ante la noticia de la desgracia acaecida al anciano maestro, al último de los hombres mágicos de la Tierra Mestiza.

—Cállate, Tutmose, esposo mío. Tú no sabes nada de Siptah. Es uno de los principales del Doble País. O lo fue, al menos. Y precisamente por ello le debemos aún mayor respeto.

—Yo no le debo respeto a nadie porque pronto seré Rey —dijo entonces Tutmose, echando hacia atrás la trenza infantil que le caía sobre la frente— y gobernaré la Tierra Mestiza como lo hizo mi hermano y como antes de él lo hizo



mi padre, y antes el padre de su padre, y antes todavía el padre del padre de su padre, y antes...

Nube dejó que el muchacho se alejase pasillo abajo camino de los jardines y sus violentos juegos en el Patio de Ejercicios, desgranando el linaje de unos antepasados cuyo nombre acaso había olvidado, pero que habían vivido por la espada, matado y muerto por ella, y que un día seguramente el propio Tutmose se vería obligado a emular. La princesa no envidiaba su destino. Acaso lamentaba que el suyo propio estuviese ligado a aquellos machos humanos sedientos de sangre que terminarían destruyéndolos a todos.

Y Siptah, el poderoso taumaturgo, sólo había tratado de luchar contra la decadencia de su país, su empobrecimiento y su extinción, mas se equivocó de bando y acabó amparando a aquéllos que había jurado combatir.

—Pobre viejo gruñón.

Encontró a la reina-madre Constelación unos corredores más allá, en el Balcón de las Apariciones, contemplando a la figura del Superintendente de los Calabozos que, postrado de hinojos ante su Señora, balbuceaba alguna cosa que Nube no pudo entender. Disimuladamente, un RLV cambió de manos y la Reina-madre lo sopesó un instante con aire circunspecto.

—¿Siptah? —dijo la joven, tratando de adivinar la verdad que se ocultaba tras los gestos velados del cortesano y la Gran Dama.

La Reina-madre se volvió para mirarla. Sus ojos le revelaron todo aquello que las palabras no hubieran podido decirle.

—El mago enloqueció luego que te desposaste con tu hermano Tutmose. No quise causarte ningún desvelo durante vuestro viaje nupcial. Intuía que ya te resultaba lo bastante desagradable como para alarmarte con noticias de esta índole.

—Debiste hacerlo, en cualquier caso.

—Era algo demasiado terrible, hija mía.

Nube negó con la cabeza. No, nada era lo bastante terrible. Ella amaba a su pobre viejo gruñón. No importaba lo que hubiese hecho. Ella lo perdonaría.

—Lo que haya hecho es cosa del pasado. Quiero hablar con él y...

—Siptah ha muerto, Nube. Se quitó la vida esta mañana. Nada pudimos hacer para salvarlo.

El silencio, en adelante, fue la única respuesta de la muchacha. Bajó la cabeza y trató de luchar contra las lágrimas que acudían a sus ojos.



—Dejó un rollo de lectura virtual con sus anotaciones durante su estancia en los calabozos; se trata de una confesión —añadió Constelación—. ¿Quieres oírlo?

Pero el silencio era lo único que era capaz de interpretar Nube. Y en silencio aguardó hasta que su madre, luego de desenrollar el artefacto, pulsó suavemente en la pantalla y ésta comenzó a hablar.

2

El cautivo, Siptah, Amigo Único del rey Tao, antiguo Sacerdote-horóscopo del todopoderoso Amón, merece ser desollado por mil demonios, decapitado, que se abran en su pecho un sinfín de heridas propiciadas por el cuchillo de Seth. En el otro mundo caminará boca abajo con aquellos que fueron abandonados a las sombras y, luego de su muerte, ya no será más Siptah, sus títulos se olvidarán y con ellos su dignidad y sus méritos. En adelante sólo podrá hablarse de él con su nombre tenebroso: el Devorador del Doble Palacio de Ity-tawy.

Porque el cautivo, a ojos del Alto Tribunal de la Regente, no es más que un asesino.

Tal vez la reina-madre Constelación esté en lo cierto y, creyendo servir a la luz, serví al mundo de la oscuridad y el desorden. Pero no puedo negar lo que vi, no puedo negar lo que hice, y que cada acto, cada decisión, cada pensamiento, hasta el más simple, lo exhalara mi corazón desde su ideal de Armonía.

Así pues, ¿soy un asesino?

Me enseñaron desde joven a preservar la vida y, por ende, todo aquello que existe. La magia que hay en mí era poderosa, nadie como yo entonaba las Palabras de Poder: el Cofre del Conocimiento se abrió colmado ante mis ojos; ¡eran tan sabrosos, tan fértiles sus tesoros! ¿Y todo lo utilicé para obrar mal, para dar pábulo a las fuerzas de la negrura y el caos?

No, me resisto a creerlo.

Yo, Siptah, me acostaba en un manto de rosas, revivía en mi carne la pasión de Osiris, y en mis visiones el Ahogado me prometía todos los placeres del Bello Occidente, recorriendo caminos de agua, a la cabeza del séquito de Thot, convertido en fulgor eterno. ¿Podría, un hombre impuro, malvado, merecer tales honores?

Todo es mentira. Debe serlo.

Aunque mi carne se abra y mi nombre sea maldito por siempre, aunque se me impida reunir los pedazos de mi ser y no alcance el estado luminoso y de



gracia que espera a los justos, aunque me vea convertido en un aparecido, un espectro errante de la noche... no sucumbiré y todos podrán oír mi grito elevándose desgarrador desde el lugar de los muertos:

¡Siptah no es un asesino!

Y, sin embargo, hace sólo unos días, dicen que di muerte a ocho hombres. ¡Ocho! Parece un número escandaloso, casi obsceno. Sus cuerpos flotan en mis recuerdos como en el estanque de los Nlòplales, donde terminaron su viaje. Todos los ojos me miraban entonces y ninguno se atrevería a hacerlo ahora, tal es la magnitud de mis faltas.

Privado de un guía para el más allá, de mis amuletos, un sudario, siquiera una morada de adobe donde cobijar mi cuerpo mortal, de todas las cosas que un hombre necesita en su lucha por alcanzar a salvo la otra orilla, haré de la verdad mi cayado, que las palabras de Dios me sostengan para que el Ahogado y sus cuarenta y dos Asesores, llegado el momento, juzguen mis actos en pleno conocimiento de ella.

Erramos al pensar que las cosas son de una sola manera. Deliciosas fueron una vez, hace ya tanto tiempo, grises las más de las veces, negras también como el olvido; resplandecientes se tornan en medio de este último anochecer y en su reflejo veo lacerantes destellos del pasado, que nunca sucedió, y del futuro que, sin mi sacrificio, nunca sería.

El mal que habita en mí debe ser terrible, si soy capaz en esta hora de entrever tantas cosas que no sabría por dónde empezar a explicaros y que siempre habían permanecido ocultas.

Si el mal no habita en vosotros, no sabréis comprenderme.

Y Siptah será olvidado, después de todo.

3

Es hermoso recordar que una vez fuimos algo más que un criminal confeso apoyado contra un muro de simbio-piedra, en un rincón de una celda oscura, esperando la muerte.

Es reconfortante saber que, llegado ese momento, podemos recordar las cosas como queramos y ser mejores, de tez más blanca y brazos más fuertes o más dignos de honores —loados por unos y por otros, dioses y hombres. Pero para mí no es necesario el engaño, las bravatas y la falsa presunción. Porque yo, una vez, fui Siptah.



Sí. Me sentaba a la diestra de Tao, el Horus Viviente, y bebía de su copa. Yo era como un hermano para el primer Rey de la Tierra Mestiza. No había persona más reconocida en el Doble País, nadie que el Rey amase tanto ni fuese tan honradamente correspondido. Nadie como Siptah.

A mis estancias acudían nobles aquejados de un millón de males, cortesanos cuyos sueños querían que se les interpretasen, sacerdotes inferiores que atesoraban mis predicciones de los días fastos y los nefastos, princesas que escondían su insatisfacción tras dolencias imaginadas, collares de nueve vueltas y pulseras hechas de caparazones y de pequeños esqueletos marinos. Todos temían a Siptah, todos lo reverenciaban, porque Siptah no era ya un hombre mágico, un hijo de la luz, sino el mismísimo Gran Padre, Re, Amón, Osiris redivivos. Él era Heka, la magia viva que da forma a todas las cosas. Siptah era como un Dios.

Como un Dios.

Pero el sabio rey Tao murió en combate. Esos bárbaros sólo-humanos, los Puros, golpearon su cabeza hasta que nadie fue capaz de reconocerlo más que por sus ropas doradas. Su cadáver fue arrastrado por el campo de batalla y colgado de un muro para que se pudiese a la vista de la soldadesca enemiga. «Mestizo», gritaba una muchedumbre extraviada, «maldito puerco mestizo». Entonces, el mundo soltó un quejido y se quebró, y por sus grietas escapó la luz de la vida. La Armonía estaba incompleta. Ya nada volvería a ser como antes.

El hijo del Gran Tao, Sequenenre, combatió con determinación a los Puros y también a los sólo-Loo del sur, en los años siguientes. Siptah desfiló con él en no pocas ocasiones hasta que estuvo viejo y se le recluyó en el Doble Palacio como a una esposa o una concubina. Ya nadie venía a las estancias de Siptah a pedir limosnas de su conocimiento. ¡Ah, fueron días tristes para Siptah!

Todos pensaban que Siptah estaba ciego, que estaba sordo o medio tonto, que no entendía lo que estaba pasando. Las mujeres Loo, desde la sombra, estaban arrinconando la magia de nuestro mundo. Ellas querían que la ciencia gobernase a los hombres del mañana; pero, ¿acaso podemos vivir en paz si damos la espalda a la Armonía? Porque el equilibrio de nuestro pueblo reside en la Armonía y ésta se asienta en la magia de los sabios como Siptah, los que conocen las palabras, los que dan forma al universo.

Un año después, el joven rey Sequenenre murió en combate. Esos bárbaros sólo-humanos, los Puros, golpearon su cabeza hasta que nadie fue capaz de reconocerlo más que por sus ropas doradas. Para entonces la Armonía era sólo un recuerdo en el corazón de ancianos criados en otro tiempo. Gente como Siptah.

El hijo del joven Sequenenre, Rameses, aunque sólo era un adolescente, se ciñó su casco azul y marchó a la batalla. Siptah ni siquiera llegó a conocerle. Cada vez más decrepito, cada vez más molesto, se le trasladó de estancias dos, tres, ¡cinco! veces, y cada vez más lejos del ala de los Reyes y los Amigos, a él,



que había sido el primero de los Amigos durante tantos años. Al final, alguien decidió que el sitio más adecuado para Siptah era un cuartucho pequeño y maloliente, justo encima de las caballerizas.

Constreñido en tan diminuto espacio, rodeado del olor de los explosivos —ese nuevo y terrible invento—, del relincho de esos pobres equinos cubiertos de armaduras y artefactos electrónicos que esconden armas, bombas y submuniciones... así habrían de pasar los últimos años del último de los magos de la Tierra Mestiza.

Y Siptah bajó la cabeza y acató su destino. Paseando por los jardines, esperaba que el olor perfumado del loto o de los lirios de agua despertaran para él escenas recién desvanecidas. La risa del Gran Tao, el murmullo envidioso de los notables cuando los dos paseaban a solas en la Barca del Rey... ¡Ah, pero hasta eso le habían quitado! Ahora, el viejo estanque se hallaba dominado por un olor nauseabundo. Los Nlòplales se habían extendido como las malas hierbas, con esas flores como pequeñas ánforas del color de la llama; ese hedor como la quemadura, a carne chamuscada.

Siptah se alejó pensando que no hay más enemigo que el tiempo.

4

En el horizonte, los últimos rayos de sol desaparecían en destellos de gris y azul. Siptah se había echado ya en la cama. Tenía frío. Su cuartucho despedía aromas rancios a causa de las muchas humedades que cubrían las paredes. Se apoyó en el reposacabezas y llamó a su servidumbre para que le trajera ropa de abrigo, pero todos habían desaparecido. Alargó la mano para prender la mecha de su lámpara. Entonces Siptah tuvo miedo. Supo que estaba solo y que a la vez, de alguna forma, no lo estaba. Pero su mano no tembló. Porque Siptah amaba la luz y odiaba las tinieblas. Prendió la mecha.

Pero la claridad no se hizo y una forma envuelta en un pálido halo de transparencias se apareció al viejo mago. El espectro dijo llamarse el Amigo del Alba.

—Habla conmigo en nombre de la verdad —dijo Siptah, repitiendo las antiguas fórmulas tal y como él mismo las enseñaba.

—La verdad, ¿qué significado tendrá ese signo en tu voz, hijo mío? Verdad, ¡verdad!, ¿verdad? Me espanta como suena, la forma casi casual en que cada sonido se une para formar esta palabra: verdad —Su voz se elevó hasta convertirse en un grito—. ¡Pero yo no tengo tiempo para la verdad! Y tiempo es todo lo que necesito.

Siptah se echó hacia atrás. No esperaba un arrebató de ira. En realidad estaba todavía demasiado sorprendido para esperar nada en absoluto.



—Yo te conmino, espectro de ultratumba, en nombre de la piel de Sobek... —
entonó, tratando de ahuyentar al espectro siguiendo las antiguas fórmulas mágicas que había aprendido en la Casa de la Vida cuando era un muchacho.

—Cállate, mago. Ahórrame tu cháchara y tu jerigonza.

Había pronunciado mago casi en una sonrisa, como si fuese algo que invitase a reír, y Siptah supo que el Amigo del Alba no temía sus poderes, tal vez su propio poder fuera tan grande que Siptah, a su lado, no le pareciese más que un aprendiz, o tal vez no temiera nada porque no había venido a enfrentarle.

—No te atrevas a tocarme, espectro de la noche, porque yo soy el destrozahuesos, la fuerza de Anubis es mi fuerza, y en mi palma está escrito que...

De pronto, el Amigo del Alba empezó a temblar, el haz que formaba su ser se estiraba y contraía como una antorcha titilante, y toda la estancia retumbó en un poderoso aullido que emanaba de su fantasmagórica garganta. Siptah se echó de nuevo hacia atrás y cayó de la cama con estrépito. Cuando se incorporó el espectro había terminado su metamorfosis. Ahora tenía el aspecto de un Horus Viviente, nuestra Majestad, Vida, Salud y Fuerza. Vestía falda corta plisada, delantal y una vaporosa camisa del mejor lino; en sus manos el flagelo y el cetro Uas; y en su cabeza, la corona blanca y roja, símbolo de la unión entre los humanos y los Loo.

—¡Déjame! —gritó—. ¡Déjame, espectro!

—No, hijo mío, debo hablarte.

—¡No!

—No temas, por favor, confía en mí.

Poco a poco, se fue serenando. La noche había avanzado fulmínea en pocos instantes y en el cielo se adivinaban signos de un próximo amanecer. El poder de aquel ser debía, con toda certeza, alcanzar lo inalcanzable si era capaz de rendir a su antojo el paso de Re, el sol, por los infiernos.

—La oscuridad se cierne sobre nuestro mundo. Sólo tú puedes aplacar las fuerzas que se han desatado.

—Pero yo no soy nada a vuestro lado. ¿Qué podrá hacer Siptah donde el Amigo del Alba no alcanza?

—Cosas que sólo puede hacer alguien a esta orilla de la vida.

Así pues, se trataba de un difunto, de un Rey, de un mago, eso ya no era importante, alguien que había vivido y no había cumplido con las apetencias de su Ka, y ahora vagaba sin descanso, incapaz de renacer ni de alcanzar el Bello Oc-



cidente ni de extinguirse. Las fórmulas mágicas habían fallado y su transición no había podido completarse. Pero su corazón, a la par que exponía este razonamiento, le inundaba con nuevas dudas. ¿Por qué no podía aceptar lo que veía?

Como Siptah permanecía en silencio, el Amigo del Alba tomó de nuevo la palabra:

—La Tierra Mestiza está sin Rey, hijo mío, una vez más.

—Está el joven Rameses, señor.

—El niño Rameses está herido de muerte. En estos momentos traen su cuerpo exánime a palacio.

Siptah sintió que la rabia crecía dentro de él.

—¡Ah, si yo tuviera aún fuerzas para combatir a esos Puros sólo-humanos del demonio!

—Tu misión es aún superior. ¡Escucha! Tú mismo conoces ya las respuestas, pero no has mirado en tu interior, porque te cegaba la injusticia. El pueblo mestizo abandonó a Siptah, y Siptah abandonó su tarea como guardián de la vida.

El mago trató de digerir las palabras como si fuesen un papiro médico de los que él mismo confeccionaba. Intentó discernir si algún críptico designio se escondía en ellas o en el gesto de su interlocutor. Se revolvió, receloso.

—¿Qué es lo que ya sé y no recuerdo? ¿Por qué es tan importante?

—Dime, ¿cuál el principio de todo? ¿El primer conocimiento que no puede ser olvidado? Esto lo sabe hasta un escolar.

—Todo vive.

—¿También las paredes, la roca, las plantas, la tierra?

—Todo vive.

—¿Cuál es el primer deber de un hijo de la luz, de un mago?

—Preservar la vida.

—¿Cuál es su principal arma?

—El conocimiento.

—¿Por qué?



—*Da la libertad; sin libertad no hay vida.*

—*¿Y su error más grande?*

—*El olvido. Los hombres siempre olvidan, olvidan lo que es preciso recordar.*

Siptah se removía inquieto. Otra vez el olvido pero, ¿qué demonios había olvidado? El Amigo del Alba se frotaba las manos, ansioso. Detrás de él, Re comenzaba a levantarse. Los primeros rayos jugaban a luces y a sombras, correteando por el rostro del mago.

—*La Tierra Mestiza está sumida en el dolor. La Armonía ha desaparecido, el caos ha tomado su lugar. ¿Cómo es esto posible? ¿Qué es la única cosa que puede atacar la Armonía, el equilibrio del Doble País que hemos creado en esta tierra extraña?*

—*La negatividad, las fuerzas de las tinieblas, el...*

—*¿Y cuál es su instrumento?*

—*La novedad, la rebeldía, el cambio, la diferencia.*

—*Bien, muy bien —el espectro parecía satisfecho. Pero tenía miedo. La luz del sol comenzaba a diluir su esencia y Siptah tuvo que acercarse para oír su voz.*

—*Señor, desaparecéis.*

—*No temas, mi tiempo era escaso, como ya te dije, pero nos hallamos en el buen camino.*

Siptah asintió.

—*Decidme más.*

—*Así pues, una novedad, un acto de rebeldía, un cambio, una diferencia en nuestro universo ha llevado a la muerte al rey Tao, a Sequenenre y ahora a Rameses. Debe ser algo cercano, un acto de maldad, de magia negra y de sedición perpetrado aquí mismo, en el Doble Palacio, algo en apariencia inofensivo que ha hecho cambiar el equilibrio de las cosas en un lugar donde cualquier cambio es irreparable, porque de él participa todo el universo.*

Siptah estuvo a punto de decir lo primero que le vino a la cabeza, pero no, era una estupidez.

—*No digas nada ahora y trata de recordar lo que has pensado. Recuerda esta vez, Siptah.*



—Lo haré.

—Y una última cuestión. Detectado el mal, el caos, la diferencia que quebró la Armonía, el destino se habrá cerrado. Es como si las Háthores hubieran dictaminado el aciago destino de un bebé. ¿Qué podrá vencer una conjura semejante?

Siptah respondió sin dudar.

—La magia doblegará a la magia.

—¿Por qué?

—El mago tiene el poder de restablecer la realidad como fue en un comienzo, la primera vez.

El Amigo del Alba apenas era ya visible en el despertar de Re. Sonreía. Parecía inmensamente cansado.

—Debo irme, Siptah. El resto está en tus manos.

—No os vayáis, aún no me revelasteis dónde está ese cambio que ha quebrado la Armonía.

—Tú ya lo sabes. Dijiste que lo recordarías.

—Pero es una cosa insignificante, señor, una...

—Justamente por eso nadie reparó en ello.

—Pero, mi señor...

El espectro se había ido. Siptah retuvo cada pregunta, cada respuesta, cada idea en su corazón tanto como le fue posible. Luego pensó en el mal, en el cambio, en obrar la diferencia, abandonar la tradición, en el caos... El caos a partir de algo tan miserable como aquello. Pero el Amigo del Alba había dejado poco margen para la duda: una única cosa que había cambiado en el Doble Palacio desde y durante la muerte de los tres Reyes.

Se asomó presuroso al balcón. La luz del sol estallaba ahora magnífica cegándole los ojos. Deslumbrado, no pudo ver sino líneas borrosas de lo que su mirada estaba buscando. Aspiró hondo, y cuando el olor nauseabundo de los Nlòplales llegó hasta su nariz, su gesto se contrajo en una mueca.



Un babuino saludaba al sol naciente. Los chillidos del pequeño simio, que sin duda había escalado el muro sur de las caballerizas durante la noche, le acompañaron mientras regresaba al lecho. Los párpados le pesaban y, casi sin quererlo, descendió al mundo de los sueños. Allí Siptah se vio a sí mismo corriendo por un estrecho camino, huyendo de una prisión en cuyas cuatro esquinas había uno de aquellos feos mandriles. En su visión fue incapaz de recordar de qué lugar escapaba. Luego, durante días, fue incapaz de recordar lo que había soñado.

Siptah durmió hasta bien entrada la tarde. Al despertarse todos sabían ya de la agonía de su Majestad, el Dios Bueno Rameses, otra vez frenada su mano por las salvajes jaurías de sólo-humanos. Siptah llamó a sus criados y les ordenó que le trajeran natrón para purificar su boca y sus orejas. Luego se lavó con parsimonia, recordando todas las cosas que había aprendido del Amigo del Alba.

—Habéis pasado mala noche. Estabais débil y febril. Hablabais en sueños —decía su asistente—. Quizá deberíais guardar reposo.

Siptah se echó a reír. El universo se quebraba, y Siptah, ¿guardaría reposo? Ordenó que despidieran de inmediato a su asistente y pidió que le trajeran su baúl de instrumentos mágicos.

—Los Nlòplales... —se repetía una y otra vez.

Cogió de su arcón un faldellín y una camisa nueva y se ciñó en la frente la cinta del conocimiento. Vestía todo él de blanco inmaculado. Se calzó unas sandalias, blancas también y él mismo dibujó en su lengua el signo de Maat. Ahora todos podrían ver que decía Armonía por la boca.

Los poderosos, como siempre, despachaban en la Sala de Audiencias. Siptah, con paso y porte majestuosos, enfiló hacia los portones de la Sala ajeno a la expectación que despertaba entre la servidumbre.

La reina-madre Constelación se negó a recibirlo. Tenía otras cosas más importantes que hacer, asuntos de estado. Tal vez llorara la próxima muerte del mayor de sus hijos. Siptah tomó la negativa como una muestra de su ignorancia de los verdaderos males que asolaban a la Tierra Mestiza y con un poderoso sortilegio durmió a la Guardia y al Superintendente de la Sala de Audiencias, que custodiaban la entrada. Atravesando sin prisas el largo corredor, ajeno a los murmullos reprobatorios de los Amigos y los notables allí reunidos, se postró ante la Reina-madre, que le miraba desde el Trono sin disimular su ira, que se mezclaba con asombro y, acaso, con una brizna de curiosidad.

—¿Qué hacéis aquí, Siptah?

—He venido a advertiros mi Reina, de los males terribles que se ciernen sobre nosotros.



Constelación soltó una carcajada. Siptah entonces levantó los ojos del suelo, desafiante. Al momento sintió lástima de aquella pobre mujer. Parecía rendida y desesperada. Los médicos habían desahuciado a Rameses aquella misma mañana, los Loo habían iniciado una ofensiva desde el sur, los Puros habían vencido ya demasiadas batallas en el norte y en el este. Ahora, cogida entre dos frentes, hacía ver que ignoraba por completo las secretas alianzas de sus gobernadores y ministros. Finalmente, estaba en juego la continuidad dinástica. «Buscan un Rey fuerte», le habrían dicho sus espías, «una nueva línea de sangre». El viejo mago también había oído rumores de intrigas y sordas celadas. En verdad, eran demasiados Reyes muertos en pocos años. Muchos veían signos de una debilidad que no debería perpetuarse. Y Tutmose, debía pensar la Reina, su último hijo varón, contaba con sólo nueve años.

—¿Ah, sí, de verdad? ¿Se ciernen sobre nosotros nuevas desgracias, amigo mío?

—Sí, Majestad.

El tono de la mujer se volvió repentinamente grave.

—¿Va a morir de enfermedad mi hija Ahotep, la Reina-consorte, la esposa del aún rey Rameses? ¿O acaso peligran mis otros hijos, Nube y Tutmose, y no podrán desposarse esta tarde para que haya un nuevo Rey? ¿O es que no regresarán de su viaje nupcial? ¿Has visto eso?

—En realidad no, Majestad, venía a advertiros sobre los Nlòplales de flores amarillas.

—¿Los qué...?

—Nlòplales, Majestad.

—Detienes una reunión del Consejo del Doble País para hablarme de... ¿Nlòplales?

—Todo es lo mismo, Señora. La Armonía del universo peligra.

—¿Desde cuándo sabes eso, Siptah? ¿Desde que murió mi padrastro, el Gran Tao, o cuando lo hizo mi esposo Sequenenre, o cuando supiste esta mañana de las terribles heridas con que ha regresado del campo de la muerte mi hijo mayor? Dime, ¿cuándo comenzaste a sospecharlo?

—Hace años, Majestad, pero se me aparecieron esta noche los espíritus para explicarme la causa de tales desgracias y cómo atajarlas.

—¿Sí? ¿Qué causa?

—Los Nlòplales.



La reina Constelación soltó un bufido que atravesó toda la Sala. De reojo, Siptah advirtió que la Guardia despertaba y venía a prenderle. El mago, por primera vez, fue consciente del peligro. De lo que dijera y cómo lo dijera dependía continuar en el mundo de los vivos.

—Nos atacó —dijo el Jefe de la Guardia, inclinándose ante su Reina.

—Todo está bien —dijo Constelación—. Habla ahora Siptah. Di lo que has venido a decir. Y hazlo con gran elocuencia. Si eres inteligente, sabrás que debes entonar como lo haría la misma Isis.

—Yo digo Armonía por la boca —dijo el taumaturgo, sacando la lengua para que la Reina advirtiera el signo de Maat dibujado en ella.

—Levántate y habla, Siptah.

El mago se alzó. Todos le miraban. A esas alturas todos recordaban cómo los Nlòplales habían venido del norte, de más allá de las Tierras Baldías y del océano, el Gran Verde, a mediados del reinado del Gran Tao. Era la única planta o animal de todo el planeta que en el Antiguo Egipto del que provenían jamás se había conocido. Nunca más se volvió a encontrar ningún otro espécimen que no coincidiese con los que coexistieron con ellos un siglo y medio atrás, antes de que Akhenaton les trajese a la Tierra Mestiza. Sólo aquellos malditos Nlòplales de color amarillo. La entonces princesa Constelación se había enamorado de ellos y ahora, en el estanque, los lotos y nenúfares se arracimaban para dejar espacio a la plaga extranjera. ¡Y no sólo en Ity-tawy! Había oído rumores que aseguraban que se pretendía plantar Nlòplales en todos los estanques que los Loo habían dejado construidos por toda la Tierra Mestiza. ¡Mas no si él podía evitarlo!

Siptah carraspeó.

—Todos sabéis que, cada día, en los templos, con las ofrendas a los dioses, se otorga Armonía a los señores de la Armonía para que todo sea como siempre ha sido y nuestro amado Doble País se vea ausente de lo foráneo, de lo nuevo, de lo maligno, que podría destruir nuestro mundo con su lengua voraz.

Alguien tosió y Siptah le lanzó una mirada asesina.

—Pero la Armonía ha sido doblegada, aquí mismo, en el Doble Palacio, por la invasión de la barbarie, de una esencia extraña y demoníaca que, cada día, al entrar en contacto con todos nosotros, Amigos, notables y Reyes, ha ido debilitándonos en nuestra lucha contra el caos. Los espectros me han revelado que los Nlòplales han de ser destruidos y todo volverá ser lo que era.

Siptah notó al instante la incredulidad de sus oyentes, el desprecio de muchos. Ya no creían en la magia. La ciencia Loo había vencido y sus palabras



eran como un adarme de agua en el desierto. Siptah se volvió hacia la Reina-madre, que permanecía en silencio en el Trono de Horus.

—Majestad, debéis creerme.

La hija del Gran Tao, la esposa de Sequenenre, la madre de Rameses, las tres mujeres en una sola, le miraban con los ojos entreabiertos, sin fuerzas, encorvadas y diminutas en el estrado que debería sostener a un Rey.

—Así que los espíritus te dijeron todo eso.

—Me lo insinuaron. Sin libertad no hay conocimiento, y sin conocimiento no hay vida. Debía aprender por mí mismo, recordar la verdad que ya sabía.

Constelación se alzó y se llegó hasta el mago. Le cogió de la mano en un gesto que escandalizó a todos los presentes, incluido Siptah, pues nadie podía tocar a aquéllos cuya sangre detentaba el poder en el Doble País. Pero era la mano de un enfermo que toca a su sanador. Aquella mujer sufría enormemente por sus hijos, por la Tierra Mestiza, por un universo siempre a la deriva. Pero Siptah notó algo más, algo que le sorprendió, incapaz de abarcarlo. Casi retira la mano, anodado. En ese momento, no supo de qué se trataba.

—Tú dices que el cambio ha llevado a nuestro mundo al caos, y has buscado algo que ha cambiado desde el reinado de Tao y que ha llevado a nuestro mundo al desastre. Y has pensado en los Nlòplales del estanque. Has pensado que el mal ha tomado la forma de Nlòplal para destruirnos.

Se oyeron risas.

—Yo te diré qué es lo que ha cambiado y nos lleva al desastre y la extinción. Recuerdo un día en que todos éramos todos felices. Yo me sentaba allí, en la gran mesa, junto a mi joven hermano Sequenenre. Tú también estabas, y Tao y mi madre, la sabia Telaraña. ¿Lo recuerdas Siptah? Bebíamos vino y comíamos hasta reventar. La Tierra Mestiza rebosaba dádivas. La Armonía triunfaba sobre el caos.

Los nobles asentían. Algunos que estaban muy alejados y seguramente no la oían, hablando en un susurro a su lado, asentían también.

—Luego de las primeras guerras nos habíamos repartido este planeta y Puros, Loo y mestizos coexistíamos en una vecindad, sino ideal, bueno, no sé, al menos nos tolerábamos. —Constelación elevó entonces el tono de su voz y apretó un poco más la palma de su mano—. Entonces mi noble padre me habló de unas ofensas. Las gentes le llamaban cobarde. ¿Qué ha conquistado el Gran Tao, decían? Los sólo-Loo se ríen de él al sur y los Puros, al este, parecen no tener bastante con sus tierras y anhelan las marismas del norte. ¿Qué derecho tiene a que le llamemos el Gran Tao?



Siptah tragó saliva. Sabía ya a dónde conducían aquellas palabras. Sintió que había perdido el tiempo con aquella mascarada y, al igual que el Amigo del Alba, se lamentó, porque tiempo era lo único que, a aquellas alturas, no les sobraba.

—¿No ves en esos comentarios la mano del caos, Siptah? Yo sí.

Los notables asintieron de nuevo. Sus cabezas se movían arriba y abajo como impulsadas por un resorte.

—Y llegó la guerra. Muchos hombres han muerto. Muchos nuevos nacidos ni siquiera saben quién era el Gran Tao. Recuerdan a Sequenenre, o a Rameses, y pronto a ninguno de ellos. Espero que recuerden a quien haya de sucederles. ¿Cuántos más de mi sangre habré de perder en esta guerra absurda? ¿Llegaremos algún día a Hetuaret, la fortaleza de los Puros sólo-humanos? ¡Dímelo, tú que hablas con los espíritus!

—Sí eliminamos los Nlòplales del estanque, entonces...

—¡Oh, calla, Siptah! —Soltó su mano e hizo un gesto a la Guardia—. Sacadlo de mi vista.

Tan pronto como sus dedos perdieron el contacto con los de la Reina-madre, Siptah supo la verdad del misterio que guardaba en el corazón la maga Constelación; y su propio corazón, en ese mismo instante, se volvió duro como la simbio-piedra que habían inventado los Loo.

—No será necesario, Majestad. Ya marchó yo por mi propio pie. Lamento haberos importunado con los desvaríos de un pobre viejo.

—Siptah, un día fuiste el mejor amigo de mi padre. No vuelvas a perturbar la memoria que de esa amistad hay en mí —dijo la Reina-Madre.

—No volveré a molestaros, mi Señora.

El viejo mago se alejó en silencio. ¿Cómo podía llegar a ser tan estúpido? El Amigo del Alba había confiado demasiado en su sagacidad. Pero todo él estaba reseco, marchito, como un cargamento de mies olvidado demasiado tiempo en el silo. Era Constelación la que se había encaprichado de los Nlòplales extranjeros, la que los había hecho plantar y reproducirse por todo el estanque. Ella era su enemiga, ella era el caos. Su tacto frío y desabrido, el tacto que oculta el fuego y la quemadura, la había delatado. Y él había ido a pedir ayuda a la madre del caos. ¡Era un estúpido! Y ahora estaba solo.

—¿Decías, Siptah, viejo gruñón?



Levantó la vista. Era Nube. La joven princesa que, con apenas dieciséis años, se desposaría ese mismo día con su hermano Tutmose y se convertiría en Reina. Siptah se había encargado de su educación cuando era apenas un bebé recién salido del pecho de su nodriza. Por entonces, los Loo aún no se atrevían a desairar públicamente al último mago vivo sobre la faz de la tierra. Luego, Siptah había caído en el olvido. Pero ella le recordaba. ¡Ah, su pequeña niña!

—Decía que estoy solo, princesa.

—Oh sí, seguro, sobre todo después de la que has montado en la Sala de Audiencias.

—Yo sólo quería preveniros de...

—¿Los Nlòplales? —Nube reía.

—Veo que las noticias vuelan en el Doble Palacio.

—Tú, mejor que nadie deberías saberlo, viejo gruñón.

Sí. Siptah llevaba casi toda su vida tras aquellos muros. Pero un anciano olvida a menudo a discreción para no perder la facultad de sorprenderse.

—Dime, pues, explícame eso de los Nlòplales —le exhortó la muchacha, sacándole de sus ensoñaciones.

—Seguro que tenéis cosas mejores que hacer que burlaros de un pobre viejo.

—En absoluto, estoy muy interesada.

Siptah suspiró, esbozando una sonrisa.

—Todo lo que conocemos depende de la Armonía, del equilibrio universal, si...

—Si se quiebra, ¿todo cambiará?

—En efecto, princesa; el caos, el cielo en la tierra, los peces en la montaña, una mujer Loo vestida con la barba postiza ceremonial, comportándose como un Rey, ¿quién sabe?

—Una mujer con barba postiza, dices... ¿De verdad?

—Sí. Todo es posible.

—Aclárame una cosa, Siptah, ¿qué tienen que ver con todo eso los Nlòplales?



La alegría de reencontrarse con su antigua discípula iluminó aquella jornada de sinsabores con un soplo de aire fresco. El viejo mago habló más y rió tanto como no alcanzaba a recordar haber hecho en varios años. En una noche de tormenta, a veces, la luna Tonutir consigue que escape un haz de luz para enseñarnos el camino.

La muchacha tardó en quedar satisfecha de sus explicaciones. Los jóvenes quieren siempre saber más de lo que pueden entender. Al cabo, Siptah regresó a sus estancias donde sus sirvientes le esperaban azorados, sabedores de las nuevas que circulaban por el Doble Palacio y de la definitiva caída en desgracia de su señor. Siptah era el único mestizo que no tenía ni un solo robot doméstico, y era algo de lo que se enorgullecía. No soportaba la idea de una entidad biomecánica gobernada por una de esas hidras de pequeños tentáculos que los Loo llamaban Krank. Pero en un momento como aquel hubiese preferido que existiese un botón de desconexión en el torso de todos esos estúpidos y miedosos desleales. Pronto, sin embargo, los razonamientos de Siptah volvieron al punto donde los interrumpiera la princesa, pronto Reina, Nube: estaba solo.

Y en la soledad de sus estancias, Siptah se transfiguró en el universo, aposentado en la suma de los puntos cardinales. Él era el último de los magos y demostraría a las Loo y al Doble País entero la ciencia no era el único poder que debía ser temido y respetado. De su corazón extrajo la verdad y la energía de la luz, sus últimas fuerzas que, en adelante, le abandonarían. Con voz potente entonó Palabras de Poder que llamaron a la Guardiana de la Gran Casa, la serpiente de veinte Codos, con ojos de electro, que vela en la oscuridad. Él la llamo y ella vino a su encuentro.

—¿Quién eres tú? —dijo la Guardiana.

—Soy Siptah, el señor de la noche. He probado tu veneno y te he vuelto la cabeza del revés. Ya no puedes herirme.

—Me das miedo. Tu dedo obstruye el agujero de mi escondite. No puedo regresar. Dime, pues, que quieres —repuso el monstruo.

Y Siptah arrojó a la Guardiana al estanque donde se había originado todo el mal. Y ella, con una gran dentellada, empezó a devorar los Nlòplales de flores amarillas. El viejo mago pensó que todo había acabado, que Tutmose sería coronado y su reinado no tendría fin, que caería la fortaleza de Hetuaret y la Armonía regresaría a la Tierra Mestiza.

—No aflojes en tu empeño y cumple con tu cometido —le dijo a la serpiente.

Más tarde preparó la pócima de muerte. Un huevo de ibis, excremento de escriba, sangre de gusano, semillas de palmera y media cebolla; ingredientes que hirvió, coló, embrujó y vertió en una redoma para cuando la Guardiana hubiera hecho su parte.



Agotado, cerró un momento los ojos. Y, aunque se encontraba en su banqueta, tras una mesa, rodeado de papiros, sobras de su hechizo, sahumerios y de sus instrumentos mágicos, le ganó el sueño.

Como el día anterior, se vio a sí mismo corriendo por un estrecho camino, huyendo de una prisión en cuyas cuatro esquinas había un babuino, mirándole esquivo y chillando a un amanecer que ya nunca regresaría. Esta vez fue un poco más allá, y traspuso el umbral de la prisión. Antes de que pudiera darse cuenta, las llamas le habían engullido. En su visión fue incapaz de recordar a qué lugar había llegado. Luego, durante días, fue incapaz de recordar lo que había soñado.

El despertar a medianoche fue como verse precipitado de nuevo a la peor de sus pesadillas. Los gritos venían del oeste. Se asomó a su balcón. Sirvientes y nobles con antorchas corrían hacia el estanque. Oyó sus voces pero no pudo discernir lo que decían en medio de la confusión. Siptah bajó corriendo y se unió a ellos. Aún no habían llegado a los jardines cuando vieron al primer cadáver. Desnudo, cubierto de sangre, desmembrado. Nadie fue capaz de reconocerlo.

—Amón misericordioso —gimió el viejo mago.

Sin duda, los jardineros habían descubierto a la Guardiania y la habían atacado para salvaguardar el estanque y su maléfico contenido. Con el corazón roto de dolor Siptah contó dos, tres, ¡cinco cadáveres!, antes de alcanzar las turbulentas aguas donde Heb, el Maestro de los Jardines, y sus dos últimos ayudantes arponeaban a la Guardiania en medio de una selva de Nlòplales cercenados.

—¡Siptah! ¡Libérame! —la voz de la gran serpiente, como un eco de ultratumba, traspasó estanque y arboleda, delatándole. Todos le miraban.

El mago supo en ese instante que estaba condenado y un sólo pensamiento guió sus actos en adelante. Él se sacrificaría, pero los Nlòplales perecerían y la Armonía sería restablecida.

Cogió un poco de tierra fangosa y modeló una burda figura con temblorosas manos. Luego recitó el encantamiento. Y con su potente voz llamó a Rostro Oscuro, la serpiente maléfica de Seth, que emergió poderosa de las aguas, maldijo al que le hubiera despertado y embistió la barca de los jardineros, que cayeron al vacío y se hundieron entre las fauces de las dos bestias.

Las gentes chillaban a su alrededor. Algunos osados hicieron acto de presencia y, con las dagas en la mano, fueron hacia Siptah, que se arrojó a las aguas. Allí, frenético, rasgó, partió, hundió los Nlòplales que aún seguían en pie. Cuando hubo terminado, vio a las dos serpientes acercarse.

—Libérame. Quita tu dedo de mi escondite —dijo la Guardiania.



—Nos veremos al otro lado —dijo Rostro Oscuro.

Hizo un gesto de Poder, movió los labios recitando el primer hechizo de la lluvia. Habían desaparecido.

—Ojalá un hechizo pudiera hacerme desaparecer también a mí —dijo Siptah, lleno de dolor y de vergüenza por las muertes causadas.

Finalmente, Siptah extrajo la redoma que, horas antes, llenara hasta rebosar con su pócima de muerte, y la vació en el estanque. No volverían a crecer Nlòplales en aquel lugar. Había salvado el universo.

Entonces oyó los pasos marciales, el sonido inequívoco de la Guardia de la reina-madre Constelación y todo su séquito. Oyó también las voces que le traicionaban.

—Fue Siptah, Majestad, ha matado al Maestro de los Jardines y a siete de sus ayudantes.

—Le guiaba una fuerza demoníaca —decía otro—. Nadaba como una serpiente, agujoneaba como un escorpión. Con su cuerpo embistió la barca del Maestro de los Jardines y estranguló a sus ocupantes con sus propias manos.

Todos asentían. ¡Estúpidos! ¡Mentirosos! ¿No habían visto a la Guardiana de la Gran Casa y a Rostro Oscuro? ¿Acaso un hombre viejo como él podría con ocho hombres jóvenes? ¿O acaso mentían por alguna razón que no llegaba a comprender? No, no era eso. Ahora lo entendía: a los hombres simples les estaban vedadas casi todas las vías de conocimiento. Era como si caminasen ciegos por los caminos de la tierra. Vivían en el fuego y no podían vislumbrar ni el reflejo de algo que no alcanzaran a entender. Así pues, no habían visto ni a la Guardiana ni a Rostro oscuro, sólo a un viejo braceando torpemente sobre las aguas. ¡Necios! Siptah sintió lástima de ellos.

La Reina-madre se inclinó hacia el viejo mago, que recobraba fuerzas junto a los restos del naufragio, con dos cadáveres flotando turbadores a su lado, cubiertos de desgarrones. Vio los Nlòplales destruidos, los Nlòplales que ella tanto amaba y había tardado años enteros en propagar por aquellas aguas. Lo miró con odio, con una cólera inmensa que, pensó el viejo mago, ahora que se encontraba exhausto, sin energías para dar una bocanada, lo desgarraría a él. Pero Constelación se limitó a apuntar, fríamente:

—Enhorabuena, Siptah, supongo que, luego de estos actos, la Armonía en el Doble País se habrá restablecido.



La puerta se ha cerrado. Tras ella, el cautivo, el Devorador de Ity-tawy, un ser cuyas cuatro partes fueron un día Siptah, esperará la muerte. El Alto Tribunal de la Regente dio su veredicto. El crimen era execrable, las pruebas abrumadoras. No negaré nada. Siempre estuve preparado para asumir mis actos.

Y, sin embargo, he de insistir en que no soy un asesino ni un criminal. Los que murieron cayeron a manos del destino solamente; yo, como instrumento primero de ese destino tan aciago y mordaz, puedo dar fe de que es el peor amo que un mestizo pueda tener.

Hoy tuve, por tercera vez, un sueño. Recordé haber transitado antes por sus lúgubres senderos. Recordé asimismo qué prisión custodian los cuatro babuinos: el Lago de Fuego, el lugar del castigo para las almas impuras, el infierno donde me abrasaré cuando mi alma abandone mi cuerpo para no volverse los amantes a encontrar.

Pero el hambre acaso me quitará la cordura antes que la vida. La oscuridad, veneno para un ser de luz como mi esencia aún se concibe, hará el resto.

Alma, cuerpo, esencia luminosa y Ka, los cuatro eslabones unidos por última vez en esta celda viva y sintiente, sin ventanas ni aire que respirar, esperando que la locura o la muerte las amparen. ¿Cuál dama llegará la primera? ¿Sabré darle el recibimiento que merece?

Tal vez alguna haya hecho su callada aparición y esté sentada en la penumbra a mi lado, sin yo saberlo, pues aunque estoy cubierto de suciedad y de mugre costrosa, nada me importa; aunque mi dignidad y mis honores serán, como mi nombre, una humareda que se lleve el viento sólo me dan risa; aunque mi hijo, joven médico de la Casa de la Vida y estolista del templo de Ptah, y al que hasta ahora, preso de mi desgracia, no había dedicado un signo; aunque mi hijo, decía, deberá inclinar su cabeza y reconocer la deshonor y, probablemente, si la ira de la Reina-madre le alcanza, pierda su cargo y su oficio, la verdad es que su futuro me trae ya sin cuidado.

Ni pensamientos me quedan para la Armonía del universo; yo, que fui su celoso guardián, y que, en este momento, me preocupa tanto como un excremento de rata.

Sólo hay espacio en mi corazón para los dátiles.

Sí, no sé a qué vienen esas medias sonrisas.

Hablo de dátiles suaves, dátiles grandes, hermosos, en mis manos, en mi boca, en mi lengua. Su pulpa dulcísima se deshace entre mis dientes y el hueso, ¿cómo es posible? Apenas es un punto negro, una pepita, que dejamos pasar sin problema a la garganta. Nada se desperdicia en mi dátil, grande como una montaña, carnoso como unos labios de mujer...



Desde joven han sido mi debilidad. Los cogía yo mismo mientras tuve fuerzas y las palmeras no resultaron demasiado altas. Luego los hice comprar, traer, almacenar, servir... Nada echo en falta de mi vida anterior salvo los dátiles. Maldita sea. Si mi espíritu no estuviese ya condenado lo vendería por un puñado de ellos.

Al final, el hombre se revela en toda su miseria.

Pero, ¿qué es eso? ¿No es acaso un viejo conocido envuelto en un pálido halo de transparencias que regresa para salvarme? Amigo del Alba, ¿eres tú? ¿Por qué no avanzas y esperas, inmóvil, al otro lado de mi celda? ¿Te he fallado, quizás? ¿Me miras con desaprobación? ¡Oh, ingrato! ¡Puerco demonio embaucador!

Iré a tu encuentro aunque tenga que arrastrarme. No te escaparás. No huyas. ¡Devuélveme mi vida!

Dime, Amigo del Alba, ¿por qué lloras por mis ojos?

8

La reina-madre Constelación terminó la lectura en silencio y miró apenas levemente al Superintendente de los Calabozos, que aguardaba inclinado con los brazos extendidos.

—¿Nada más?

—Nada, mi Majestad, parece que Sip... el Devorador de Ity-tawy murió mientras completaba su confesión. Lo encontramos hecho un ovillo en un rincón, la mesa volcada, con sus heces y orines esparcidos por el suelo, desnudo, con golpes y magulladuras como si se hubiese arrojado contra las paredes. En su puño derecho tenía el RLV del que os he hecho entrega. Pensamos que tal vez sufrió un ataque de locura y...

La Reina-madre detuvo su lengua con un gesto nervioso de la mano, que se llevó luego a la cara para cubrirse sus párpados cansados.

—Ahorradme nuevos detalles escabrosos y dejadme a solas con mi hija. Vuestro trabajo ha sido, como siempre, de notable eficiencia. Seréis recompensado como os merecéis.

El Superintendente de los Calabozos se alejó gesticulando entre reverencias y cumplidos. Cuando los portones se cerraron, Nube surgió de la penumbra donde había permanecido inmóvil durante la charla.

—Pobre viejo gruñón.



—Era un estúpido. No merece que la futura Reina-consorte se preocupe del destino que él solo se buscó.

Nube enarcó una ceja en un gesto de censura que su madre no supo desen- trañar. En efecto, pronto sería Reina de Egipto y aún no había cumplido los diecisiete años. Pero Siptah tenía más de setenta y había sido su maestro.

—Supongo que nada dejó dicho de los Nlòplales.

—Nada que nos importe, hija.

—¿Siguen muriendo los que se implantan?

—Ya sabes que sí.

Constelación abrió un pequeño cofre en que guardaba ciertos documentos que, por su naturaleza, merecían especial atención y cuidado. Enrolló el RLV con la confesión del Devorador y lo puso con otros, pero al tiempo extrajo un pedazo de papiro y lo sostuvo un momento. Había mandado registrar las es- tancias del mago hasta reducirlas a polvo. Todo en vano, salvo por aquel pliego cuyo encabezamiento rezaba: «Nlòplales», e incluía apenas una lista de ingre- dientes y algunas frases enigmáticas. Mostró el documento a su hija, pero ésta, luego de echarle un vistazo, negó con la cabeza.

—Retruécanos, frases de taumaturgo: «Con empeño él lo conseguirá, nada puede luchar contra el tiempo y el anhelo. Pero sólo un Rey deshará lo que por un Rey se hizo. »

—¿Y eso, que significa? ¿Hablaba de Tutmose? ¿Mi hijo deshará...?

—No creo que signifique nada. Siptah conocía bien su arte, y sus peligros. Seguro que hizo un nudo que ni él mismo, ni nadie de este tiempo, podría des- hacer.

Se escuchó una maldición. La vieja Reina llevaba demasiado en tensión pa- ra seguir mostrándose en todo momento digna.

—Debí ordenar su muerte el día que se presentó en la Sala de Audiencias. Ahora, si no se obra un milagro, todo por lo que hemos luchado se perderá.

—Si nos valiésemos del crimen como hacen nuestros enemigos no conse- guiríamos crear una nueva Armonía. El crimen se volvería contra nosotras — objetó Nube.

—Que se vuelva, pues. Tú deberías gobernar la Tierra Mestiza y no Tutmo- se, tu esposo... mi hijo. Ahora es un niño, pero crecerá, se subirá a un carro de guerra y pensará que la Armonía puede regarse con sangre.



—Quizá deberíamos intentarlo, aún sin la magia de los Nlòplales.

—Sin la magia de los Nlòplales no se produciría el cambio. Los machos humanos creen todavía en la magia, y todo en lo que un ser vivo cree, es fuente de poder contra él. La magia, aunque la hayamos doblegado y casi apartado de este mundo, es y será el último vínculo de nuestros hombres con lo que son —Constelación se detuvo, mientras buscaba las palabras—: un pueblo supersticioso, terco, apegado a las tradiciones milenarias que trajeron de Egipto, pero en el fondo admirable, de una inventiva y una imaginación desbordantes. Nosotros hemos asumido la mayor parte de sus costumbres y construido para ellos un Doble País a semejanza del Egipto que recuerdan. En él se sienten seguros, y así, poco a poco, hemos introducido pequeños cambios que acabarán por transformar nuestro estado en algo mucho más parecido al mundo Loo que dejamos atrás.

—Con eso de los cambios te refieres a los robots domésticos, los RLV, las simbio-piedras, que el pueblo llano llama piedras sintientes... y poco más en un siglo y medio —le advirtió Nube.

—¿Te parece poco? Han aceptado como sus esposas a unos seres que les sacan una cabeza, que respiran indistintamente con pulmones y branquias, de color cobrizo y que se asemejan a algunos reptiles que nadan en el Gran Río que atraviesa este continente de sur a norte. Y, en realidad, nuestro origen no es precisamente muy distinto.

—Nuestros antepasados vinieron del mar, sí —dijo Nube, asintiendo mientras hablaba—. Vivíamos en comunidad con el Krank, un ser que nos ofrecía la protección de sus tentáculos venenosos frente a los depredadores marinos; entretanto, nosotros lo dejábamos vivir sobre nuestro caparazón, desplazándonos para el bien de ambos. En la evolución perdimos el caparazón, emergimos fuera del agua y el Krank se extinguió para la gran mayoría de nosotros, excepto para las sabias Lithistas. Sin embargo, en nuestro interior queda esa reminiscencia que busca la comunidad con otra especie. —Nube se detuvo, pensativa. Al cabo prosiguió—: Para nosotros ha sido más fácil. Nosotras somos Biwoses y ante todo buscamos la supervivencia y no el conflicto abierto. Ahora entiendo lo que quieres decir.

—Así es —dijo Constelación—. Para los humanos no ha sido tan sencillo dar el paso de fundar una nueva especie. Han renunciado a mucho a cambio de perpetuar esta forma de gobierno, de sus viejos dioses, de todo aquello que les da seguridad. Piensa que llegaron aquí con un solo Dios, ese tal Atón, pero muerto Akhenaton y luego de las guerras, han regresado a las creencias politeístas de siempre. Los egipcios tienen miedo a los cambios. Por eso debemos administrarlos sabiamente.

—Sigue siendo un camino arduo y demasiado calmo, madre.



Constelación rió, relajándose la tensión en su gesto.

—Eso es porque eres sólo una niña, Nube, y te falta la perspectiva que dan los años. Pero yo te prometo que a partir de esos cambios que tú juzgas insignificantes levantaremos una nueva civilización. Nosotras somos pacientes, una virtud que los hombres humanos desconocen. Además, necesitábamos tiempo para controlar las materias primas de este planeta. Dentro de muy poco, los avances serán vertiginosos, te lo puedo asegurar. Y el primero de ellos debería haber sido el poner en el trono del Doble País a una Loo. Pero sin la magia de los Nlòplales no será posible.

—Pero los Nlòplales, por sí solos, no justifican que esperemos otra generación —protestó Nube, que deseaba con toda su alma gobernar por fin a incapaces como su hermano Tutmose.

—Hija mía —La voz de Constelación no dejaba espacio para la duda—, los Nlòplales no son de este mundo y ése es precisamente su poder, pues en este mundo una mujer nunca se sentaría en el Trono de los Vivientes como legítimo Rey. No desdeñes a la magia que durante miles de años ha regido los destinos de nuestros hombres. Sin ella, una Loo nunca será rey. Los egipcios creen en su interior en la magia como nosotras buscamos la dualidad y el mutualismo de nuestra simbiosis primigenia. La fe convierte las cosas más necias en poderosas. No cometas el error de despreciarla.

Un ruido de pasos, pies que trotan, se resbalan, se detienen. Una discusión con la Guardia de la entrada. Los portones se abren imperceptiblemente, y por la breve exclusiva se cuela una pequeña figura que avanza presurosa con su mejor zancada. Es Tutmose, que corre con su nodriza pisándole los talones. El niño-Rey termina su recorrido arrodillándose ante ellas, juntando las manos en una súplica. Y Nube sonríe, pues sabe que Constelación es la única persona a la que Tutmose teme y respeta en verdad. A nadie más rendiría pleitesía.

—Madre, dejadme ir al Patio de Ejercicios. Mis amigos están allí, jugando a que matamos a todos los Puros y a la conquista de su fortaleza, esa infame Hetuaret. Pero ella —señaló con un dedo acusador a su nodriza—, ella dice que no puedo ir, que no me dejáis. Que no queréis que juegue a la guerra.

La mujer, inclinada tras el niño, levantó la cabeza.

—Majestad, se escapó. Echó a correr y...

La Reina-madre detuvo su lengua con el mismo gesto nervioso que antes acallara al Superintendente de los Calabozos.

—Ya basta. Ve con tus amigos Tutmose, si así lo deseas.

El cuello del Rey se volvió de inmediato hacia su niñera.



—¿Ves?

Pero Constelación no había terminado.

—Otra cosa, hijo. No vuelvas a inclinarte ante una mujer, ni ante un hombre, ni ante nadie de este mundo ni del otro. ¿Me oíste? Jamás. Tú eres el Soberano del universo, Horus redivivo, padre de la humanidad. —Su mirada furiosa y el tono de su voz dejaron a su hijo helado y confuso. Se había levantado, pero estuvo a punto de volver a arrodillarse, y permaneció al fin de pie, temblando.

—Ahora puedes irte.

Los portones volvieron a cerrarse. Nube se quedó observando a su madre, que cruzaba los brazos bajo su pecho, mirándola con expresión grave.

—Al fin y al cabo, lo último que deseamos es, hombre o mujer, humano o Loo, un Rey débil.

© José Navarro Costa

Javier Navarro Costa tiene 36 años y reside en Asturias. Acaba de sacar a la venta la novela gráfica *MI HEROÍNA*. En colaboración con el dibujante Toni Carbos actualmente suman 20 premios y/o reconocimientos en el mundo del cómic. Acaba de recibir la Beca Cajastur 2008 para acabar una novela gráfica sobre los españoles en los campos nazis de exterminio y confeccionar un libro de fotografías sobre el mismo tema, aunque centrado en los asturianos. El 1 de septiembre de 2009 (cuando se cumplan 70 años del inicio de la segunda guerra mundial) saldrá a la venta su segunda novela gráfica en Glenat sobre el conflicto que se extendió de 1939 a 1945



Poesías

ENTROPÍA Y OTROS POEMAS

J.J. Arnau

En Entropía, el poeta nos habla de la energía que nos envuelve y que puede llegar a crear un caos existencial. En su poesía Nubes, explica el renacer de una nueva vida como el espíritu de una raza inmaterial, y Recreando un Universo Causal nos ofrece una historia de amor que se repite en el cosmos de las emociones humanas.

ENTROPÍA

La entropía nos envuelve,
Frío manto que arropa
La entelequia reciclada
En que nos hemos convertido.
Desde nuestra inopinada posición,
Vislumbraremos la llegada
De la extensa ola,
La gran ondulación
Del espacio tiempo
Que acabará por llevarnos con ella;
Más allá de la materia,



© Pedro Belushi

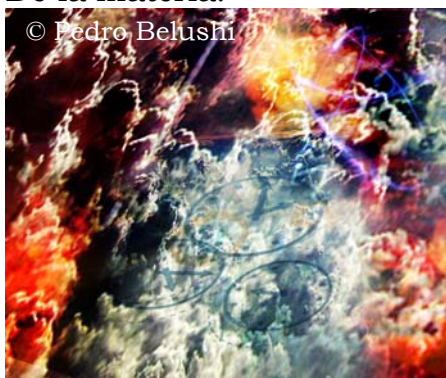
Más allá de la energía,
En un nuevo estadio
Que hará aflorar
Nuestro verdadero ser,
Nuestra auténtica esencia,
Como moradores del Abismo Galáctico
En el que seremos dioses,
Divinidades de caos y entropía,
Una vorágine entre las estrellas,



Que darán lugar
A su propia existencia,
Justo antes de que el caos
De una súbita ola de entropía
Nos envuelva,
Frío manto que arropa
La fantasía de nuestras entidades.

NUBES

Expira una nube de romanticismo,
Un estrato de amor y benevolencia
Que cubría todo nuestro mundo;
Ahora clarea por los montes
De nuestra desdicha
Y la estrella que nos alumbra
Deja entrever nuestras miserias,
La penuria de nuestras almas,
Espíritus de una raza
Ya olvidada por los Creadores
De la materia.



Un destello de energía,
Una vigorosa explosión
Recrea en nuestras memorias
El eterno gozo,
La inmensa dicha
De seres más allá
De nuestra comprensión,
Criaturas destinadas
A sucedernos
En el eterno girar
De la rueda de la vida,
Cósmico anillo vital
Que reemplazará,
En un devenir no muy lejano



Nuestras extintas energías
Por nuevas razas que surgirán
De nuestras cenizas...

RECREANDO UN UNIVERSO CAUSAL

Formas, figuras,
Experimentos recreados
En el fondo de tus ojos.
Un simulacro de existencia,
Fragmentos de vida reconstituidos
En las redomas de mi exolaboratorio.
Una nave espacial protege lo que queda
De nuestra tierna historia de amor
Un romance extinguido
A través de los siglos.

Recreo, intento recrear
La forma en que tu cabello
Tejía finas volutas
Entre mis dedos;
Se me escapa la comprensión,
Y añado unas gotas de singularidad
A mis matraces virtuales.



Una mano recoge estrellas
Del cosmos infinito
Para conformar el brillo
De tus mejillas al sonreírme,
El rocío estelar
Recreará el brillo de tus labios,
Y la música de las esferas celestes
Será tu risa al despertar
A esta nueva vida.
Mientras mi cuerpo robótico
Preprograma una secuencia



Que produzca enlaces de alta energía
Mi mente visualiza tus coordenadas,
Y preparo un espacio
En el fondo de mi corazón
Para contener tus esencias.

Y nuestro amor perdurará de nuevo
A través de los siglos,
En secuencia nunca firmemente aleatorias,
Pero perfectamente definidas
En un Universo Causal.

© J. Javier Arnau

J. JAVIER ARNAU ya ha aparecido en otros números de Alfa Eridiani, por lo que se puede consultar sus datos en ellos, y en su blog *Por si Acaso: Previniendo Desastres* ([Http://jjarnau1.blogspot.com/](http://jjarnau1.blogspot.com/)), donde encontraréis (micro) relatos, poesías, artículos, y enlaces a sus publicaciones.

Ha publicado en NGC3660 (poesías, relatos y reseñas de libros –incluido el CD que se regaló en la Hispacón/Indalcón 2008), Cuentos para la Espera C30 (relatos; los treinta mejores), El Parnaso y Tierras de Acero (reseñas de libros), Sedice.com (artículos, reseñas, poesías y relatos), Qliphoth (poesías), ezine Efímero (relatos), Ediciones Efímeras (Poemario: PAISAJES DE CIENCIA FICCIÓN), Axxon (relatos), Necronomicón (relatos), Miasma (poesías), Tierras de Acero Magazine (poesías), Químicante Impuro (relatos), Club Bizarro (reseñas de libros), miNatura (relatos), PulsarFanzine (relatos/novela), fanzine Título (relatos), Asociación Cultural Myrtos (poesías), Escritores en la Sombra (relatos), La Biblioteca Fosca (relatos y poesías), Centro Poético (poesías, relatos), etc. Todo ello relacionado en su otro blog, con enlaces a los sitios desde donde puede descargarse su obra: Currículum Literario <http://javier-obrasjavierarnau.blogspot.com/>



Artículos

ÉL ES LA LEY

por M.C.Carper

Así como hay crisis económicas, también existen aquellas que afectan y transforman al mundo del cómic, tal como sucedió en Gran Bretaña a mediados de la década de los setenta del siglo XX. En una nación asfixiada por el crimen, el desempleo y la violencia, un grupo de artistas, editores y guionistas dio vida en el cómic a un mundo similar al real pero que, a diferencia de éste, encontró la solución a sus problemas en el Juez Dredd, para quien la ley lo es todo porque él es la encarnación de la ley.

En 1976 el comic estaba en procesos evolutivos hacia nuevas narrativas y diferentes estilos gráficos, en (EE.UU.) la liga de la justicia con todos los superhéroes y supervillanos organizados en diferentes bandos tenía vaivenes de ventas.



En Francia, un grupo de dibujantes liderados por **Druillet**, **Dionet** y **Moebius** se mostraban insatisfechos con sus editores por los derechos de autor y la libertad de expresión; un año después, eso daría nacimiento a *Les Humanoids*, con una inédita manera de mezclar sexo, CF y crítica social.



En Japón, **Ozamu Tezuka** cedía terreno a nuevos creadores como **Leiji Matsumoto** y el proyecto de llevar a *Capitán Harlock* a su versión Anime.

En Argentina **H. G. Oesterheld** daba vida a una segunda parte del *Eternauta* y la revista *Skorpio* tenía apenas dos años de existencia presentando sus historietas de aventuras. España por su parte mostraba clásicos de aventuras y se animaba en *Blue Jeans* y *Tótem* a mostrar una inteligente cantidad de historietas de la crisis política que atravesaba.

¿Y Gran Bretaña?

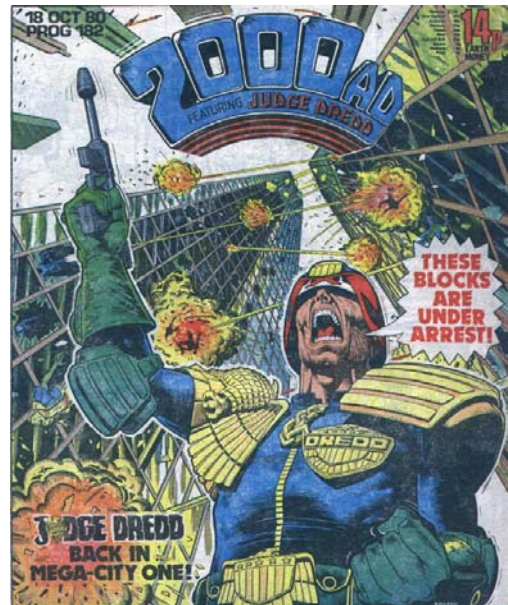
Inglaterra pasaba uno de sus peores momentos, con desempleo, violencia callejera y olas de crimen. Las editoriales disputaban entre ellas cuál mostraba mayor violencia en las páginas de sus comics. Luego de fracasar en sus primeros intentos, durante ese año, **Pat Mills** guionista y editor da vida el 26 de febrero de 1977 a *2000 A.D* para mostrar violencia en viñetas pero dentro de



ambientes de ciencia ficción. Junto a **Jhon Wagner**, guionista y colega, esbozan muchas historias y personajes para la revista. Pronto se une a ellos una nueva generación de guionistas y dibujantes influenciados por el punk y la actitud antisocial en contra del sistema, **Alan Moore** y **Alan Grant** como guionistas y entre los artistas a **Dave Gibbons**, **Mike McMahon**, **Ian Gibson**, **Carlos Ezquerra** y **Kevin O'Neill**.

Muchos buenos personajes salieron de sus mentes, como los caza recompensas llamados *Perros del Estroncio* o *Rogue Trooper*, el *Guerrero Azul* que podía respirar NAPALM y llevaba las memorias de sus compañeros de pelotón en diferentes piezas del equipo. *Harry 20*, una especie de Alcatraz Orbital, *Los ABC warriors* (Los guerreros de la guerra atómica, bacteriológica y química) o el *Cazador de robots*, pero quien se convertiría en estrella de la revista fue de lejos, *Juez Dredd*.

La idea era tener un personaje que representase a la ley y solucionara el crimen sin largos procedimientos. Alguien que fuese al mismo tiempo, juez, jurado y ejecutor. El dibujante **Carlos Ezquerra** se encarga de diseñar el personaje y los escenarios. De sus lápices nace el motociclón de *Dredd* y la pistola (Lawgiver) «la justiciera». También las primeras panorámicas de la ciudad que bautizan Megacity Uno (todo parecido con Deltacity de robocop es una mera coincidencia).



El primer guión aparece el 5 de marzo de 1977, *Juez Dredd* no dejaría de editarse desde entonces. La riqueza de los relatos de *Dredd* proviene más del entorno futurístico que del argumento mismo. Cuenta que en 2070, el último presidente norteamericano inicia la guerra nuclear convirtiendo casi todo el planeta en escombros. Los sobrevivientes se agrupan en las costas de EE.UU. y originan las megacitys. En ellas, los rascacielos superan por cientos de pisos a los edificios actuales, la estatua de la libertad está rodeada de autopistas, el Empire State es una construcción insignificante y desalojada. Los bloques llevan nombres de artistas del siglo 20, uno de los más salvajes es el Ozzy Osbourne. Los habitantes de Megacity (alrededor de 800 millones) son una variedad de mutantes, patoteros, rockers, cyborgs y locos. En ocasiones las poblaciones de un bloque entran en guerra con un bloque vecino en fuertes choques armados; cabe recordar que a medida que descendemos los niveles, los barrios son más marginales hasta los subterráneos cloacales donde habitan las peores alimañas.

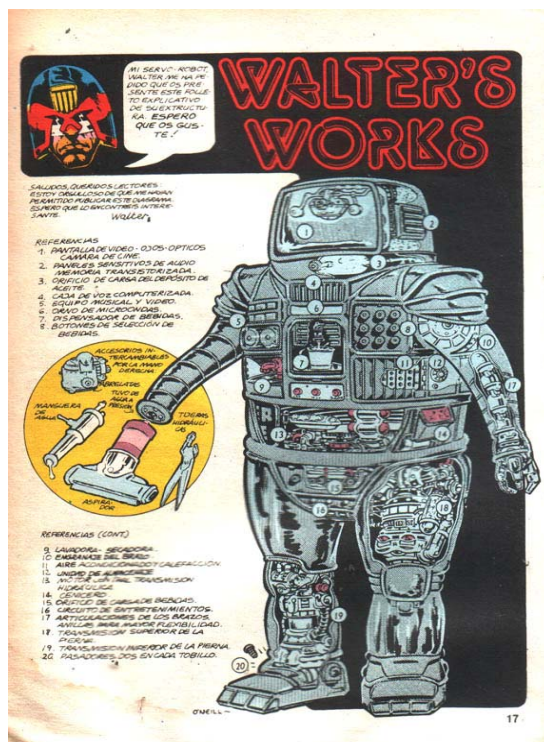


Juez Dredd recorre las calles efectuando detenciones o ejecuciones, según el crimen al grito de: «Yo soy la ley» es un grandullón del que sólo podemos ver la expresión hosca de la boca y el poderoso mentón, pues jamás nadie dibujó su rostro sin el casco. Es el producto de manipulaciones genéticas y un entrenamiento de 15 años. La ley lo es todo para él. Se atiene a ella sin atenuantes y puede ser justo y honesto de acuerdo con este código. A veces de maneras muy extremas como en el capítulo en el que un chico de catorce años salta el muro de una vivienda para mirar el jardín, algo que no molesta a la dueña de la casa, pero según la ley merece seis meses en el reformatorio. El personaje resuelve cada aventura en las doce páginas de cada número, con un tono irónico de la sociedad actual y comicidad con atisbos sarcásticos a las estrellas del rock; hasta el grupo **Ántrax** le dedicó una canción.

Carlos Ezquerra comenzó dibujando las primeras apariciones de Juez Dredd. En esos días no había alcanzado la soltura y la calidad que demostraría después en *Perros de Estroncio*. Durante el primer año se unió a la revista uno de los artistas más perfeccionistas del cómic mundial, un genio que luego sería famoso por hacer el primer comic book de DC, *Camelot 3000* y una versión inolvidable del Joker con guión de **Alan Moore**, *la Broma Asesina*. Hoy sólo se dedica a realizar portadas de Wonder Woman y Tank Girl. **Bolland** otorgaría al Juez una calidad impresionante precipitando el éxito que aumenta día tras día. Muchos otros artistas de distintos talentos continuaron dando vida a Dredd, siguiendo fieles los bocetos de **Ezquerra** y el trazo preciso de **Bolland**. Hubo una versión americanizada dibujada por el exótico y fabuloso **Simon Bisley**.

Con el correr de las historias se sumaron compañeros y villanos en las viñetas, mencionarlos a todos es una tarea maratónica pero no pueden dejar de referirse los más destacados. Entre los amigos está la jueza de la unidad PSI, Anderson, que después tuvo revista propia. Max Normal, el informante del Juez y el robot doméstico Walter de Dredd que más de una vez lo auxilia en los casos.

Pasaron muchos jueces líderes a través de las ediciones, en las primeras historias era el juez Goodman, que es asesinado por el Juez Cal, y luego el Juez Griffin, que soportaría las obsesiones del Juez hoy ocupa ese puesto, otra compañera de patrulla de Dredd, la jueza Hershey.





Entre los villanos tenemos al Juez Rico, el clon de Dredd que es condenado a veinte años en la prisión de Titán después de que nuestro héroe lo arresta, lamentablemente Rico volvió para vengarse y sólo encontró su propia muerte

El Juez Muerte, la criatura sobrenatural que posee a desprevenidos ciudadanos de Megacity para disponer de un cuerpo, y sus secuaces caníbales, los Jueces Miedo, Fuego y Mortis. Aquí es asistido por la Juez Anderson que lo ayuda a exorcizar a estos Jueces Oscuros. Otros villanos son:

Orlok, el asesino en las Guerras de los Bloques.

Sabbath, el Necromago que resucita a todos los muertos de Megacity poblándola de zombies.

El Hombre Lobo Blanco de los subterráneos, traficantes de órganos artificiales o robots con fallas de fábrica. Un malo recurrente suele ser Máquina Loca Ángel, el único sobreviviente de la familia Ángel.

Vale contar la historia, pues muchos guiones se continuaban durante cinco o más números convirtiéndose en sagas. La primera fue la de la *Tierra Condenada*, el desierto ruinoso que separa Megacity Uno de Megacity Dos, construida en Las Vegas, en la costa opuesta de Estados Unidos. Otra saga es la del *Juez Cal* (apócope de Calígula) que nombra juez secretario a su pez telescopio y sentencia a muerte a todos los habitantes por no adorarlo.

La saga que introduce a la pandilla de los Ángel es *La Búsqueda del Juez Niño*. Dredd debe recuperar a un niño que lleva en sus genes todas las nociones de la ley y que unos secuestradores planean vender. La persecución transcurre por la Tierra Condenada y una variedad de planetas hasta llegar a un alejado rincón de la galaxia. La pandilla estaba compuesta por Pa' Ángel, Link, Júnior y Madmachine. Este último era el único que no se divertía matando o descuartizando colonos desprevenidos. Preocupado por esta *oveja blanca* en su familia, Pa'Ángel le amputó el brazo y le operó el cerebro colocándole un dial en la frente para graduar su violencia. Juez Dredd los mata a todos para descubrir que la profecía del Niño Juez es una farsa y abandona al niño malvado con otros traficantes.

En 1994 se rodó una película protagonizada por **Silvestre Stallone** y esa fue la primera falla. En la segunda escena Juez Dredd se quita el casco y nos muestra la cara de Rocky Balboa; además los escenarios parecen de utilería, la moto lawmaker se ve muy artificial y en su conjunto está muy alejado del concepto oscuro de Megacity de los comics. Fergie, el gigante rodeado de moscas, bruto y letal se muestra en la persona del pequeño actor **Rob Schneider** (*Gigoló por accidente*), además **Diane Lane**, **Armand Assante** y **Max Von Sydow** (actor de interesantes apariciones en *Dune*, *Conan*, *Flash Gordon*, *El Exorcista* o *Minority Report*) están desperdiciados y todo es una especie de secuela de *De-*



molition Man. Con 31 años de existencia, Juez Dredd continúa afirmando que él es la ley.

© M.C. Carper

M.C. son las iniciales de MARIO CÉSAR CARPER. Argentino. Estudió cómics y diseño de interiores en el Instituto Raggio. Ha ilustrado portadas y cuentos en muchos e-zines de CF, por uno de estos trabajos ha ganado recientemente el II Premio Internacional de Editoriales Electrónicas. También trabaja como dibujante de cómics en una editora española y realiza ilustraciones para USA. Como escritor está publicando cuentos de su personaje Sálvat en Aurora Bitzine y la serie de Enfrentamientos de los Dioses en Portal Ci-Fi.



CAMILLE FLAMMARION: EL ASTRÓNOMO SOÑADOR

por Omar E. Vega

Camille Flammarion fue un personaje francés que hizo del cosmos su mundo y de la ciencia y las letras el camino para abrirnos las puertas de un universo donde la ficción y la verdad se conjugan, donde el sueño y la realidad cohabitan y, por último, donde deja testimonio de los logros que puede alcanzar el ser humano: *De esta manera puede el hombre hacerse digno de sus altos destinos; penetrando el sentido de la naturaleza, descubriendo sus secretos, dominando por medio del raciocinio, los materiales que se han recogido por medio de la observación.*

La memoria colectiva no ha sido benigna con **Camille Flammarion** (1842-1925). Al contrario de muchos de sus contemporáneos, su nombre ha sido olvidado por las masas, mas su importancia en la especulación científica, y en la literatura de ciencia ficción, se ve claramente al estudiar el origen de las ideas de autores que hoy son más famosos que el maestro.

Camille Flammarion nació en Francia y estudió teología y latín, pues pensaba seguir la vida religiosa. Mientras cursaba sus estudios, asistió a varias conferencias de astronomía que despertaron su interés por el universo y le hicieron dedicarse al estudio de los astros. **Flammarion** fue un afamado científico, entre cuyas contribuciones se cuenta la fundación de la **Sociedad Astronómica de Francia**.





parnos de las ideas de este visionario:

Sin embargo, en su tiempo fue mucho más conocido como un divulgador y especulador científico. Fue el **Carl Sagan** del siglo XIX, que despertó el interés de la gente por temas trascendentes, que mezclaban ciencia real con preguntas sobre el futuro, la vida en otros mundos y la existencia más allá de la muerte. **Flammarion** escribió más de 50 libros, entre científicos, ensayos de divulgación y novelas. Demos un vistazo a tres de ellos para empa-

En 1862, **Flammarion** publica *La pluralidad de mundos habitados*, un ensayo científico en el cual analiza los tipos de vida que cada planeta del sistema solar podría sostener, de acuerdo a sus características físicas. Se trata del primer libro de exobiología seria que se publicó y cuya influencia se puede detectar en sus coetáneos.

Lumen (1867) es un libro de diferente. Escrito a modo de diálogo al estilo de **Platón**, se trata del encuentro de un espíritu que revela los secretos del universo al protagonista. En la novela se describen tanto fenómenos físicos conocidos como especulaciones científicas y espiritistas, incluyendo ecosistemas alienígenas, viajes en el tiempo y reencarnaciones. Quizás lo más espectacular de la novela es su predicción de la relatividad del tiempo, con la cual se adelantó medio siglo a **Albert Einstein**. Se sabe que éste último comenzó en su adolescencia a meditar sobre la relatividad, pensando en la forma que se vería el mundo si uno viajaba montado en un rayo de luz, y se sospecha que esa visión provino directamente de *Lumen*.

El fin del mundo (1893) es otro libro sorprendente de **Camille Flammarion**, donde se dedica a describir, metódicamente, todos los desastres posibles que acabarán con la Tierra, siendo el principal de la trama el impacto de un cometa. En la novela nos vemos transportados al futuro, donde los humanos se comunican habitualmente con los marcianos por medio de señales luminosas y telescopios; las aeronaves voladoras (dirigibles) son de uso común y monos entrenados hacen las tareas rutinarias de la vida diaria.

Todas estas ideas tuvieron una influencia notable en la imaginación de la gente de fines del siglo XIX y principios del XX. Dondequiera se mire, se encuentran autores de ciencia ficción y especuladores serios que tomaron ideas de **Flammarion** para sus propias obras. Es el caso de la obra del famoso escritor de ciencia ficción **Olaf Stapledon**, quien al parecer le copió sus ideas básicas.



La astronomía es una ciencia que despierta la imaginación humana, como lo demuestran las obras populares de astrónomos como **Kepler**, **Flammarion** y recientemente de **Carl Sagan**. No puede ser de otra manera cuando el hombre se interna en busca de respuestas en una ciencia que trata del universo en su totalidad.

© Omar Vega

OMAR VEGA nació en Santiago de Chile en 1958, casado y padre de 3 hijos. Es ingeniero en computación y master en ciencias de la computación (Canadá). Trabaja en informática. Durante los ochenta migró a Canadá, donde hizo investigación sobre Inteligencia Artificial y Visión Computacional, temas que le han servido para enriquecer sus ideas. En la actualidad, vive en Chile abocado al enriquecimiento y publicación de su obra que versa sobre temas de CF y Futurología. Escribe en español y en inglés.

Portafolio

M.C. CARPER



Berta y los chacales



Claudia



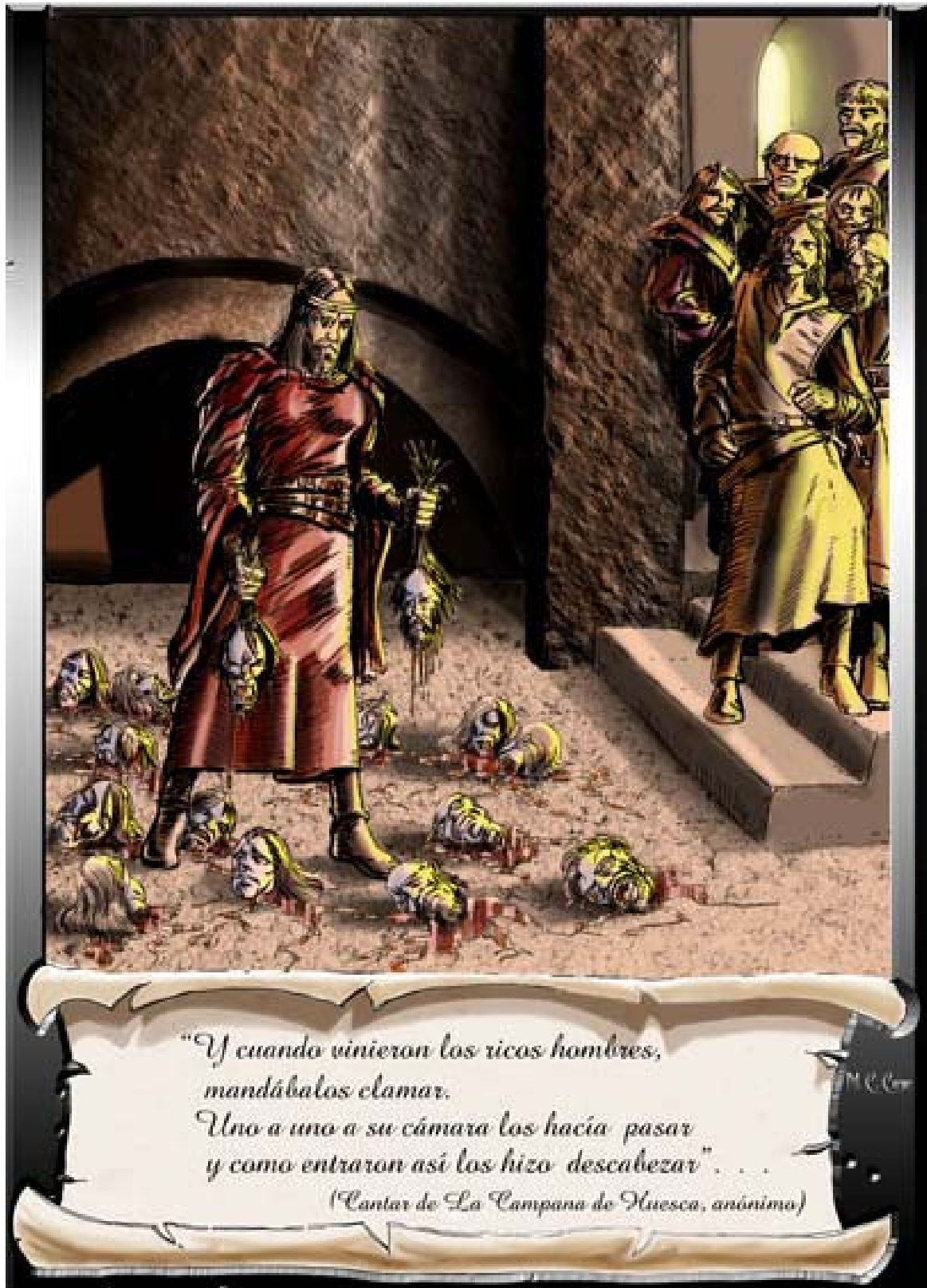
Electra



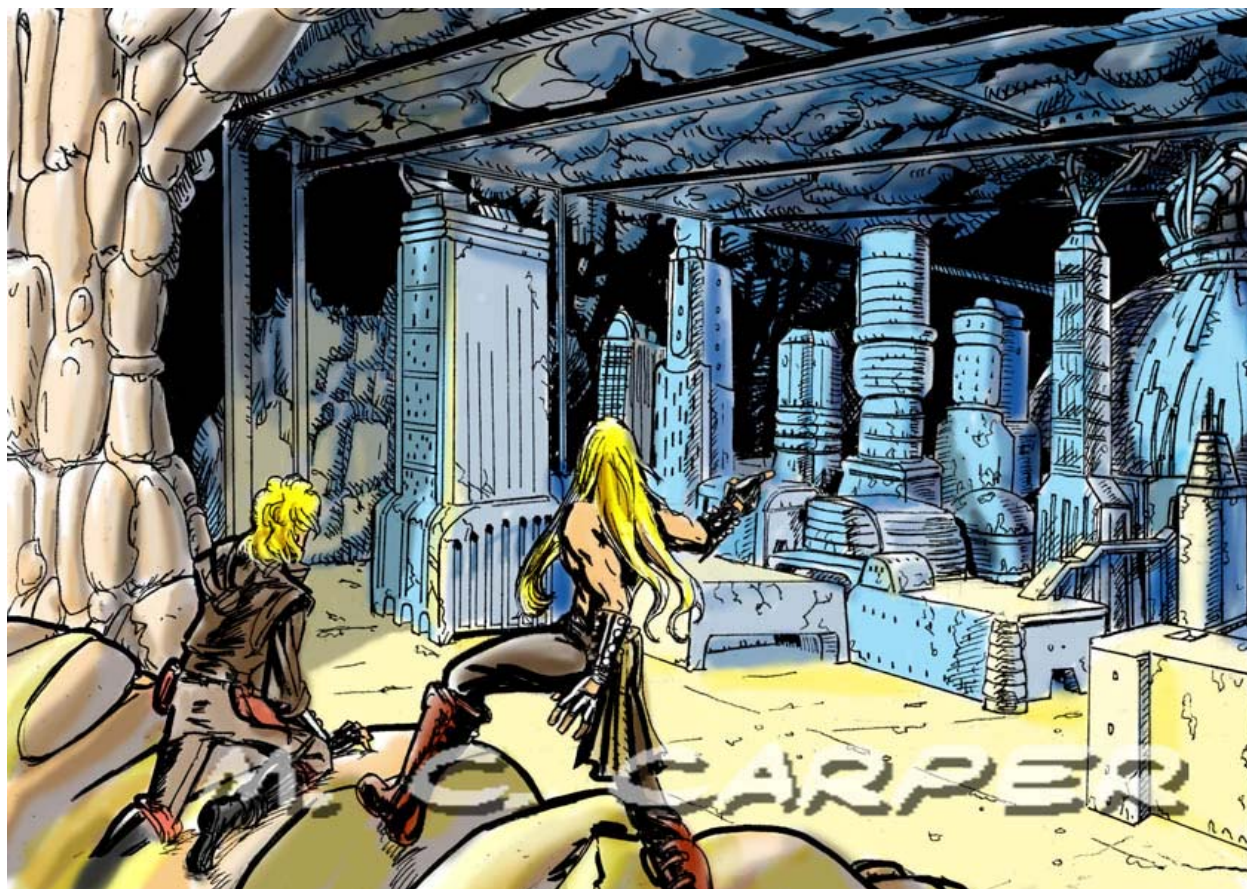
El Gran Cthulhu



Kraken



La campana



La ciudad vacía

Como ya sabemos M.C. son las iniciales de Mario César Carper. Argentino. Estudió cómics y diseño de interiores en el Instituto Raggio. Ha ilustrado portadas en muchos e-zines de CF. También trabaja como dibujante de cómics en una editora española y realiza ilustraciones para USA. Como escritor está publicando cuentos de su personaje Sálvat en Aurora Bitzine y la serie de Enfrentamientos de los Dioses en Portal Ci-Fi.



Cómics

SIN MIRAR ATRAS
GUIÓN: DANIEL SANTOS (ESPAÑA)
DIBUJOS: SCRIPTO (ARGENTINA)
CAPITULO 4

Fue el mayor héroe de la tierra. Embarcado en un viaje experimental a otra galaxia a través de un portal, Jhon acabo perdido en el espacio. Ahora ha regresado a la Tierra, pero en esta ya han pasado millones de años y esta habitada por una especie insectoide. Por si fuera poco, una flota de combate se acerca y nadie puede hacer nada para evitarlo

Informe de situación.

La flota no identificada continúa. No puedo asegurarlo pero las naves parecen fuertemente armadas. Se espera su llegada en dos horas.

¡¡Xoysof!!

Ahora no John. Estoy muy ocupado.

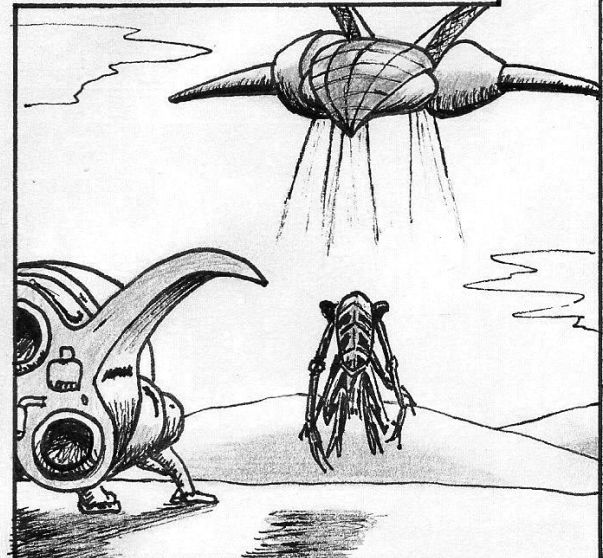
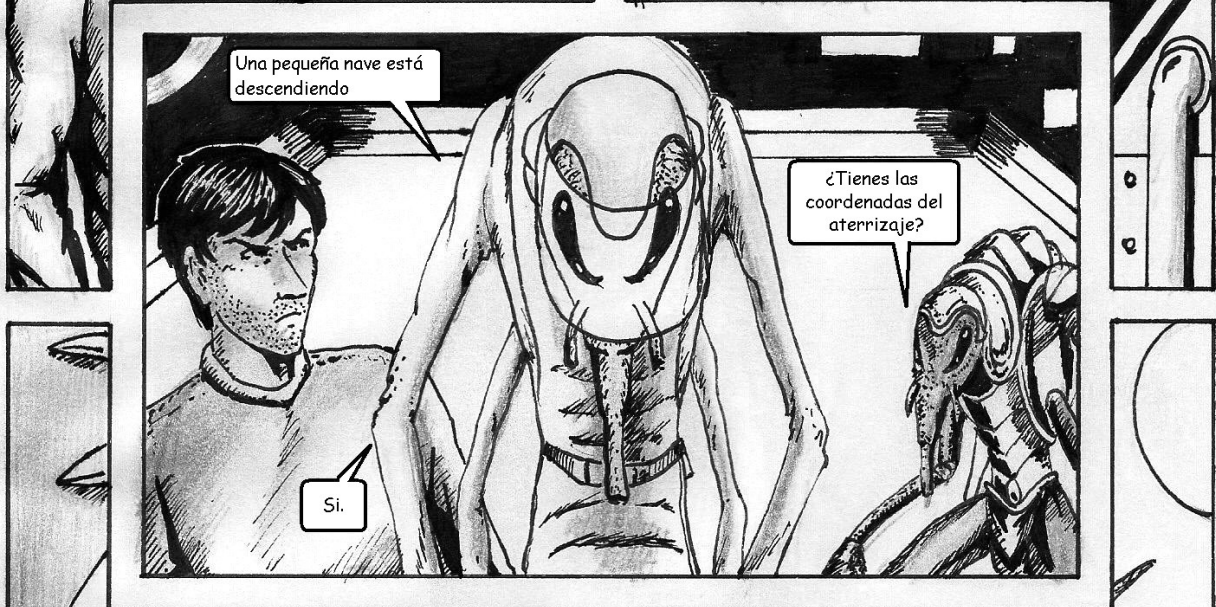
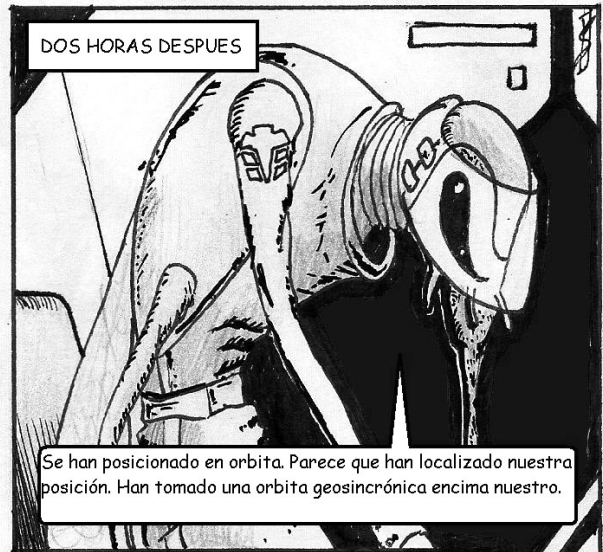
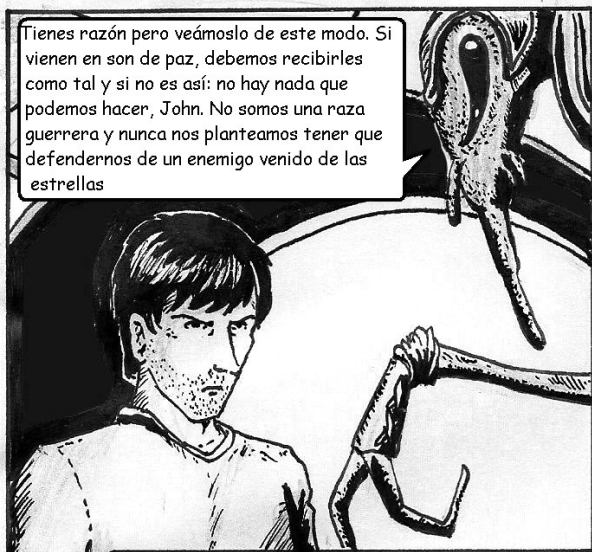
A eso vengo. Estuve hablando con Zofer para organizar una defensa y no me escucha.

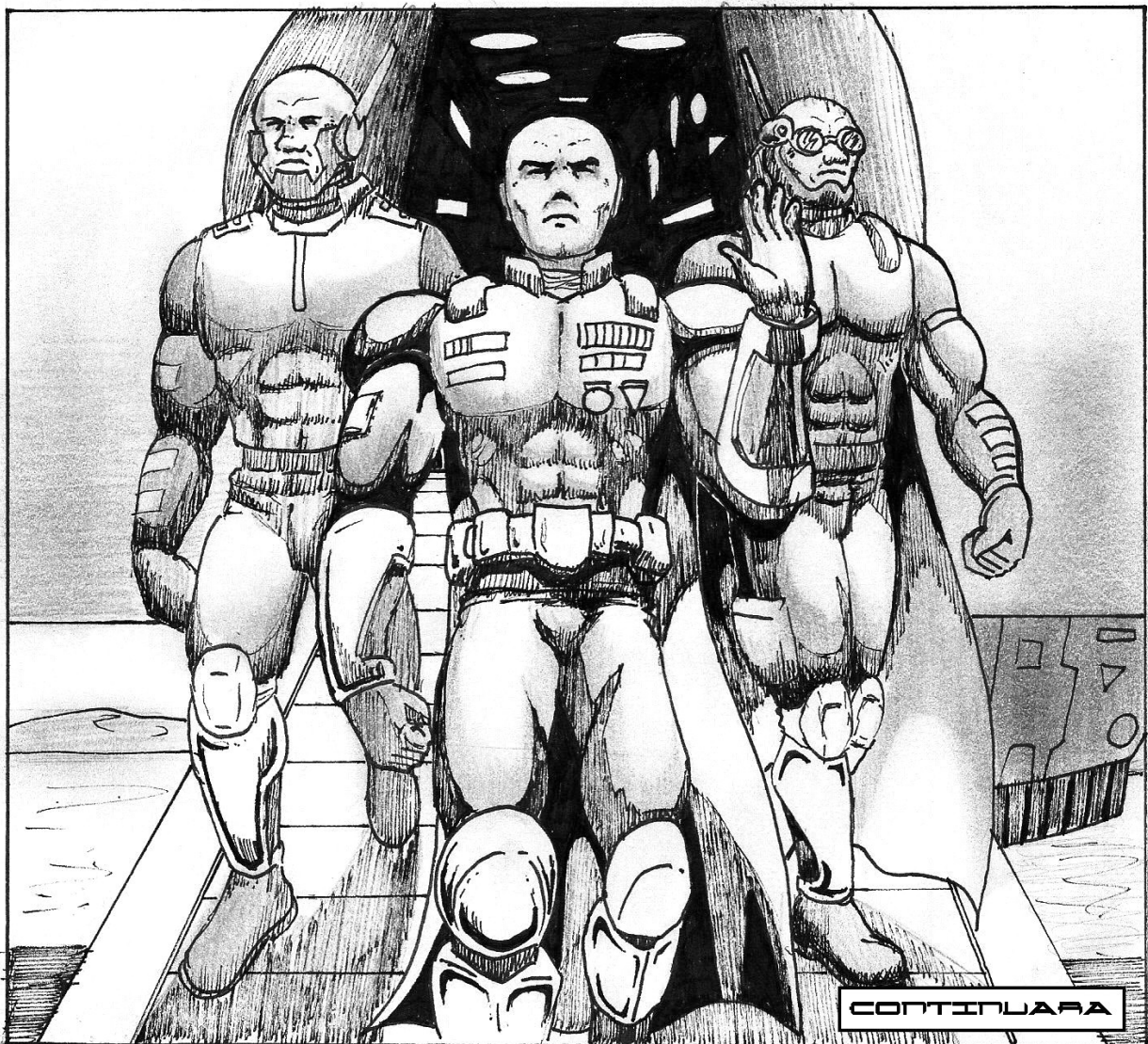
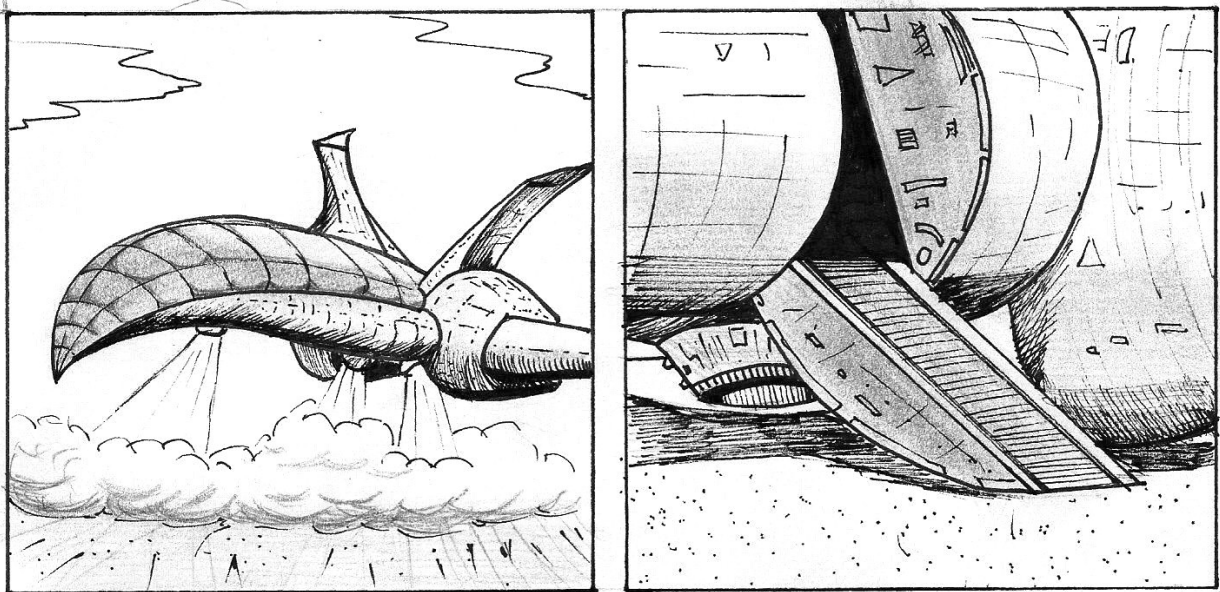
¿Defensa?
¿Para qué?

Mira las fotos que han tomado. Está claro que se trata de una flota de ataque.

No hay nada claro aún. Acuérdate de cuando llegaste. Llegamos a pensar que podrías ser una amenaza. Si te hubiéramos atacado, no estaríamos teniendo esta conversación.

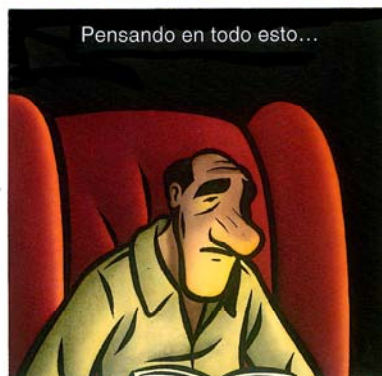
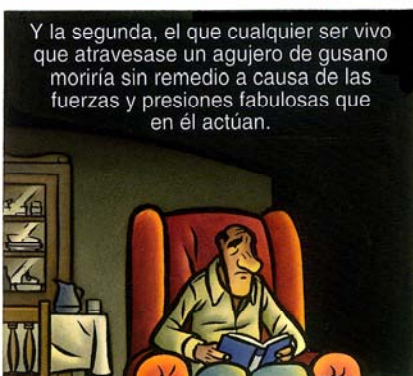
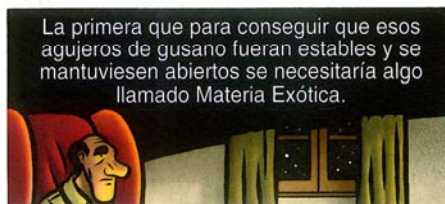
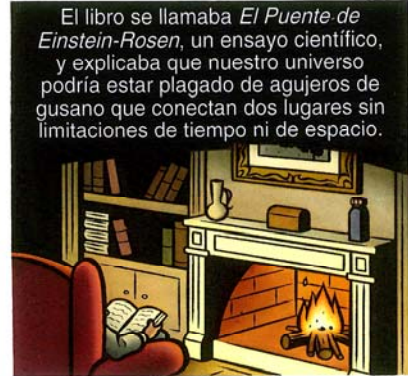
No es lo mismo. Yo no vine con decenas de naves fuertemente armadas





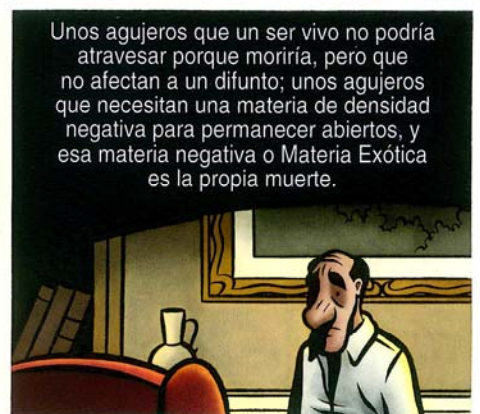
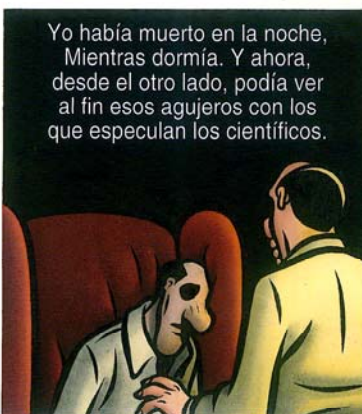
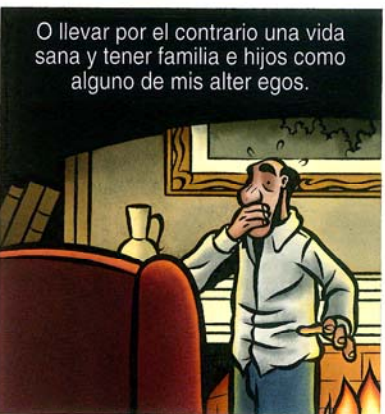
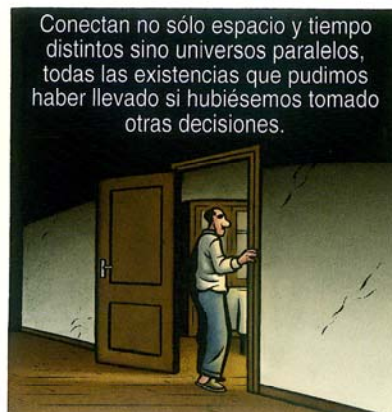
PARADOJA TEMPORAL

por Javier Navarro





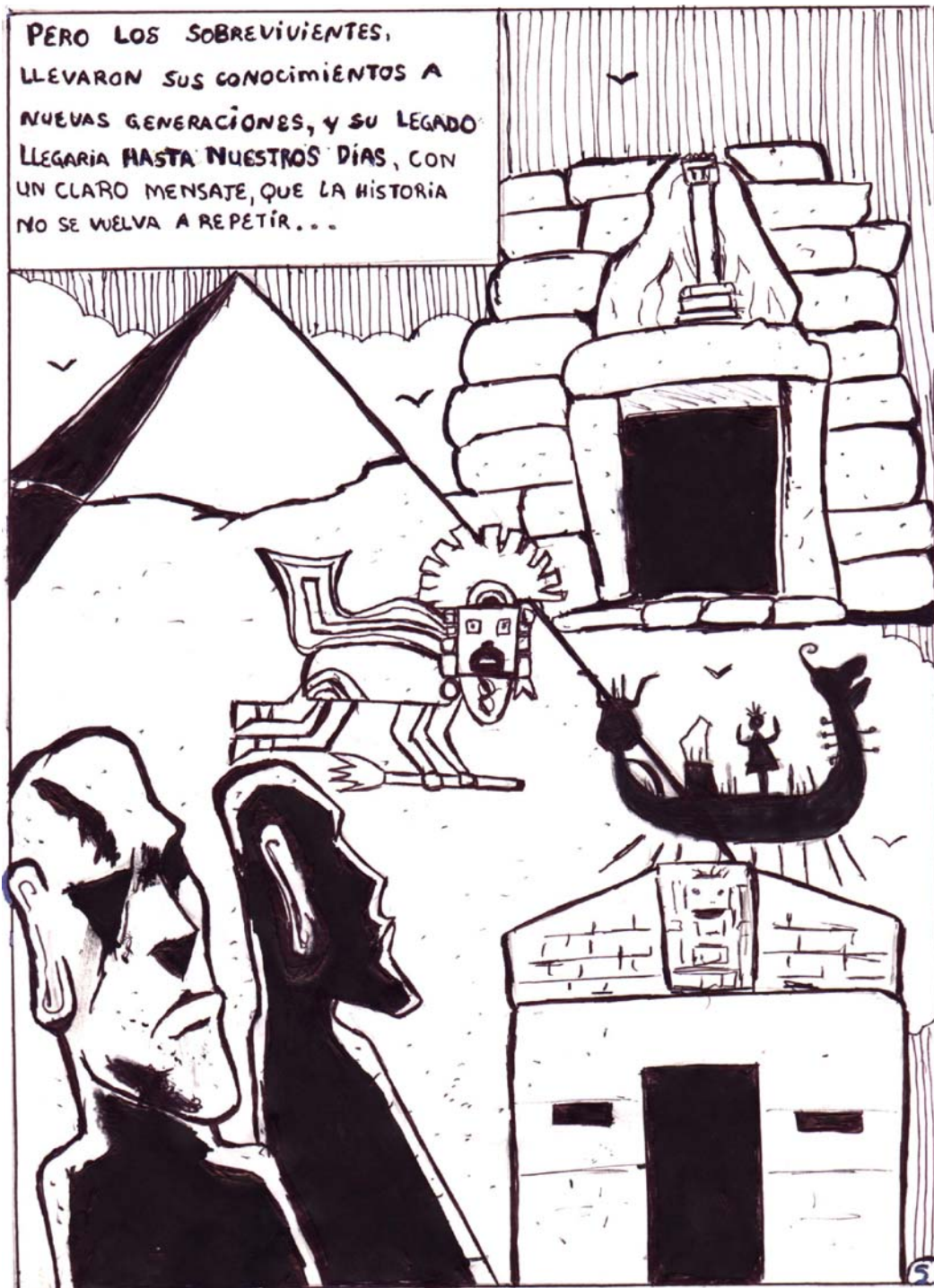


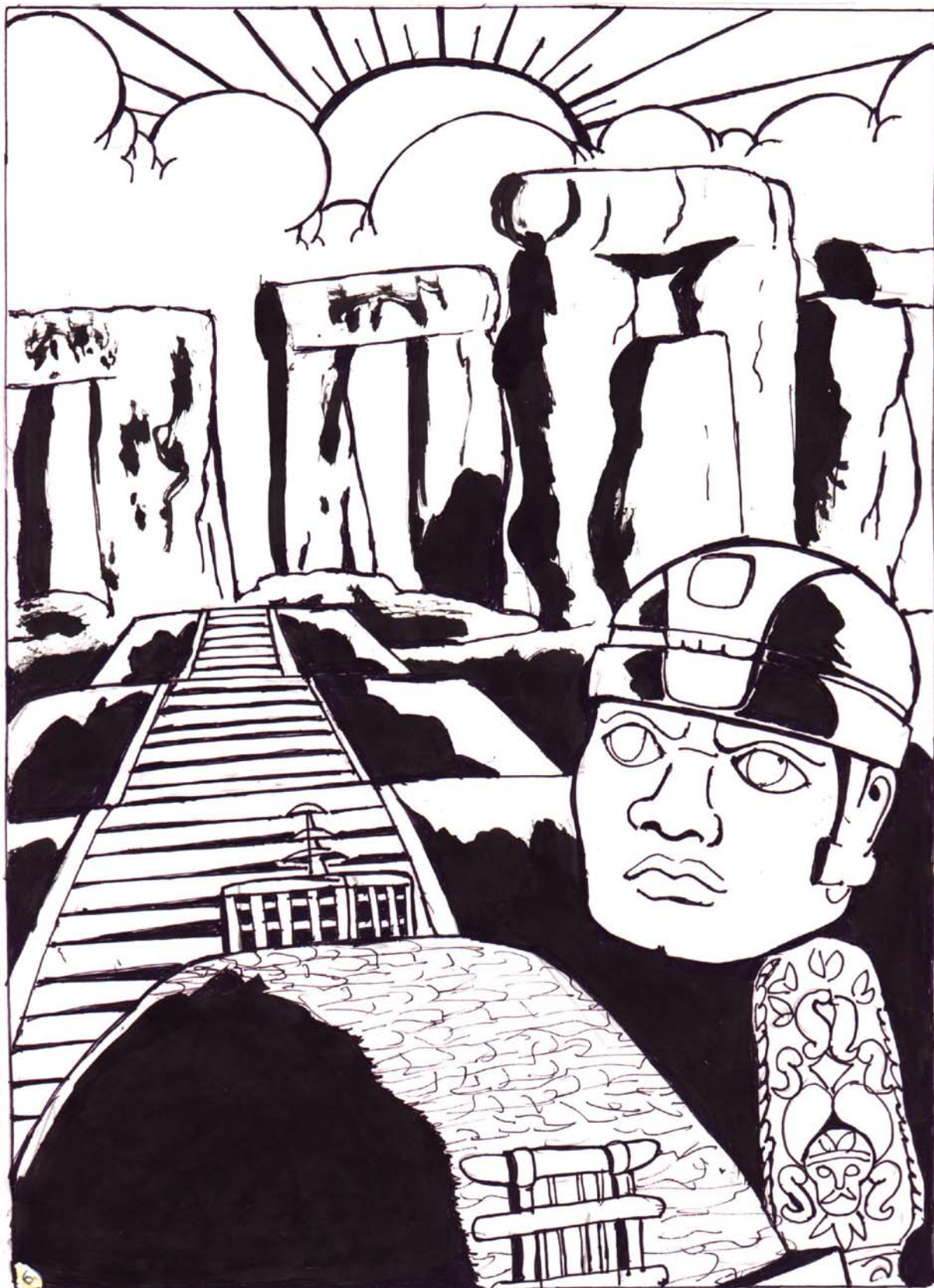


ATLANTIS VS MU CAPÍTULO III

Autores: Hermanos Higa

En el capítulo II vimos como los Atlantes guerreaban contra Mu. Ambos imperios usaron sus más poderosas armas. Hoy asistimos a lo que queda de dichos imperios.







Noticias

Bases del I Premio Internacional «Astro» de Ficción Científica

1 . La Universidad Autónoma de Madrid y Equipo Sirius, se complacen en convocar la I Edición del Premio Internacional de Narrativa «Astro» de Ficción Científica. Podrá participar en el Certamen cualquier persona física que lo desee. La narración deberá ser original e inédita, no premiada en otros concursos ni presentada, con igual o distinto título, a otro premio literario pendiente de resolución, y libre de compromisos de publicación.

2. Sólo se aceptarán narraciones escritas en español. Cada autor podrá participar con una única obra.

3. La novela deberá adscribirse al género ficción científica o *hard*, entendiéndose por tal, relatos, tramas, contextos que incluyan como eje narrativo anticipaciones o especulaciones caracterizadas por su fundamentación científica.

4. La obra se presentará bajo seudónimo acompañada de un sobre cerrado o plica con el seudónimo y nombre de la obra a concurso. En la plica se incluirá nombre del autor, breve perfil académico, profesional, bibliografía relacionada y forma de contacto: dirección postal, teléfono y correo electrónico.

5. La obra se presentará en formato DIN-A4, por una cara a doble espacio, tamaño de letra de 12 puntos con un mínimo de 30.000 palabras y un máximo de 120.000. No se admitirán colecciones de relatos salvo que reúnan una trama narrativa común clara y visible.

6- La obra a concurso se enviará por duplicado por correo postal a Equipo Sirius, Antequera, 2, local – 28041 Madrid, indicando en el sobre para «I Premio Internacional “Astro” de Ficción Científica».

Para aquellos autores de otros países, se admitirá el envío por correo electrónico a premioastro@equiposirius.com

Esta dirección de correo electrónico sólo la gestionará el Censor del Premio. Se deberá adjuntar dos ficheros. 1) la obra firmada con seudónimo y 2) la plica.

7. El plazo de admisión de los originales finalizará el 30 de noviembre de 2009.



8. Se otorgará el siguiente premio: Publicación de la obra original ganadora en el sello editorial **Transversal** de Equipo Sirius, en las condiciones contractuales habituales, percibiendo 1.500 € en concepto de anticipo sobre los derechos de autor.

9. El jurado estará compuesto por doctores, profesores, investigadores, escritores y críticos literarios. Serán seleccionados cinco finalistas antes del 28 de febrero de 2010 lo que se notificará a través de los medios de comunicación. La entrega del Premio será pública en la fecha que el jurado anuncie oportunamente.

A su criterio, los premios podrán declararse desiertos.

10. Los manuscritos originales no serán devueltos sino que serán destruidos tras la publicación del fallo.

11. La participación en este Certamen supone la aceptación de las presentes bases.

[Fuente: Jorge Ruiz Morales

<http://sites.google.com/site/premioastro/>]

CLUB STAR TREK DE ESPAÑA

El 8 de Mayo se estrena en los cines españoles, la nueva película de la saga Star Trek dirigida por **JJ Abrams** que promete ser la más espectacular y visual de las películas *trekkies* producidas hasta ahora. Sin embargo, dentro del género fantástico en España, es una saga que sigue siendo la gran desconocida a diferencia del mundo anglosajón o en países como Italia o Alemania donde los aficionados se cuentan por cientos de miles y cuentan con clubes importantes, convenciones, merchandising y una mayor popularidad.

Star Trek fue definida en por su creador, **Gene Roddenberry**, como un *western* en el espacio y nació tras la lectura de un libro de **Arthur C. Clarke**, *Perfiles del Futuro*, que **Roddenberry** hizo en 1965. De hecho, tres grandes autores de la ciencia-ficción clásica, son la base del llamado *legado trekkie*: el Androide Data (TNG) nos remite a **Asimov** (*Fundación; Yo, Robot*), el humanismo tecnológico y ecológico, los avances, la conquista del espacio y la visión positiva del futuro a **Arthur C. Clarke** (*Cita con Rama, 2001*) y la creación de personajes con chispa y humor a **Ray Bradbury** (*Cronicas Marcianas*).

Aglutinados en torno a la serie existe un grupo activo de fans llamados *trekkies* (o *trekkers*) que son los que han mantenido viva esta saga a lo largo de 40 años. También ha habido aficionados famosos a ST como es el caso de algunos astronautas de la NASA, **Asimov**, **Bradbury**, **Stephen Hawking**, **Robin**



Williams, Arthur C. Clarke o el cantante **Mike Oldfield** e incluso políticos de hoy como el actual rey de Jordania, **Abdullah II**, que apareció en un episodio de ST y más recientemente, **Barack Obama**, quien al finalizar uno de sus mítines hizo el saludo vulcaniano de Spock y contó entre sus votantes al amplio colectivo de *trekkies* americanos.

Para impulsar el lugar que le corresponde a esta gran serie dentro de la ciencia-ficción y promocionarla en nuestro país, donde desde principios de los 90 existe un exiguo pero activo fandom, recientemente un grupo de aficionados españoles ha creado el **CLUB STAR TREK de ESPAÑA** (<http://www.clubstartrek.es>), con distintas delegaciones por todo el país.

También desde hace años funciona el portal MUNDO STAR TREK (www.mundostartrek.com), el punto de referencia mediático más importante del mundo hispánico.

Además, con motivo del estreno de la película de **JJ Abrams**, el fin de semana del 8 al 10 de Mayo de 2009, el CSTE en coordinación con una conocida cadena de cines española, iniciará una serie de actividades divulgativas de la saga en ciudades como Madrid, Barcelona, Sevilla y otros puntos de la geografía española colocando en algunos casos, mesas informativas y material publicitario que tratará de acercar más la serie a los espectadores que así lo deseen.

Y para aquellos a los que la película les sepa a poco y deseen conocer mejor el apasionante mundo *trekkie*, este año hay convocadas en verano y otoño dos convenciones de la saga que se celebrarán entre Madrid ciudad y Fuenlabrada que traerán a varios actores y realizadores de la serie. Son eventos que perfectamente ya se pueden equiparar en calidad y programación a las europeas o americanas. Más información en www.esptrek.org y www.weekendtrek.es.

Parafraseando el título de la película: *El futuro comienza* y en España, el fenómeno *trekkie*, aunque veterano, es cuando ahora empieza a despegar.

[Fuente: Mabel Villagra Romero]

RESULTADOS DEL II PREMIO INTERNACIONAL DE LAS EDITORIALES ELECTRÓNICAS.

Los organizadores del II Premio de las Editoriales Electrónicas en sesión plenaria el 30 de abril de 2009 deciden proclamar los resultados de las votaciones en cada una de las categorías que componen este Premio:



A) Categoría relato:

Obra	Resultado
<u>Algunos deben caer</u> , de Miguel Ángel López Muñoz	15.00
<u>Secuencia</u> , de J. E. Alamo	13.56
<u>El viejo y el mar. Y el extraño. Y el kraken.</u> , de Pedro Escudero Zumel	12.33
<u>Asuntos de familia</u> , de Manuel Mije	12.33
<u>Fuerza laboral</u> , de Teresa P. Mira	11.89
<u>Y venderé mi alma cuántica</u> , de Jacinto Muñoz Vivas	11.11
<u>He aquí el hombre</u> , de Alexis Brito Delgado	10.78
<u>Rojo Rubí</u> , de José Miguel Sánchez Gómez	10.60
<u>El caballo nuevo</u> , de Javier Álvarez Mesa	10.00
<u>En el tren</u> , de José Carlos Canalda Cámara	9.56
<u>Yo, sirena en un tejado</u> , de Javier Esteban Jiménez	8.80
<u>Maxwell Huntington, escritor</u> , de Víctor Cuotto Drax	8.11
<u>Esperando a Ernesto</u> , de Eduardo Delgado Zahino	8.11
<u>El fin del mundo</u> , de Hernán Domínguez Nimo	7.89
<u>Chacal</u> , de José Ignacio Becerril Polo	7.56
<u>El Oráculo</u> , de Laura Ponce	7.40
<u>MKTLOVE</u> , de Juan Guinot	6.22
<u>Del Arte del Procedimiento</u> , de Roberto Alan Aguilar Bautista	3.44
<u>Vuelteretas</u> , de Sebastián Barrasa	2.70

B) Categoría ensayo:

Obra	Resultado
<u>Star Trek TNG, Vigésimo Aniversario</u> , de Antonio Quintana Carrandi	5.11
<u>Guía del autoescritor galáctico: El bien</u> , de Miguel Ángel López Muñoz	4.89
<u>Vendrá la muerte y tendrá tus ojos</u> , de Julián Sancha	4.22
<u>Naves espaciales en el cine de CF</u> , de Daniel Yagolkowsky	3.40
<u>¿Soñamos los humanos con unicornios de carne y hueso?</u> , de Daniel Miñano	2.89
<u>De vendas y fotogramas</u> , de Ángel Luis Sucasas	2.89



<u>Transformers the movie: más de los que tus ojos ven</u> , de Miguel Ángel López Muñoz	2.78
---	------

C) Categoría ilustración:

Obra	Resultado
<u>S/T</u> , de M.C. Carper	6.11
<u>portada Alfa Eridiani n° 9</u> , de M. C. Carper	5.44
<u>Payasín</u> , de Betania Zacarías	5.40
<u>Ilustración de Maxwell Huntington, escritor</u> , de Juan Raffo	4.89
<u>Portada de Ubikverso N° 2</u> , de William Trabacilo	4.78
<u>El Diablo</u> , de Isis G. Olguín	2.78
<u>Imagen de portada de BRINDIS POR EL INCIERTO FUTURO</u> , de Jose Maria Boto Bravo	2.44
<u>Rojo Rubí</u> , de Ramón Siverio	2.10

De los puntuaciones resultantes, este jurando entiende que debe conceder el primer premio en la categoría de relato a Miguel Ángel López Muñoz por su narración **Algunos deben caer**. El primer accésit recae en J.E Alamo por **Secuencia**. Este año y de manera excepcional se establecen dos segundos accésit ex-aequo por **El viejo y el mar. Y el extraño. Y el kraken.**, de **Pedro Escudero Zumel** y **Asuntos de familia**, de **Manuel Mije**, cuentos con igual puntuación.

En la categoría de ensayo el ganador es Antonio Quintana Carrandi por su ensayo **Star Trek TNG, Vigésimo Aniversario**. Siendo el primer accésit para Miguel Ángel López Muñoz por **Guía del autoescritor galáctico: El bien**, mientras que el segundo accésit es para Julián Sancha por **Vendrá la muerte y tendrá tus ojos**.

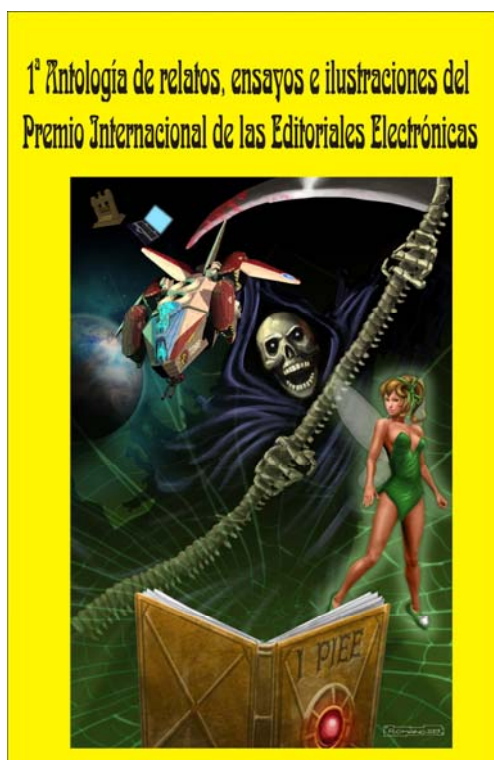
En la categoría de ilustración el ganador es M.C. Carper por su ilustración. **S/T**. Siendo el primer accésit también para M.C. Carper por **portada Alfa Eridiani n° 9**, mientras que el segundo accésit es para Betania Zacarias por **Payasín**.

Resultados y clasificación general en: <http://www.ciencia-ficcion.com/premios/piee/resultadospremio.php>

[Fuente: José Joaquín Ramos de Francisco]



1ª ANTOLOGÍA DE RELATO, ENSAYO E ILUSTRACIÓN DEL PREMIO INTERNACIONAL DE LAS EDITORIALES ELECTRÓNICAS.



VV.AA. 301 págs. Precio: 5€. Información y pedidos: premiointernacionaleditoriales@yahoo.es

El 27 de abril de 2009, las editoriales participantes en el I PIEE hemos cerrado una puerta y abierto otra. La puerta que se cierra es la publicación de una antología que recoge los trabajos premiados y mencionados del año 2008. Sería fantástico incluir todo el material que se presentó en el concurso pero ya no caben más contenidos en este libro. Queda abierta, no obstante, la ventana a la imaginación del lector, arma poderosa con la que juegan los escritores. Así se nos despierta la lascivia y vivimos la dependencia de otro ser hasta canibalizarnos; o el horror de encontrarnos incomunicados dentro de un fallo informático. No obstante el peor de todos los horrores es el de sentirse como el macho de la mantis antes de morir. También sentiremos la humilla-

ción y la rabia de ser tratados como simple ganado.

Después de paladear esas sensaciones fuertes, viene la reflexión serena del ensayo. Leemos la propuesta de una nueva caracterización de la Ciencia-Ficción en la que, lejos de ser beneficioso que el género se diluya en la corriente general de la literatura, se preconiza la permanencia de una CF metarreferencial y el mantenimiento de clásicos que serían una nota al margen en una historia más amplia de la literatura. Se nos invita a sentarnos en una butaca y recorrer minuciosamente la carrera cinematográfica del Planeta Rojo como protagonista del séptimo arte. Un sesudo análisis sobre la obra de Phillip Pulman, encuentra huellas de Milton y Blake y críticas a Tolkien y C. S. Lewis en La materia oscura, una obra mucho más compleja de lo que aparenta.

Y para terminar, tres ilustradores nos invitan a recorrer visualmente los increíbles mundos que crearon para cuentos y portadas de las editoriales concursantes.

Hasta aquí la ventana que queda abierta a la imaginación. ¿Recuerdan que hablamos de que se abría otra puerta? La del libro conmemorativo del II PIEE.



Dada la experiencia obtenida en este primer premio se publicará más rápido que el primero. De momento permítannos mantener el suspense unos meses más. La espera valdrá la pena.

Puedes conseguir tu libro escribiendo a premiointernacionaleditoriales@yahoo.es o vía paypal.

[Fuente: José Joaquín Ramos de Francisco]



Campaña Ciencia Ficción

**Dan Simmons • George R. R. Martin • Orson
Scott Card • Poul Anderson • Isaac Asimov**

ZETA Bolsillo, en su estrategia de hacer lanzamientos temáticos mes a mes, homenajea en abril a los lectores de ciencia ficción. De la mano de Miquel Barceló, seleccionamos los siete títulos clave en la obra de los grandes autores del género: Orson Scott Card, Isaac Asimov, Dan Simmons, George R. R. Martin y Poul Anderson. Además, recuperamos la estética de la serie blanca de Nova, que marcó estilo en la edición de ciencia ficción en España durante los años ochenta y noventa.

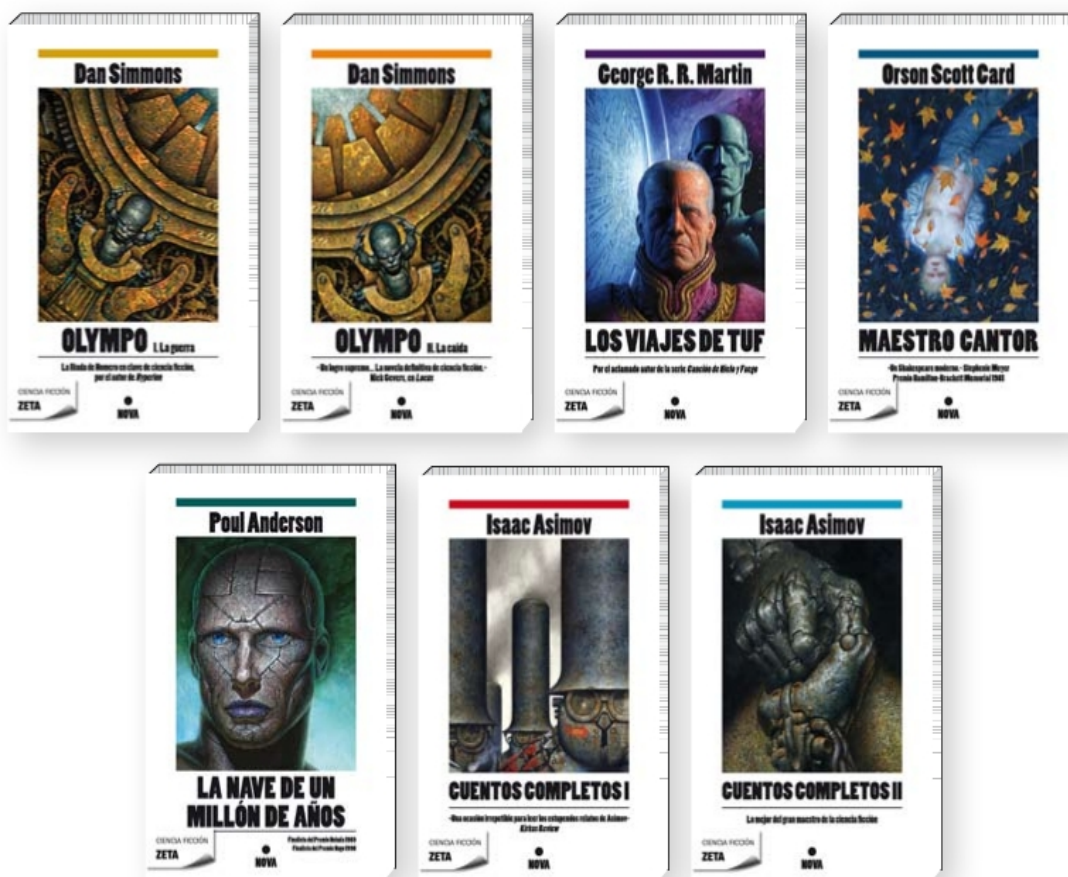


CIENCIA FICCIÓN
ZETA



Campaña Ciencia Ficción

Fecha de lanzamiento:
1 DE ABRIL DE 2009



CIENCIA FICCIÓN
ZETA